

RAE

1. TIPO DE DOCUMENTO: Trabajo de grado para optar por el título de MASTER EN FILOSOFÍA CONTEMPORÁNEA.

2. TÍTULO: EL ANTAGONISMO Y LA TENSIÓN ENTRE LA CULTURA NORMATIVA Y LA VIDA INSTINTIVA EN FREUD.

3. AUTOR: Ivan Antonio Menahen Añez.

4. LUGAR: Bogotá, D.C.

5. FECHA: Julio 2018

6. PALABRAS CLAVES: Cultura, Norma, Instintos, Pulsiones, Razón, Malestar, Represión, Sublimación, Insuperable, Felicidad, Antagonismo y Culpabilidad.

7. DESCRIPCIÓN DEL TRABAJO: La presente tesis de investigación sustenta y muestra de que manera el malestar y la insatisfacción que generan las demandas culturales sobre la constitución biológica del hombre resulta insuperable. Para probar lo anterior realizo una pesquisa, en primer lugar, sobre los postulados filosóficos y psicoanalíticos que desarrolla Sigmund Freud, y en segundo lugar, de Friedrich Nietzsche.

8. LÍNEA DE INVESTIGACIÓN: Línea de Investigación de la USB: Facultad de ciencias humanas y sociales. Facultad de filosofía: Tesis de Maestría. Campo Temático del Programa: Filosofía y Psicoanálisis.

9. METODOLOGÍA: Es de carácter filosófico investigativo con un enfoque psicológico.

10. CONCLUSIONES:

A lo largo de la presente investigación, y teniendo como principal sustento argumentativo el texto El malestar en la cultura de Sigmund Freud, he querido señalar y probar la insuperabilidad del malestar y la tensión que generan las demandas culturales sobre la vida instintiva. En este sentido, el propósito indicado al inicio de la tesis quedo resuelto ya que logre probar porque el malestar es insuperable. Los argumentos que demuestran lo anterior son los siguientes: En primer lugar, por el mal radical en el hombre. En segundo lugar, por la falta de plasticidad de la norma. En tercer lugar, por la legitimación de una vida sexual idéntica para todos. En cuarto lugar, por la homogenización de una meta fija a la hora de buscar la felicidad. Finalmente, por las mismas instituciones que crea la cultura para regular las relaciones humanas.



**UNIVERSIDAD DE SAN BUENAVENTURA
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES
MAESTRÍA EN FILOSOFÍA CONTEMPORÁNEA**

**EL ANTAGONISMO Y LA TENSION ENTRE LA CULTURA
NORMATIVA Y LA VIDA INSTINTIVA EN FREUD.**

**Trabajo de grado Presentado por:
Iván Antonio Menahen Añez.**

BOGOTÁ, COLOMBIA 2018.



**UNIVERSIDAD DE SAN BUENAVENTURA
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES
MAESTRÍA EN FILOSOFÍA CONTEMPORÁNEA**

**EL ANTAGONISMO Y LA TENSIÓN ENTRE LA CULTURA
NORMATIVA Y LA VIDA INSTINTIVA EN FREUD.**

Trabajo presentado como requisito final para optar por el título de profesional

en

Master en Filosofía Contemporánea.

Asesor:

Dr. Sebastián Pereira Restrepo

BOGOTÁ, COLOMBIA 2018

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN.....	6
I. Análisis filosófico y psicoanalítico entre la vida instintiva y la cultura normativa	10
1. La estructura de la personalidad y su división tripartita.....	10
1.1 Primera tópica.	10
1.2 Segunda tópica	13
1.2.1 El ello	15
1.2.2 Análisis sobre la posibilidad de una cultura de ellos o sin la regulación de la norma	18
1.2.3 El estado natural y primitivo del hombre según Thomas Hobbes.....	20
1.2.4 Pasiones que inclinan al hombre hacia la paz según Hobbes.....	23
1.2.5 El yo	26
1.2.6 Superyó o ideal del yo.....	29
1.2.7 Superyó cultural	33
II. El malestar en la cultura de Sigmund Freud.....	37
2. ¿Qué es el malestar en la cultura?	39
3. Aspectos positivos de la norma	41
4. Aspectos negativos de la norma	43
5. El sentimiento de culpabilidad: Principal problema de la imposición de la cultura normativa ..	46
6. La felicidad según Freud.....	49
7. Métodos y estrategias para mitigar el sufrimiento y el dolor y procurar la felicidad	52
8. La cultura: La culpable de la infelicidad en el hombre	53
III. La afinidad y resonancia conceptual entre: Sigmund Freud y Friedrich Nietzsche.	55
9. Pulsión e instinto en Freud	56
10. Eros y Thanatos: El binomio de la realidad	59
11. El instinto en Nietzsche.....	63
12. El hombre racional y el intuitivo según Nietzsche.....	64
13. ¿Quién tiene más autoridad, la razón o el instinto?.....	66
14. El sentimiento de culpa según Nietzsche	69
IV. La insuperabilidad del malestar que generan las demandas de la cultura normativa sobre la vida instintiva	71
15. La naturaleza maligna del ser humano	72
16. La falta de reflexión y plasticidad en la norma	74
16.1 La falta de reflexión de la norma.	74
16.2 La falta de plasticidad de la norma.....	77
17. La cultura normativa como facilitadora de las relaciones de dominio y de poder.....	78
17.1 El panóptico.....	80
18. Análisis de la clasificación que fija la cultura sobre las pulsiones, como buenas y malas	84
19. Hipocresía cultural. Más no hombres culturales	86
CONCLUSIONES.....	87
BIBLIOGRAFÍA	98

AGRADECIMIENTOS.

A Dios, por guiarme y darme la serenidad, el empuje y la dedicación necesaria durante estos tres años frente a la elaboración de mi tesis de investigación.

A mi familia y a mis amigos, por su cariño y apoyo siempre presentes durante la elaboración de este trabajo. A mi profesor, Sebastián Pereira, por su apoyo incondicional, pero, sobre todo, por su paciencia y acompañamiento desinteresado en la elaboración de mi tesis. A la Universidad de San Buenaventura, por darme la oportunidad de poder cursar mi maestría en su campus universitario y a todos los profesores que de una u otra forma, mediante su conocimiento y recomendaciones, influyeron en el desarrollo intelectual durante mi estancia en la universidad. A todas las personas que de diversas formas me han acompañado en la realización de este trabajo mi más sincera gratitud.

INTRODUCCIÓN

“¿De qué nos sirve, por fin, una larga vida, si es tan miserable, tan pobre en alegrías y rica en sufrimientos, que solo podemos saludar a la muerte como feliz liberación?” (Freud, 2017, p.87).

“Pero, ¡cuán impensable, cuán miope en todo caso aspirar a una cancelación de la cultura! Sólo quedaría el estado de naturaleza, que es mucho más difícil de soportar” (Freud, 1992-c, p.15).

*El malestar en la cultura*¹ es un escrito publicado en el año 1930, considerado el texto más *filosófico*² de Sigmund Freud. En esta obra, Freud describe el antagonismo y la tensión entre las exigencias pulsionales y las restricciones impuestas por la cultura. Allí, Freud señala que la cultura, para poder realizarse, debe reprimir y dominar las pulsiones del hombre, sobre todo la *pulsión agresiva y sexual*. Es decir, la cultura tiene que sofocar los instintos innatos que emanan del hombre para poder cimentarse. Dichas exigencias culturales sobre la vida instintiva generan *malestar*³ (Unbehagen) e *infelicidad* (Unglücklichsein) en la medida en que el hombre no logra alcanzar un balance satisfactorio entre ambas exigencias y termina sacrificando sus instintos a favor de las normas impuestas por la cultura. De ahí que el hombre desee sacudirse la carga cultural y rebelarse contra ella:

Que un número terriblemente grande de seres humanos están descontentos con la cultura y son desdichados en ella, la sienten como un yugo que es preciso sacudirse; que lo esperan todo de una modificación de esa cultura, o llegan tan lejos en su hostilidad a ella que no quieren saber absolutamente nada de cultura ni de limitación de las pulsiones. (Freud, 1992-c, p.37)

¹ Para Ricoeur (1990), “el malestar en la cultura se origina en la lucha organizada del hombre con la naturaleza, debido a que la cultura otorga al propio hombre el poder conferido antes a los dioses; pero esta semejanza con los dioses lo deja insatisfecho” (p.262). Además, señala que, puede en efecto, considerarse toda la teoría freudiana de la cultura como una trasposición meramente analógica de la explicación económica del sueño y la neurosis. En cuanto al sueño, Freud señala que, “es la realización disfrazada de un deseo reprimido. El deseo representado por el sueño es forzosamente infantil” (p.78); y el neurótico es, “víctima de la enorme exigencia impuesta a sus pulsiones por la formación del yo, exigencia acompañada de un débil poder de sublimación” (p.113). En otras palabras, Freud desarrolla su teoría de la cultura y la sociedad basado de manera análoga en el análisis económico de la teoría del sueño y de la teoría de la neurosis, es decir, Freud, con el objeto de explicar la conducta del ser humano en la sociedad conduce sus estudios sobre el sueño y la neurosis a la explicación de la relación del hombre con la cultura, con el otro.

² Según Ricoeur (1990), en *El malestar en la cultura* “el psicoanálisis gira de la ciencia a la filosofía” (p.136). Es decir, en él, Freud pone un profundo interés filosófico o metapsicológico de lo social y de lo cultural. En él también se redondea “el paso de la metabiología del texto, *Más allá del principio del placer*, a la metacultura del texto *El malestar en la cultura*” (p.255). En otras palabras, en el texto *El malestar en la cultura*, Freud expone de manera discursiva la generalidad y las condiciones históricas de existencia, desviando sus estudios psicoanalíticos y biológicos de su texto *Más allá del principio del placer* hacia la cultura.

³ Malestar: De mal y estar. Desazón, incomodidad indefinible. Infelicidad: Desgracia, suerte adversa. Real Academia Española. le.rae.es/?id=O1R2a8h.

Según Freud (2017), los motivos responsables de la actitud hostil del hombre hacia la cultura tienen su origen en parte en los siguientes hechos históricos:

El triunfo del cristianismo sobre las religiones paganas ya debe haber existido tal factor anticultural, teniendo en cuenta su íntima intimidad con la depreciación de la vida terrenal implícita en la vida cristiana. El otro motivo (falta de exigencias culturales) surgió cuando al extenderse los viajes de exploración se entabló contacto con razas y pueblos primitivos. Los europeos observando superficialmente e interpretando de manera equivocada sus usos y costumbres, imaginaron que esos pueblos llevaban una vida simple, modesta y feliz, que debía ser inalcanzable a los exploradores de nivel cultural más elevado. (p. 84)

Además, dicha actitud hostil radica precisamente en la insatisfacción, generada por represión, supresión o algún otro proceso poderoso que sofoca las exigencias pulsionales: “Esta frustración cultural rige el vasto dominio de las relaciones sociales entre los seres humanos y ya sabemos que en ella reside la causa de la hostilidad opuesta a toda cultura” (Freud, 2017, p.97). Es decir, dicho antagonismo y actitud hostil del hombre hacia la cultura normativa se evidencia en las represiones y las regulaciones que establece la cultura, mediante un conjunto de preceptos morales y jurídicos, los cuales posibilitan y facilitan en cierta medida el desarrollo de las relaciones humanas, pero al mismo tiempo terminan convirtiendo la vida en una carga o en una desgracia permanente.

En este sentido, mi trabajo de investigación gira alrededor preguntas como las siguientes: ¿Está condenado el hombre, en tanto que ser cultural, a renunciar a sus pulsiones? ¿De qué nos sirve vivir una vida larga si no nos sentimos cómodos en la cultura? ¿Cómo podría posibilitarse que la pluralidad de pretensiones, deseos y proyectos de cada uno de los sujetos se articule conforme a las normas establecidas por la sociedad, sin generar malestar e insatisfacción en el ser humano? ¿Somos seres racionales con la capacidad de controlar las exigencias pulsionales?

Para este propósito, he desarrollado mi trabajo de investigación en cuatro capítulos. En cuanto a la reconstrucción de Freud que emprendo en mi investigación, quiero indicar que tendré como soporte argumentativo los siguientes textos: *El yo y el ello*, *Psicología de las masas*, *El*

porvenir de una ilusión, *El principio del placer* y *El malestar en la cultura*. Este último texto es el eje de mi investigación. Igualmente, tengo en cuenta algunas consideraciones apremiantes que desarrolla Freud en el texto *Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis*⁴. Para la exégesis e interpretación de la obra de Freud me apoyaré en los textos: *Freud: Una interpretación de la cultura* de Paul Ricoeur⁵; *Eros y civilización* de Herbert Marcuse⁶ y, por último, en el texto *Compendio de Psicología Freudiana*, de Calvin S. Hall. Estos textos me permitirán delimitar y describir mejor algunos conceptos del psicoanálisis freudiano.

En el **Capítulo I** se aborda, en primer lugar, el análisis de la *primera tópica*, esto es, el primer modelo propuesto por Freud para entender la mente según las instancias de lo inconsciente, lo preconscious y lo consciente, con la finalidad de mostrar la simetría que existe con las instancias de la psique en la *segunda tópica*: el *ello*, *yo* y *superyó*. En segundo lugar, se describe la *segunda tópica*, ello con el propósito de mostrar la génesis del antagonismo entre la vida instintiva y la cultura normativa. Para este objetivo, iniciaremos reconstruyendo la primera estructura, *el ello*, en la cual desarrollo una analogía entre esta instancia psíquica y el *estado natural* en Hobbes. Mediante esta analogía pretendo mostrar, por un lado, el tránsito indispensable del estado natural y salvaje a un estado normativo y, por otro lado y complementariamente, la imposibilidad de la realización de un estado presocial o de *ello*. Luego expondré la segunda instancia, *el yo*, para lo cual haré énfasis en su génesis y su relación con la cultura normativa. Igualmente, se expondrán

⁴ En primer lugar, según Freud (2009): “El psicoanálisis es un instrumento que ha de facilitar al *yo* la progresiva conquista del *ello*” (p.48). Asimismo, según Freud (1992-e), “el Psicoanálisis es el nombre de: 1) un procedimiento que sirve para indagar procesos anímicos difícilmente accesibles por otras vías; 2) de un método de tratamiento de perturbaciones neuróticas, fundado en esa indagación, y 3) de una serie de intelecciones psicológicas, ganadas por ese camino, que poco a poco se han ido coligando en una nueva disciplina científica” (p.231).

⁵ Según Ricoeur (1990), “este libro está dedicado a Freud y no al psicoanálisis: esto significa que en él faltarán dos cosas: la experiencia analítica misma y la toma en consideración de las escuelas posfreudianas. Por lo que respecta al primer punto, es sin duda una apuesta difícil escribir sobre Freud sin ser ni analista ni analizado y tratar su obra como un monumento de nuestra cultura, como un texto en el que esta misma se expresa y se comprende. En cuanto a la literatura posfreudiana, la he descartado deliberadamente, sea por resultar de correcciones aportadas al freudismo por la experiencia analítica, experiencia que no tengo yo, sea porque introduce concepciones teóricas nuevas cuya discusión me hubiera alejado del severo debate a solas con el fundador del psicoanálisis; de ahí que haya tratado la obra de Freud como una obra definitivamente clausurada y haya renunciado a discutir concepciones, sea de disidentes convertidos en adversarios” (p.4). Igualmente, el interés de Ricoeur por el psicoanálisis se centra en que “lo que me importa es la nueva comprensión del hombre introducida por Freud” (p.7). Lo anterior le permitirá a Ricoeur (1990) profundizar en la búsqueda de una gran filosofía del lenguaje que dé cuenta de las múltiples funciones del significar humano y de sus relaciones mutuas. Es decir, para Ricoeur, el psicoanalista es parte comprometida en este gran debate sobre el lenguaje.

⁶ Eros y civilización surge ante la negativa y pesimismo de Freud, según el cual, es inevitable la represión y regulación de la norma sobre la constitución biológica del hombre: “Y esta es justamente la labor que emprendió Marcuse en *Eros y civilización*, tratando de responder a la pregunta de si es posible una civilización no represiva, más allá de la negativa del propio Freud a tal cuestión” (Marcuse, 1983, p.11). Marcuse para superar dicho pesimismo, confiere a los conceptos psicológicos del psicoanálisis, categorías históricas y políticas, lo que lo lleva a dar un giro del psicoanálisis al marxismo. En otras palabras, para Marcuse quien reprime y regula no es más que un poder central que domina y explota al otro, lo que lo lleva a pensar en una nueva sociedad desligada de estas connotaciones.

los rasgos y las causas que dan origen a la tercera estructura, el *superyó* hípermoral, tanto en su forma individual como en su análogo colectivo, el *superyó cultural*.

En el **capítulo II** se aborda la tensión y el antagonismo entre la cultura y las exigencias pulsionales, partiendo del siguiente interrogante: ¿Qué es según Freud el malestar en la cultura? Luego se describen los aspectos positivos y negativos que posee la norma según Freud. Además, se señala cómo el sentimiento de culpabilidad es el aspecto negativo de mayor importancia para la imposición y regulación normativas. Igualmente, se aborda el concepto de felicidad en Freud, para finalmente describir, por un lado, las estrategias que menciona Freud para mitigar el sufrimiento y el dolor y procurar felicidad y, por otro lado, para indicar cómo la cultura es la responsable de la infelicidad en el hombre.

En el **Capítulo III** se describe la simetría y la disimetría entre pulsión e instinto, razón e intuición, la dualidad pulsional, Eros-Thanatos y Apolo-Dionisio y el sentimiento de culpa, desde la interpretación y comprensión de Sigmund Freud y Friedrich Nietzsche. Lo anterior se señala con el objetivo de precisar y delimitar, por un lado, el significado de dichos conceptos y, por otro lado, se indica con la finalidad de contextualizar la hipótesis de mi investigación desde la perspectiva del vitalismo nietzscheano. Así, se exploran también cuáles son, de acuerdo con Nietzsche, las demandas y las exigencias culturales sobre la vida instintiva, con el propósito de mostrar la interpretación y comprensión que tiene este autor de la constitución biológica del ser humano.

En el **Capítulo IV** se plantea, en primer lugar, la insuperabilidad del malestar debido a que Freud considera como rasgo constitutivo e innato del hombre su *naturaleza maligna*. Esta se constituye en el mayor obstáculo frente a las prohibiciones y regulaciones culturales. De igual modo, se describe la falta de reflexión y plasticidad de la norma frente a lo intempestivo de los instintos. En segundo lugar, se analiza la clasificación que establece la cultura sobre los instintos, que son catalogados como buenos y malos. A continuación se desarrolla el tema de la inexistencia de *hombres culturales* y la existencia de *hipócritas culturales*. Por último, se plantean las conclusiones finales, en las cuales se señalan los argumentos a favor de la imposibilidad de la superación del malestar y las posibles propuestas realizadas por Freud para atenuar dicho antagonismo entre la cultura normativa y la vida instintiva.

En síntesis, mediante la presente investigación pretendo probar cómo la tensión y el antagonismo entre la cultura y los instintos primarios del hombre resultan insuperables, porque la regulación de la norma es inevitable frente a las demandas pulsionales, agresivas y sexuales. Además, pretendo exponer, mediante la descripción de la constitución biológica del hombre, cómo y por qué la cultura es una creación ajena y externa a la complejidad biológica del hombre y, por otro lado, la responsable de la infelicidad en el hombre.

Para lo anterior y, en primer lugar, tomo como base epistemológica la división que elabora Freud sobre la personalidad humana en *ello, yo y superyó*, mediante la cual es posible dilucidar tanto las demandas y prohibiciones de la cultura sobre las exigencias pulsionales como la supremacía de las pulsiones, irracionales e inconscientes, sobre la racionalidad humana. En segundo lugar, y a manera de complemento y contextualización, tomo como base filosófica los postulados de Friedrich Nietzsche sobre la constitución biológica del ser humano y las ideas de Thomas Hobbes sobre la necesidad imperiosa de pasar del estado presocial y natural al estado normativo contractual.

I. Análisis filosófico y psicoanalítico entre la vida instintiva y la cultura normativa

1. La estructura de la personalidad y su división tripartita

1.1 Primera tónica⁷

En Freud, la primera formulación de los diferentes lugares que componen la mente humana aparece en su obra *La interpretación de los sueños*, publicada a principios del siglo XX, la cual es complementada o reformulada después en su texto *El yo y el ello*. En esta primera tónica⁸, Freud

⁷ Según Ricoeur (1990), la primera tónica aparece con el descubrimiento del *inconsciente en el sueño* en el texto, *La interpretación de los sueños* en 1900: "Hemos ido a parar así al nivel del capítulo vii de *La interpretación de los sueños*; además lo que proporciona a Freud la prueba definitiva del inconsciente es el sueño: el trabajo del sueño, su actividad de "transposición" o "distorsión" es lo que nos obliga a conceder al inconsciente no sólo una localidad distinta, sino también una legalidad propia" (p.105). Igualmente, Freud propone una división del aparato psíquico en dos sistemas: Inconsciente y preconscious-consciente separados por la barrera de la represión. Por último, según Ricoeur (1990), "en la primera tónica no solo describe la primera teoría de las pulsiones, oposición entre pulsiones sexuales y pulsiones del yo, sino que también hace alusión a una representación del aparato psíquico como una serie de lugares: inconsciente, preconscious y consciente" (p.224).

⁸ "Término derivado del griego topos (lugar), que, en filosofía, desde Aristóteles (384-322 a. C.) hasta Immanuel Kant (1724-1804), designa la teoría de los lugares, es decir, de las clases generales en las cuales pueden ubicarse todos los argumentos o desarrollos. Sigmund Freud utilizó el término como adjetivo y sustantivo, para definir el aparato psíquico en dos etapas esenciales de su elaboración teórica" (Roudinesco, 2008, p.1087).

propone la distinción entre una instancia inconsciente (Inc) y una consciente (Cc). Igualmente, entre estas dos esferas fija la existencia de un preconscious (Prec).

Ahora, para el conocimiento de otra pieza del aparato, el sueño nos servirá como fuente de prueba. Hemos visto que nos resultaba imposible explicar la formación del sueño si no osábamos suponer la existencia de dos instancias psíquicas, una de las cuales sometía la actividad de la otra a una crítica cuya consecuencia era la exclusión de su devenir-consciente. (Freud, 1991, p.527)

Al último de los sistemas situados en el extremo motor lo llamamos preconscious para indicar que los procesos de excitación habidos en él pueden alcanzar sin más demora la conciencia, siempre que se satisfagan ciertas condiciones; por ejemplo, que se alcance cierta intensidad, cierta distribución de aquella función que recibe el nombre de «atención». Es al mismo tiempo el sistema que posee las llaves de la motilidad voluntaria. Al sistema que está detrás lo llamamos inconsciente porque no tiene acceso alguno a la conciencia si no es por vía del preconscious, al pasar por el cual su proceso de excitación tiene que sufrir modificaciones. (Freud, 1991, p.533-534)

En lo referente al inconsciente, este se presenta de dos maneras fundamentalmente distintas: Lo inconsciente capaz o latente de conciencia y lo reprimido incapaz de conciencia: “A lo latente, que solo es inconsciente en un sentido descriptivo y no en un sentido dinámico, lo denominaremos preconscious y reservamos el nombre de inconsciente para lo reprimido, dinámicamente inconsciente” (Freud, 2009, p.10). En el sentido descriptivo, al inconsciente Freud lo denomina preconscious, en el cual se instalan los pensamientos, sentimientos y las fantasías, de los cuales el individuo no es consciente en el momento en el que ocurren, pero cuando los desea puede traerlos a la conciencia. Además, según Freud (2009), “en el nivel preconscious descriptivo los contenidos o representaciones no son reprimidos e ingresan fácilmente al nivel consciente porque han sido olvidados de manera temporal” (p.15). En otras palabras, los contenidos que se encuentran en la mente preconscious *no están reprimidos*⁹, sino que se encuentran a la espera hasta tanto la conciencia centre su atención en ellos para ser activados. Un ejemplo de la mente preconscious, es cuando un sujeto intenta resolver algún problema, para lo cual tiene que esforzarse y así poder evocar los posibles pasos para la resolución del mismo.

⁹ “Reconocemos pues, que lo Inc. no coincide con lo reprimido. Todo lo reprimido es inconsciente, pero no todo lo inconsciente es reprimido” (Freud, 2009, p.12).

En cuanto al *inconsciente*¹⁰ reprimido incapaz de conciencia, señala que está constituido por representaciones de instintos que aspiran a derivar su carga, los cuales resultan intolerables para la conciencia (Freud, 2017-a). Además, según Freud (1991) “llamamos inconsciente a un proceso psíquico cuya existencia no vemos precisada a suponer, acaso porque lo decimos a partir de sus efectos y del cual empero, no sabemos nada” (Freud, 1991, p.65). Una representación inconsciente, incapaz de conciencia, es una representación que no se percibe, pero de cuya existencia se está pronto a testificar, basado en indicios y en sus efectos. Igualmente, “para conocer el conocimiento inconsciente solo es posible después que ha experimentado una trasmutación o traducción de lo consciente y la labor psicoanalítica muestra cotidianamente la posibilidad de esta traducción” (Freud, 2017-c, p.245). Por último, “lo inconsciente tiene como punto de partida la represión, lo reprimido es para nosotros lo prototipo de lo inconsciente” (Freud, 2009, p.10).

En lo referente a la conciencia, Freud indica lo siguiente: “Todo nuestro conocimiento se halla ligado a la conciencia, la cual es la organización anatómica primera a partir del mundo exterior” (Freud, 2009, p.13). Lo consciente es la representación que se halla presente en nuestra conciencia y a la vez es objeto de nuestra percepción. Además, es la parte de la personalidad que se organiza como consecuencia de la influencia del mundo exterior. La mente consciente se sitúa en el ahora y le permite al sujeto tener la percepción de la realidad. El estar consciente es lo que le concede al sujeto pensar y comunicarse de forma racional. Por último, “la conciencia domina el acceso a la motilidad, esto es, las descargas de las excitaciones en el mundo exterior, siendo aquella instancia psíquica que fiscaliza todos sus procesos parciales” (Freud, 2009, p.11).

En síntesis, en lo inconsciente capaz de conciencia se halla toda una serie de contenidos susceptibles de convertirse al final en representaciones conscientes o de desmoronarse irreparablemente en las honduras del inconsciente. En lo inconsciente incapaz de conciencia se hallan sepultados y reprimidos, por un lado, los recuerdos de todas las situaciones conflictivas o

¹⁰ Freud propuso que las fuerzas psicológicas inconscientes afectan en forma poderosa al pensamiento humano y al comportamiento. Estas fuerzas se originan en las emociones de la niñez y continúan su influencia durante toda la vida. Entre los contenidos del inconsciente están los recuerdos traumáticos olvidados y los deseos reprimidos. Freud (2017-c), señala que “dichos contenidos se muestran en los procesos oníricos y en las neurosis” (p.269). Asimismo, señala que, “el sistema Inc está compuesto por, la falta de contradicción, el proceso primario (motilidad de las descargas) la independencia del tiempo y la sustitución de la realidad exterior por la psíquica inconsciente” (Freud, 2017-c, p.269). Igualmente, Freud propuso que el inconsciente está formado por deseos sexuales y agresivos que no son aceptables para la personalidad consciente, lo que lleva a que el inconsciente juegue un papel trascendental en el desarrollo del ser humano.

que habían producido una enorme repulsión en el sujeto y, por otro lado, los deseos sexuales y agresivos que son intolerables o inaceptables por la conciencia. Por último, lo consciente se relaciona con el principio de realidad, el aquí y el ahora, y está compuesto por todo lo que se percibe del mundo exterior mediante los sentidos.

1.2 Segunda tópica¹¹

Freud emprendió la refundición teórica de la primera tópica, debido a las limitaciones e inexactitudes de este *primer diseño* de la psique humana, lo cual iba a desembocar en la creación de una segunda, cuyas instancias son el *ello*, *el yo* y *el superyó*. El inconsciente perdió entonces su condición de *sustantivo*¹² para convertirse en una manera de calificar, adjetivo, las tres instancias de la segunda tópica: el *ello*, *el yo* y *el superyó*. Igualmente, se puede considerar cómo en la segunda tópica el *ello* viene a ocupar el lugar que ocupaba el inconsciente en la primera tópica. Sin embargo, los dos modelos no se corresponden plenamente, debido a que el inconsciente se extiende más allá de los límites del *ello* hasta llegar a otros dos lugares que conforman la psique humana, el *yo* y el *superyó*. Es decir, tanto el *yo*¹³ como el *superyó* presentan al mismo tiempo partes dinámicas de carácter consciente e inconsciente.

En la segunda tópica, Freud señala tres estructuras que forman la personalidad en el ser humano o tres ámbitos que definen el aparato psíquico, por medio de los cuales pretende que el ser humano logre interactuar de manera consciente y racional con su medio circundante y social; pero,

¹¹ Para Ricoeur (1990), “la segunda tópica inicia desde 1923, en su texto, *El yo y el ello*” (p. 153). Igualmente, según Ricoeur, (1990), “la aplicación del psicoanálisis a los símbolos estéticos, a los ideales y las ilusiones impondrá por carambola la refundición del modelo inicial y del esquema de interpretación discutidos en la primera parte; esta refundición se refleja en la segunda tópica, *yo-ello-superyó*, que se agrega a la primera sin suprimirla” (p.58). Además, Freud estableció, elaborando una concepción nueva de la personalidad, una segunda y mayor distinción entre tres instancias: *El ello*, *el yo* y *el superyó*. Estos nuevos lugares psíquicos ya no corresponden en verdad a los primeros. En efecto, si la instancia del *ello* posee la mayoría de los caracteres del sistema Ics., las otras instancias, el *yo* y el *superyó*, también poseen un origen y una parte inconscientes. La importancia de las defensas inconscientes en la constitución de las neurosis es lo que lleva a Freud a esta reelaboración teórica. “Era ya difícil, en efecto, hacer corresponder íntegramente al *yo* con el sistema Pccc- Cc., y lo reprimido con el Inc”. (Ricoeur, 1990, p.154). En otras palabras, la segunda tópica surge de la inexactitud de la primera, es decir, la primera tópica, por un lado, no tuvo en cuenta la influencia del mundo exterior, es decir, Freud explicó el psiquismo humano como si pudiera ser explicado de manera autónoma y, por otro lado, se desarrolló sin tener en cuenta que las fronteras entre el *yo* y *el ello* no son fijas, es decir, tanto el *yo* como el *superyó* presentan al mismo tiempo partes dinámicas de carácter consciente e inconsciente.

¹² Véase nota a pie de página (7)

¹³ Según Freud (2009), “comprobamos en efecto que en el *yo* hay algo de inconsciente, algo que se conduce idénticamente a lo reprimido, ósea exteriorizado intensos efectos de hacerse consciente por sí mismo. Un ejemplo que denota, según Freud, lo anterior, es la neurosis, lo cual es una lucha entre lo consciente y lo inconsciente o bien sea por la tensión entre el *yo* coherente y lo reprimido disociado de él” (p.12).

sobre todo, Freud muestra como ideal un *yo* vigoroso – *autonomía del yo* – que domine tanto las presiones que emanan del *ello*, como las que surgen del *superyó*. Por consiguiente, la estructura de la personalidad, en su funcionamiento ideal, permitiría lo siguiente: “En la persona mentalmente sana esos tres sistemas forman una organización armónica. Al funcionar juntos y en cooperación, le permiten al individuo relacionarse de manera eficiente y satisfactoria con su ambiente” (Hall, 1985, p.25). O, por el contrario, “el ser humano se enferma a raíz del conflicto y la tensión, entre las exigencias de la vida pulsional y la resistencia que dentro de él se eleva contra ellas” (Freud, 1991, p.25).

Para Freud (1991), la *estructura de la personalidad*¹⁴ es un sistema dinámico conformado por tres estructuras mentales, el *ello*, el *yo* y el *superyó*: “*Superyó*, *yo* y *ello* son ahora los tres reinos, ámbitos, provincias, en que descomponemos el aparato anímico de la persona” (p.67). El *ello* es amoral e *inconsciente* y funciona según el *proceso primario*¹⁵, puramente instintivo, y demanda una satisfacción inmediata: “El *ello* corresponde al principio del placer” (Freud, 2017-c, p.269). Es decir, el *ello* está fundado por los instintos primitivos e innatos que Freud denomina *pulsiones*¹⁶, las cuales divide en dos categorías: *Thanatos o pulsión de muerte y pulsiones de vida o Eros*¹⁷. En cuanto al *yo*, es la estructura de la personalidad que intenta conciliar las exigencias

¹⁴ La personalidad del ser humano se estructura en base a las primeras experiencias vividas, es decir, las vivencias de Eros y thanatos, o excesos de negación o de satisfacción pulsional. De este modo, estas primeras percepciones y vivencias y como se hayan vivido, quedarán fijadas en su inconsciente. En este sentido, si un individuo cuando niño, cuando su *yo* estaba en proceso de formación, recibió experiencias de crueldad y destrucción, al llegar a edad madura, su *yo* frágil se sujetará a los designios del *ello* y se transportará a su vida infantil, influenciado por el mundo exterior, la cultura, quien valorará sus exigencias como inaceptables.

¹⁵ El proceso primario y el proceso secundario son dos modos de funcionamiento del aparato psíquico: “Desde el punto de vista *tópico*, el proceso primario, principio del placer, corresponde al sistema inconsciente, mientras que el proceso secundario corresponde al sistema preconscious-consciente; desde el punto de vista *económico-dinámico*: en el caso del proceso primario, la energía psíquica fluye libremente, pasando sin trabas de una representación a otra según los mecanismos de desplazamiento. En el proceso secundario, principio de realidad, la energía es primeramente ligada antes de fluir en forma controlada; las representaciones son cargadas de una forma más estable, la satisfacción es aplazada” (Freud, 1991-c, p. 578-598).

¹⁶ Una pulsión es una especie de fuerza, un impulso que se sitúa en medio de lo físico-somático y lo psíquico, es decir, entre la dimensión corporal y mental de la persona: “Por «pulsión» podemos entender al comienzo nada más que la agencia representante [Repräsentanz] psíquica de una fuente de estímulos intrasomática en continuo fluir; ello a diferencia del «estímulo», que es producido por excitaciones singulares provenientes de fuera. Así, «pulsión» es uno de los conceptos del deslinde de lo anímico respecto de lo corporal” (Freud, 1992-d, p.254). Freud siempre distinguió a propósito del concepto de pulsión en (alemán *Trieb*) de su sinónimo instinto (*Instinkt*) para diferenciar netamente el funcionamiento del psiquismo humano del animal. Es decir, no es que Freud estaba afirmando que el hombre fuera un animal, sino que simplemente quería considerar con más atención las particularidades del hombre como especie.

¹⁷ Según Freud, la doctrina de las pulsiones es nuestra mitología y se caracterizan así. “Las pulsiones son seres míticos, Eros y thanatos, grandiosos en su indeterminación” (Freud, 1991, p.88). Además, según Freud (2009), “ambos instintos, Eros y Thanatos, conducen en una forma conservadora, tendiendo a la reconstitución de un estado perturbado por la génesis de la vida. (continuación o de tendencia hacia la muerte). A su vez, la vida sería un combate y una transacción entre ambas tendencias. La cuestión del origen de la vida sería pues, de naturaleza cosmológica y la referente al objeto y fin de la vida recibirá una respuesta dualista” (p.38). Igualmente Freud (2017) aplica y describe mediante la lucha entre los dos titanes, Eros y Thanatos, “el proceso

pulsionales del *ello* según las pautas morales del *superyó*. El *yo*, por un lado, actúa de acuerdo con el principio de realidad y, por otro lado, puede retrasar la gratificación y planear. Estas habilidades se denominan *procesos secundarios*. Por último, el *superyó* es el guardián de la moral y el representante interno de las reglas y restricciones de la familia y la sociedad.

Estas tres instancias mentales, el *ello*, *el yo* y *el superyó* están en constante tensión, debido a que, sobre todo el *ello*, demanda una satisfacción inmediata de los impulsos de muerte y de vida, mientras que el *superyó* amenaza con la culpa y el castigo si se intenta cualquier satisfacción placentera de los impulsos inmorales. Por su parte, el *yo* trata de conciliar estas demandas y tensión entre el *ello* y del *superyó*. Por consiguiente, la personalidad surge del conflicto entre las exigencias pulsionales tendientes a la agresividad y a la búsqueda del placer, y las limitaciones (*represión*)¹⁸ sociales y morales que establece la cultura. De ahí que Freud construya la estructura de la personalidad con el propósito de mostrar cómo es posible atenuar y armonizar esta tensión, buscando la satisfacción de las pulsiones sin ser víctimas de la *angustia de conciencia*¹⁹ y del *sentimiento de culpabilidad*²⁰.

Para avanzar, y teniendo como referente la teoría que elabora Freud sobre la personalidad con base en las instancias del *ello*, *el yo* y *el superyó*, pasaré a explicar las características de la primera estructura, el *ello*.

1.2.1 El ello

Freud destacó las siguientes características esenciales de la primera estructura o instancia psíquica, el *ello*: La primera, obedece a sus demandas incondicionales de satisfacción, ya que se

cultural en que transcurre la humanidad, pero también la vinculé con la evolución del individuo, y además aprendí que había de revelar el secreto de la vida orgánica en general” (p.143).

Asimismo, según Ricoeur (2009), “el Eros aparece introducido como una remodelación de la teoría de la libido, impuesta por la aparición de la pulsión de muerte” (p.243). Es decir, la sustitución de libido por Eros obedece a un propósito muy concreto de la nueva teoría de las pulsiones, segunda tónica, pulsiones de muerte (agresividad y destrucción) y de vida (sexuales y de autoconservación). Igualmente, según Ricoeur (1990), “Freud denomina Eros a: Si el viviente camina hacia la muerte a impulso de un impulso interior, eso que lucha contra la muerte no puede ser un proceso interior a la vida, sino la conjugación de un mortal con otro mortal” (p.251). En otras palabras, el Eros se le atribuye al vínculo libidinal, la cohesión de conjuntos humanos cada vez más extensos, las colectividades organizadas. Por último, según Freud (2009), “en cuanto al Thanatos, personificación de la muerte, entra regularmente al servicio del Eros para los fines de descarga” (p.34). Es decir, en el componente sádico y masoquista del instinto sexual tenemos una mezcla adecuada de instintos.

¹⁸ Según Freud (2017-c), “la esencia del proceso de represión no consiste en suprimir y destruir una idea que representa al instinto, sino en impedirle en hacerse consciente. Todo lo reprimido tiene que permanecer inconsciente, pero queremos dejar sentado que no forma por sí todo el contenido de lo inconsciente. Lo reprimido es, por tanto, una parte de lo inconsciente” (p.245). Asimismo, “la represión es un proceso que recae sobre las *representaciones de los instintos* y se desarrolla en la frontera de los sistemas: Inc., y Cc. (Prcc)” (p.261).

¹⁹ Véase nota a pie página (39)

²⁰ Véase acápite (5)

encuentra regida por el *principio de placer*: “Desde las pulsiones se llena de energía, pero no tiene ninguna organización, no concentra ninguna organización global, solo el afán de procurar satisfacción a las necesidades pulsionales con observancia del principio del placer” (Freud, 1991, p.59). Conviene destacar que el principio del placer tiene como finalidad procurar el placer y evitar el displacer o el dolor. De ahí que el *ello* sea el reservorio de los instintos o las “pulsiones”, en el lenguaje freudiano. Freud (2009) describe esta segunda característica así: “El *ello* corresponde a los instintos y contiene las pasiones” (p.19).

Con base en la cita anterior puedo afirmar lo siguiente: a) La estructura del *ello* es irracional y completamente inconsciente. b). El *ello* es el reservorio de los instintos primarios o pulsiones. c). Igualmente, el *ello* muestra en el ser psíquico los apetitos innatos y específicos o las motivaciones básicas de cualquier ser anímico, como la autoconservación, la agresividad y el instinto sexual. d). El *ello* actúa de acuerdo con el principio del placer, es decir, su finalidad es procurar la gratificación inmediata de todas las pulsiones, tanto agresivas como sexuales. Por último, el *ello* expresa el genuino propósito vital del individuo, es decir, satisfacer sus necesidades innatas.

Otra característica central del *ello* es su amoralidad, ya que exige satisfacción sin atender a censuras morales o sociales: “Desde luego, el *ello* no conoce valoraciones, ni el bien ni el mal, ni moral alguna” (Freud, 1991, p.69). En otras palabras, el *ello* no piensa o razona, solo desea y actúa sin medir las consecuencias morales y jurídicas. Un ejemplo que nos permite clarificar esta característica es el siguiente: “Una persona que actúa impulsivamente tirando una piedra por una ventana, golpeando a alguien o perpetrando una violación, está dominada por el *ello*. Igualmente, está la persona que pasa soñando despierta y construyendo castillos en el aire” (Hall, 1985, p.31).

Si el *ello* dominara al hombre, en su estado natural y salvaje, la sociedad sería un caos y se encontraría en una anarquía total, de modo que sería imposible conducir las relaciones humanas de acuerdo con criterios racionales, normativos y morales. Igualmente, pienso que, es necesario recalcar que el hipotético desencadenamiento de todos los impulsos del *ello*, sólo muestra un aspecto del ser humano, con lo cual se evidencia como necesaria la regulación por parte de la cultura para poder posibilitar el desarrollo de la sociedad. De igual modo, cabe destacar que el vivir en una sociedad llevó a que el hombre deba sacrificar parte de su libertad, es decir, el hombre debe regular la satisfacción de sus instintos frente al mundo exterior, aunque esto genere en un malestar.

La *cultura normativa, moral y jurídica*²¹, designa diversas funciones en la sociedad encaminadas a regular y contener los impulsos y las exigencias del *ello*, *reorientando las pulsiones*²². En este sentido, un *método* que propone Freud, entre muchos otros, para desviar y reorientar las pulsiones y para evitar al mismo tiempo la angustia frente a la represión de la norma, es el de la *sublimación*²³. Freud (2017) describe la técnica o método de la sublimación así:

Otra técnica para evitar el sufrimiento recurre a los desplazamientos de la libido previstos en nuestro aparato psíquico y que confieren gran flexibilidad a su funcionamiento. El problema consiste en reorientar los fines instintivos de manera tal que eluden la frustración del mundo exterior. La sublimación de los instintos contribuye a ello y su resultado será óptimo si se sabe acrecentar el placer del trabajo psíquico e intelectual. (p.20)

En otras palabras, el método de la sublimación permite el cambio de la meta o del destino de la pulsión. Asimismo, es un procedimiento mediante el cual se encauzan las pulsiones de sexualidad y agresividad, las cuales no son aceptadas socialmente o resultan difíciles de satisfacer, en otro ambiente de la realidad, sobre todo en el intelectual: “El destino de la pulsión más importante pareció ser el de la sublimación, en la que el objeto y la meta sufren un cambio de vida, de suerte que la pulsión sexual haya su satisfacción en una operación que ya no es sexual, sino que recibe una valoración social o ética superior” (Freud, 1992-a, p.251).

De este modo, sublimar consistiría en modificar el fin pulsional hacia una actividad desexualizada e inocua, intentando así su realización. Es decir, las actividades humanas diferentes

²¹ “Las relaciones entre el derecho y la moral, existen, sin lugar a dudas. En principio, existen grandes afinidades terminológicas y conceptuales: en los dos campos se habla de derechos y deberes, de licitud e ilicitud, de responsabilidad, de libertad, de igualdad. Muchas de las normas jurídicas —según M. Atienza— coinciden en cuanto a su contenido con normas morales: como ocurre con algunas normas que integran el Código penal: no matarás, no hurtarás; o, con las que enuncian los principios básicos de la legislación civil. de incidir en la moral, en la moral social; una prueba de esto último la tenemos cuando la regulación de una cuestión disputada sufre una modificación legislativa (conductas abortivas que eran tenidas como delito, ahora son jurídicamente lícitas), eso influye en las opiniones morales de la gente, de manera que aumenta el número de quienes consideran moralmente lícitas esas conductas” (Rodríguez, 2009, p.214). En este sentido, las *normas jurídicas* se pueden definir como, el conjunto de reglas o preceptos que se imponen a la conducta de los seres humanos que viven en sociedad, y cuyo cumplimiento es de naturaleza obligatoria. Se le suma la obligatoriedad para conseguir que sus preceptos sean acatados y respetados. Dado que la desobediencia de estas normas es posible, se le otorga la facultad a ciertas personas calificadas, para poner en movimiento el *aparato coactivo* e imponer una sanción o pena. En el caso de las *normas morales*, también pretenden regular la *conducta humana*. Estas son imperativas; pero a diferencias de las jurídicas; no son obligatorias o sancionatorias. Es decir, quien la viola no se expone a ningún castigo, solamente puede incurrir al desprecio o al rechazo por parte de la sociedad.

²² Según Marcuse (1983), “los impulsos animales se transforman en instintos humanos bajo la influencia de la realidad externa. Su «localización» original en el organismo y su dirección básica sigue siendo la misma, pero sus objetivos y sus manifestaciones están sujetos a cambio. Todos los conceptos psicoanalíticos (sublimación, identificación, proyección, represión, introyección) implican la mutabilidad de los instintos” (p.27). Solo de esta forma, el hombre llega a ser un humano, mediante la transformación de su naturaleza.

²³ Según Freud (1991), “distinguimos con el nombre de sublimación cierta clase de modificación de la meta y cambio de vía del objeto en la que interviene nuestra valoración social” (p.89).

de la actividad sexual y de la agresividad se transforman en depositarias de las pulsiones del ser humano. Por lo tanto, las siguientes ocupaciones valoradas y no censuradas por la conciencia moral sirven de reorientación de los fines pulsionales: “Las satisfacciones como las que el artista experimenta en la creación en la encarnación de sus fantasías; y las del investigador en la solución de sus problemas y en el descubrimiento de la verdad” (Freud, 2009, p.20).

La cita anterior me permite sugerir las siguientes ideas: La sublimación como mecanismo de defensa permite la reorientación de la pulsión sexual y agresiva. Sin embargo, Freud considera que la falencia de esta estrategia reside en su aplicabilidad, ya que no es general y accesible a todos. Mediante la sublimación el ser humano tiende a independizarse del mundo exterior buscando las satisfacciones en los procesos internos psíquicos. Por consiguiente, la satisfacción no tiene lugar tanto en la realidad, sino sobre todo en la imaginación: “La satisfacción se obtiene de ilusiones” (Freud, 2009, p.21). Si bien Freud propone una serie de técnicas para esta reorientación pulsional, quiero señalar que no es mi objetivo detallar aquí cada una de estas técnicas, pues esto desbordaría los límites de esta investigación. Tan sólo me interesa caracterizar a grandes rasgos cuál sería el posible destino de las exigencias pulsionales de acuerdo al fenómeno psíquico de la sublimación.

1.2.2 Análisis sobre la posibilidad de una cultura de ellos o sin la regulación de la norma

Una vez descrita la estructura del *ello*, es pertinente mostrar o describir, en primer lugar, un ejemplo que exponga la vida sin la restricción de la norma. Dicho modelo permitirá ilustrar el malestar y la tensión entre la cultura normativa y la vida instintiva, desde la perspectiva del estado salvaje como posibilidad. Para empezar, traigo a colación un ejemplo que desarrolla Zigmunt Bauman en su texto *Modernidad líquida*²⁴, mediante el cual señala la libertad a medias de la que disfruta el ser humano en una sociedad normatizada.

²⁴ La *modernidad líquida* –como categoría sociológica– es una figura del cambio y de la transitoriedad, de la desregulación y liberalización de los mercados. La metáfora de la liquidez –propuesta por Bauman– intenta también dar cuenta de la precariedad de los vínculos humanos en una sociedad individualista y privatizada, marcada por el carácter transitorio y volátil de sus relaciones. El amor se hace flotante, sin responsabilidad hacia el otro, se reduce al vínculo sin rostro que ofrece la Web. Surfamos en las olas de una sociedad líquida siempre cambiante –incierta– y cada vez más imprevisible, es la decadencia del Estado del bienestar. La modernidad líquida es un tiempo sin certezas, donde los hombres que lucharon durante la Ilustración por poder obtener libertades civiles y deshacerse de la tradición, se encuentran ahora con la obligación de ser libres asumiendo los miedos y angustias existenciales que tal libertad comporta; la cultura laboral de la flexibilidad arruina la previsión de futuro. (Vasquez Rocca, Nómadas. Critical Journal of Social and Juridicial Sciences. 19/noviembre del 2008. evistas.ucm.es/index.php/NOMA/article/view/NOMA0808320309A/26351).

Zigmunt Bauman toma como referente una versión apócrifa del famoso episodio de la *Odisea de Homero*, en el cual se describe cómo unos marineros son hechizados y transformados en cerdos por la diosa y hechicera Circe, encantamiento al que se resistió Odiseo para devolver la forma humana de sus marineros. El episodio narra que Odiseo descubre unas hierbas mágicas, mediante las cuales logra romper el hechizo. Así pues, roto el encantamiento, los marineros huyen despavoridamente. Sin embargo, uno de ellos, de nombre *el penor*, es alcanzado y transformado nuevamente. El penor, ante dicha liberación, en lugar de agradecer su regreso a la forma humana, ataca de forma violenta a Odiseo. ¿Por qué el marinero reacciona de forma violenta contra su mentor? La respuesta a este interrogante se puede clarificar a partir del argumento que utiliza el marinero liberado contra Odiseo:

¿Así, que has vuelto, granuja entrometido? ¿Otra vez a fastidiarnos y a molestarnos? ¿Otra vez a exponer nuestros cuerpos al peligro y a obligar a nuestros corazones a tomar nuevas decisiones? Yo estaba contento, podía revolcarme en el fango y retozar al sol, podía engullir y atacarme, gruñir, y roncar, libre de dudas y razonamientos: ¿Qué debo hacer esto o aquello? ¿A qué viniste? ¿A arrojarme de nuevo a mi odiosa vida anterior? (Bauman, 2004, p.23)

Las citas anteriores, junto a las reflexiones precedentes, permiten plantear las siguientes ideas: La vida en los animales, sin la restricción y prohibición de la cultura normativa que estriba en la razón, lleva a un desencadenamiento y gozo natural de los instintos. De ahí que el marinero prefiera vivir bajo la forma del cerdo y no como humano, debido a que se le posibilita ser lo que es. Es decir, se le permite desplegar sin límites sus estímulos y deseos. El marinero, convertido en cerdo, desea gruñir y revolcarse en el fango, sin tener en cuenta la norma que lo reprime y limita. Lo anterior permitirá decir que la vida sin la restricción de la norma recobra su vitalidad y libertad.

Descrito el ejemplo que permite plantear la posibilidad o imposibilidad de una cultura de *ellos*, pasemos a describir el estado de naturaleza en Hobbes, autor del *Leviatán*, obra en la cual se explicita la obligatoriedad del tránsito del estado de naturaleza al estado contractual como garante de la vida y del progreso de la cultura. Sobre todo, pretendo mostrar con ello, a un autor en el cual se encuentran categorías análogas a las descritas por Freud, tales como la represión de las pulsiones y el coartamiento de la libertad. En este sentido, se podría señalar que la teoría freudiana tiene afinidad con algunas ideas de Hobbes. Es decir, así como la comunidad social sólo surge cuando los individuos reprimen sus pulsiones y coartan su libertad delegándola a un poder central, de igual modo, para Freud, la cultura sólo surge cuando los individuos reprimen sus exigencias pulsionales

para hacer posible la vida en sociedad, es decir, cuando someten su parte instintiva, inconsciente e irracional, a lo racional y consciente.

1.2.3 El estado natural y primitivo del hombre según Thomas Hobbes

Para empezar, es pertinente describir y acotar cuáles son las características del estado de naturaleza que desarrolla Hobbes en su obra *Leviatán*. Así pues, el estado de naturaleza que describe el autor del *Leviatán* es el estado en el que se encontraba el hombre antes de la organización de la vida en sociedad. En este estado natural o presocial son inexistentes las reglamentaciones morales y objetivas y una distinción clara entre lo que es mío y lo que es de otros. En el estado natural, sencillamente, las cosas se despojan o se toman por fuerza. De ahí que en la búsqueda de cada ser humano de su propia conservación se genere un enfrentamiento y una competición, provocando así un *estado permanente de guerra*²⁵ de todos contra todos (Hobbes, 1980).

Ahora que se han expuesto los principales rasgos del estado natural, cabe señalar que el desarrollo de mi investigación se centrará en los argumentos y las razones que explican por qué es necesaria, según Hobbes, la transición de un estado de naturaleza sin reglamentaciones morales y objetivas a un orden contractual normatizado que determina lo que es *bueno* y *mal*. El autor del *Leviatán* describe así lo que él considera deben ser o significar estas dos categorías:

Lo que de algún modo es objeto de cualquier apetito o deseo humano con respecto a él, es lo que se llama bueno. Y el objeto de su odio y aversión lo malo. Pero estas palabras siempre se usan en relación con las personas que las utilizan. No son siempre y absolutamente tales, ni ninguna regla de bien y de mal, puede tomarse de los objetos mismos, sino del individuo (donde no existe estado) o de la persona (donde existe estado) que los representa. O de un árbitro o juez a quien los hombres permiten establecer e imponer como sentencia su regla del bien y del mal. (Hobbes, 1980, p.48)

En otras palabras, lo bueno es lo que es deseable y agradable; lo malo es lo que es detestable y aborrecible para el hombre. Dichas reglas para Hobbes no son absolutas, sino que dependen de la existencia o inexistencia del Estado. Es decir, en un estado natural lo bueno y lo malo está

²⁵ Según Freud (1991-a), “la causa de la guerra es el entrecruzamiento de las pulsiones de muerte y de vida, y que los ideales de paz solo sirven como excusas a las apetencias destructivas” (194). En otras palabras, para Freud es imposible evitar la agresión. En dado caso, existe la posibilidad de canalizar de tal manera que no halle su modo de expresión en la guerra. Para ello sería necesario: “Formar una categoría superior de pensadores independientes, de hombres inaccesibles a la intimidación y entregados a la búsqueda de lo verdadero, que asumirían la dirección de las masas desprovistas de iniciativa” (Freud, 1992-c, p.42). De ahí que, por un lado, el proceso cultural estriba en la ligazón libidinal, de fin inhibido, de los sujetos para evitar dicha tensión, y, por otro lado, la guerra termine siendo contradictoria con las actitudes psíquicas que nos impone la cultura.

supeditado a lo que desea cada individuo. Sin un poder que contenga los deseos incesantes del hombre, se genera una lucha generalizada en la que sólo se impone la ley del más fuerte. Por el contrario, en un Estado contractual normativizado, lo bueno y lo malo se objetiva mediante la ley y la norma moral, la cual es ejercida por un mediador, quien es el que determina e impone las reglas a seguir.

Al principio del capítulo XIII del *Leviatán*, Hobbes (1980) indica que los hombres en el estado natural eran iguales por naturaleza en facultades del cuerpo y del espíritu. En otras palabras, entre las fuerzas de unos individuos respecto a otros, todos cuentan con la capacidad de matar incluso al más fuerte, bien sea por mano propia o en asociación con otros, debido a la igualdad entre los hombres. Lo anterior lo expone Hobbes (1980) en el *Leviatán* de la siguiente manera:

La naturaleza ha hecho tan iguales a los hombres en las facultades del cuerpo y del espíritu que, si bien un hombre es, a veces evidentemente más fuerte de cuerpo o más sagaz de entendimiento que otro, cuando se considera en conjunto la diferencia entre hombre y hombre no es tan importante que no pueda reclamar a base de ella, para sí mismo, un beneficio cualquiera a que otro no pueda aspirar. (p.105)

De la anterior cita se desprende lo siguiente: Según Hobbes, todos los hombres son iguales por naturaleza, tanto en las facultades corporales como anímicas, lo que impide la superioridad definitiva de uno sobre otros. Esto quiere decir que, dado que en conjunto todos los hombres son iguales, todos son susceptibles a sufrir la agresividad de los otros. De ahí la necesidad de un estamento exterior que regularice las relaciones humanas entre iguales. Este poder soberano, es decir, el Estado, surge de la consiguiente lucha sin cuartel entre los hombres, que interactúan en el estado natural o presocial. Sin embargo, cabe señalar que este poder soberano no hace desaparecer el estado de naturaleza, sino que tan solo lo regula. Es decir, el hombre nunca deja su naturaleza animal, debido a que dicha condición natural se mantiene siempre y puede manifestarse o reproducirse en cualquier momento.

Asimismo, en el estado natural de Hobbes (1980), esta igualdad que se mencionó anteriormente, se evidencia en el hecho de que “los seres humanos orientan su vida a la consecución de sus propios fines, entre los cuales se encuentra la *felicidad*” (p.58). Hobbes (1980) entiende por felicidad, “el éxito continuo de aquellas cosas que el hombre desea, de tiempo en tiempo, es decir, la perseverancia continua es lo que los hombres llaman felicidad” (p.56). Por consiguiente, si todos desean los mismos bienes necesarios para la supervivencia y para alcanzar la felicidad, los cuales

se buscan constante e incansablemente, los bienes tienden a escasear y ante esta situación surge la *competencia*. En esta competencia, el otro se convierte en mi enemigo y lo más razonable es desconfiar de él y proveerme de un poder tal que nadie se atreva a poner en peligro mi vida (Hobbes, 1980).

En síntesis, la igualdad precede la desconfianza y a la vez fomenta la violencia, es decir, el estado de guerra de todos contra todos. Dicho estado de guerra se produce porque todos los hombres desean lo mismo para su conservación, lo que genera la obligatoriedad de crear un pacto, un *contrato* que regule las relaciones y los deseos entre los hombres. El contrato surge de la “segunda ley natural, mediante la cual el hombre debe renunciar a su libertad individual frente a los demás hombres, en ella, encontramos la semilla de lo que Hobbes (1980) define cómo el contrato: “La mutua transferencia de los derechos es lo que los hombres llaman contrato” (p.114). Asimismo, Hobbes indica que las causas que sugieren al establecimiento de un contrato son: “La inseguridad a la que se ven sometidos los seres humanos en estado de naturaleza; El organizarse en sociedad es la preservación y garantía de la propia vida” (p.115). Este contrato comprende la existencia de leyes, pero al mismo tiempo observa que dichas leyes no se cumplirán sin un poder coercitivo y privativo, respaldado por la fuerza y capaz de sancionar a quienes incumplan las normas y el contrato.

En el contrato la creación de la sociedad civil y del soberano son simultáneos, pues no podría surgir el contrato sin que surja simultáneamente un poder capaz de ponerlo en práctica. Finalmente, el objetivo de establecer un pacto social, por un lado, reside en el bien común y en llevar una vida tranquila que todo hombre desea. Por otro lado, reside en que es imposible abandonar el amenazante estado de naturaleza y prevenir una guerra civil. Además, queda claro también cómo la sociedad civil es algo artificial y contingente que el hombre ha creado para contener y modelar la naturaleza, pero teniendo siempre presente que nunca el hombre podrá domarla de forma plena y definitiva.

Ahora bien, para seguir hilvanando los argumentos que acota Hobbes para dicha transición, cabe señalar que el autor del Leviatán distingue dos aspectos de la naturaleza humana: Las

pasiones, que le inclinan al hombre *hacia la guerra*²⁶ y a la paz, y la razón. En este sentido, pasemos a explicar las pasiones que inclinan al hombre hacia la paz.

1.2.4 Pasiones que inclinan al hombre hacia la paz según Hobbes

Para iniciar, vale recordar que Hobbes (1980) considera que todas las acciones humanas se desarrollan como resultado de la fuerza de las pasiones, como por ejemplo amar, temer, alegrar y ordenar. Las pasiones son los únicos elementos por los que se puede guiar y determinar el hombre: “Las pasiones son acciones voluntarias que tienen su origen no solo en la codicia, en el deseo y en la ambición, sino también aquellas que se inician en la aversión y en el temor de las consecuencias que suceden en la omisión” (Hobbes, 1980, p.47). Señalado lo que Hobbes comprende por pasiones, pasemos a describir las pasiones que inclinan de forma natural a ser humano hacia la paz. Hobbes (1980) describe la pasión que induce al hombre hacia la paz de la siguiente manera:

Las pasiones que inclinan al hombre hacia la paz son el temor hacia la muerte, el deseo de las cosas que son necesarias para una vida confortable y la esperanza de obtenerlas por medio del trabajo. La razón sugiere adecuadas normas de paz, a las cuales pueden llegar los hombres por mutuo consenso. Normas que se llaman leyes de la naturaleza. (p.110)

Expuesto lo anterior, se comprende que el *miedo a morir* es el principal rasgo que inclina al hombre hacia la paz. Es decir, el hombre prefiere moderar, frenar y mudar sus deseos y coartar su libertad para conservar su propia vida frente al otro, que lo amenaza y de quien desconfía. Asimismo, estas normas son recomendadas por la razón para llegar a un mutuo acuerdo. Es decir, como seres humanos racionales estamos de acuerdo en que se deba evitar el estado de naturaleza o presocial por ser peligroso y por no garantizar el progreso y el bienestar del hombre. Hobbes denomina a estas normas leyes *de la naturaleza*. Esta ley o inclinación natural del hombre hacia la

²⁶ En primer lugar, Hobbes (1980) considera que la *desconfianza mutua* es la génesis del estado de guerra. De aquí que algunos hombres según el autor del Leviatán se inclinen a hacer lo siguiente: “Anticiparse y dominar por medio de la fuerza o de la astucia a todos los hombres que pueda, durante el tiempo preciso, hasta que ningún otro pueda amenazarle, sea un instrumento de protección y conservación” (p.106). Igualmente, según Hobbes (1980), “existen otros hombres que se complacen de su propio poder en los actos de conquista, quienes conservan su vida aumentando su dominio y explotación sobre el otro, lo cual para Hobbes está bien” (p.106). Hobbes considera que este deseo de dominar y someter al otro para conservar su propia vida, sucede porque no existe un poder externo que regule las relaciones entre ellos. En otros términos, es ineludible un contrato social dirigido por un soberano que regule las normas que se pactan entre los hombres para soslayar la guerra de todos contra todos. De igual modo, los dos ejemplos anteriores mediante los cuales los hombres utilizan la represión y la conquista sobre el otro, llevan a descubrir a Hobbes en la naturaleza del hombre tres causas primeras de la discordia: 1. La competencia; 2. La Desconfianza; y 3. La gloria. Hobbes (1980) describe las tres causas de la discordia así: “La primera causa impulsa a los hombres a atacarse por un beneficio; La segunda para lograr seguridad; La tercera para ganar reputación” (p.107). Quiere esto decir que, la primera es sinónimo de violencia y explotación de unos sobre otros, para mantener el poder y para extraer una utilidad. La segunda, — *Sospecha extensiva*— obedece al deseo de preservar la vida desconfiando del otro y generando mediante esta distancia, seguridad. Finalmente, la tercera comprende la reputación y el prestigio que desean tener unos hombres sobre y a expensas de otros.

paz por temor a la muerte y por el deseo de vivir una vida tranquila y sosegada, la define Hobbes como la *primera ley natural* del hombre o ley racional. *Buscar la paz y seguirla*.

Hobbes (1980) en el Leviatán la describe así esta primera ley natural así:

En el estado natural o de guerra cada quien está gobernado por su propia razón. No existiendo nada que le pueda servir como instrumento para su vida contra sus enemigos. De aquí se sigue que, en semejante condición, el hombre puede hacer cualquier cosa para su propia conservación. Y mientras persista el derecho natural, no puede haber seguridad para nadie (por muy fuerte o sabio que sea). De ahí que resulte un precepto, o regla general de la razón, en virtud de la cual cada hombre debiera esforzarse por la paz, mientras tiene la esperanza de lograrla. Y cuando no puede obtenerla debe entonces buscar y usar toda la ayuda y las ventajas de la guerra. (p.111)

Hasta aquí se ha expuesto la primera ley natural y racional del hombre, es decir, procurar la paz hasta donde sea posible y tener la esperanza de lograrla. Hobbes señala que si la paz es esquiva, la misma guerra puede ser un medio para conseguirla. Igualmente, indica que la *razón* es el medio o el instrumento adecuado para conquistar la paz. En otras palabras, la racionalidad es el sostén que ampara y contribuye a que el ser humano logre la paz. Lo cual significa que la razón en esta teoría no tiene un lugar superior, no proviene de Dios ni del espíritu.

Hobbes infiere la segunda ley natural a partir de la primera ley natural, la cual describe así: “Que uno accede si los demás consienten también y mientras se considere necesario para la paz y defensa de sí mismo renunciar esto y derecho a todas las cosas y renunciar con libertad frente a los demás hombres” (Hobbes, 1980, p.112). En otras palabras, la renuncia del hombre a su libertad individual es lo que abre la posibilidad de establecer un contrato con otros seres humanos. Asimismo, dicha ley queda condicionada en la medida en que los demás acaten la orden y tengan la misma inclinación de conseguir la paz. El hombre, para poder convivir en sociedad, debe sacrificar las libertades a que tenía derecho en el estado natural. Entre estas libertades se cuenta la de disponer de la vida del otro para garantizar su seguridad. No obstante, cabe señalar que el establecimiento del contrato le permite al hombre tener la certeza y la tranquilidad de que su vida no es cuantificable, ni está subordinada a los intereses del más fuerte. Es decir, la vida no es algo que se arrebata y luego se paga una suma de dinero en compensación.

Por último, pasamos a explicar la tercera ley natural que propone Hobbes en el capítulo XV del Leviatán: “Que los hombres cumplan los pactos que han celebrados” (Hobbes, 1980, p.123).

En otras palabras, es obligatorio el cumplimiento de los pactos y que se acepten las consecuencias que de ellos se siguen. Es racional que el ser humano las observe y las cumpla. Pero de hecho, tales leyes en el estado contractual no se cumplen, por lo que se necesita un poder coercitivo y sancionatorio, respaldado por la fuerza para obligar su cumplimiento. Es importante resaltar que para Hobbes, la racionalidad, la moral y la libertad no son entendidas en sentido clásico, y por tanto, en los albores de la modernidad, Hobbes está rompiendo con conceptos anteriores. La racionalidad y la libertad son instrumentos de intercambio, medios para conseguir fines, cálculos y estrategias.

Hasta aquí se han descrito las pasiones que inclinan al hombre hacia paz, de la cual se derivan tres leyes naturales en el hombre. a.) Buscar la paz y seguirla; b.) La capacidad del hombre de renunciar a sus propios derechos, entre ellos, su libertad; y c.) El cumplimiento de los pactos y aceptar las consecuencias que de ellos se sigue. Estas leyes naturales contribuyen a preservar la vida e inducen a los humanos a llegar a un acuerdo que garantice la paz y la tranquilidad. Además, estas leyes son el fundamento racional de la filosofía política de Hobbes, en la cual, por un lado, el hombre renuncia a su libertad y, por otro lado, transfiere sus derechos a un poder soberano capaz de proporcionarle seguridad, lo que permite eliminar la desconfianza natural entre los hombres.

Hasta aquí se ha expuesto la primera instancia psíquica de la estructura de la personalidad según Freud, *el ello*. Igualmente, se ha descrito el estado natural en Hobbes. Ambas tareas han tenido como propósito mostrar si es posible pensar, a partir de estos dos autores, una *sociedad de ellos* o un estado natural sin normas, donde se le dé rienda suelta a todas las pulsiones o deseos. Según Hobbes, es imposible que el hombre se auto-determine y progrese en un estado natural sin normas, lo mismo que es utópico una sociedad de *ellos*, en términos freudianos, donde se le dé gratificación inmediata a todas las pulsiones, ya que la cultura sería un caos y habría una violencia generalizada sin fin.

Hobbes considera que las pasiones, entre las que sobresale el *temor a una muerte violenta por el otro*, es el primer motivo para que los hombres deseen pasar de un estado de naturaleza a uno contractual. Ambos autores, por un lado, son partidarios de la represión de las exigencias pulsionales y de coartar la *libertad individual*²⁷ para consolidar el desarrollo cultural. Por otro lado,

²⁷ Este orden contractual exige que el hombre anteponga su libertad individual para el desarrollo de la sociedad. Lo mismo sucede en Freud, la libertad individual no es una máxima de la cultura, sino el orden social y colectivo. *En el Tratado de los delitos y las penas* Beccaria Cesare (2015) lo explicita esta pérdida de libertad así: “Las leyes son las condiciones con que los hombres

para ambos es necesario un estado normativo que haga cumplir las reglas pactadas en el contrato. Es decir, para que las mutuas transferencias de derechos sean posibles, los contratos deben ser respetados y para que esto ocurra se necesita crear un poder que obligue a todas las partes a cumplir.

1.2.5 El yo

La descripción del *yo* se elabora con el objetivo de mostrar cómo es la instancia psíquica que emerge de las influencias del mundo exterior y a la vez es la instancia encargada de moderar y reorientar las tendencias instintivas que surgen del reservorio de las pulsiones, el *ello*. Por último, con el objeto de señalar las afiliaciones y la tensión del *principio de realidad*²⁸ en el *yo* y del *principio del placer* en el *ello*, lo que permitirá al final exponer los rasgos esenciales esta instancia psíquica.

Como se acotó anteriormente, la conciencia es la primera organización anatómica más próxima al *mundo exterior* de la cual proceden todas las percepciones: “Todas las percepciones que proceden del exterior y aquellas otras procedentes del interior, (sensaciones y sentimientos) son conscientes” (Freud, 2009, p.13). En relación con el *yo*, Freud establece que el *yo* integra la conciencia, así como el *ello* integra lo inconsciente-reprimido, es decir, las representaciones y contenidos del mundo exterior. Freud (2009) lo presenta así: “El *yo* integra la conciencia, la cual domina el *acceso la motilidad*, esto es, las descargas de las excitaciones en el mundo exterior” (p.19). Es decir, el *yo* es el puente de todas las excitaciones, apetitos y necesidades básicas que afloran en la instancia psíquica del *ello*. Igualmente, Freud señala que el *yo* es una parte del *ello* modificada por el mundo exterior: “Apenas si necesita ser justificada la concepción según la cual el *yo* es aquella parte del *ello* que fue modificada por la proximidad y el influjo del mundo exterior, instituida para la recepción de estímulos y la protección frente a estos [...]” (Freud, 1991, p.70).

En lo referente al control sobre la motilidad por parte del *yo*, dicho control radica en que algunas pulsiones del *ello* son temerarias o poco adaptativas, motivo por el cual no deben ganar

independientes y aislados se unieron en la sociedad, cansados de vivir en un estado de guerra y de gozar una libertad que les era inútil en la incertidumbre de conservarla. Sacrificaron por eso una parte de ella para gozar la restante en segura tranquilidad” (p.19).

²⁸ Según Marcuse (1983), “con la institución del principio de la realidad, el ser humano que, bajo el principio del placer, ha sido apenas un poco más que un conjunto de impulsos animales, ha llegado a ser un yo organizado, lucha por «lo que es útil» y lo que puede ser obtenido sin daño para sí mismo y su ambiente vital. Bajo el principio de la realidad, el ser humano desarrolla la función de la razón: aprende a «probar» la realidad, a distinguir entre bueno y malo, verdadero y falso, útil y nocivo. El hombre adquiere las facultades de atención, memoria y juicio” (p.30).

acceso a la motilidad. Por consiguiente, el *yo* debe reprimir tales pulsiones en función del *principio de realidad*. Freud (2009) detalla dicha represión del *yo* sobre el *ello* mediante el siguiente ejemplo:

Podemos comparar al *yo*, en su relación con *ello*, con un jinete, que rige y refrena la fuerza de cabalgadura, superior a la suya, con la diferencia de que el jinete lleva a cabo esto con sus propias energías, y el *yo*, con energías prestadas. Pero, así como el jinete se ve obligado alguna vez a dejarse conducir adonde su cabalgadura quiere, también el *yo* se nos muestra forzado en ocasiones a transformar en acción la voluntad del *ello*, como si fuera la suya propia. (p.19)

En otras palabras, el *yo* toma del mundo exterior la energía que no posee para reprimir los deseos sexuales-agresivos del *ello*. Sin embargo, así como el jinete en algunas ocasiones puede ser incapaz de refrenar la energía de su cabalgadura, de la misma manera el *yo* se muestra en ocasiones forzado e incapaz de contener la voluntad del *ello*. No obstante, en algunas ocasiones el *yo* tiende a buscar la satisfacción mediante la descarga de *energía libidinal*²⁹ mediante la reorientación de los instintos, es decir, mediante la sublimación. De este modo, el *yo* intenta transmitir al *ello* todas las influencias externas que recibe del mundo exterior e intenta modificar el *principio de placer* que reina en el *ello* por el *principio de realidad*³⁰. Es decir, el principio de realidad modifica al principio del placer (Freud, 1992-a).

El principio de realidad, junto al principio del placer, conforman los dos principios que dominan la psique. El primero es el que permite al sujeto sustituir las exigencias pulsionales en función de las presiones y regulaciones surgidas de la realidad, ajustándose a las normas morales

²⁹ Según Freud (1992-a), “la libido es una expresión tomada de la doctrina de la afectividad. Llamamos así a la energía, considerada como magnitud cuantitativa —aunque por ahora no medible—, de aquellas pulsiones que tienen que ver con todo lo que puede sintetizarse como amor” (p.86). O, como lo señala, en el texto, *El malestar en la cultura*, se designa como libido: “El término libido puede seguir aplicándose a la manifestación del Eros para discernirlas de la energía inherente al instinto de muerte” (Freud, 2017, p.121). Es decir, la libido participa en toda la expresión instintiva, sobre todo, es el motor de la sexualidad. Freud, distingue dos clases de libido, la primera, la objetal, la cual va dirigida hacia el objeto o persona, cualquier entidad situada fuera. Y, la libido narcisista, la cual apunta hacia dentro, hacia el centro de la misma persona. Esta libido que partía del sujeto para dirigirse y satisfacerse en el mismo sujeto, Freud la denominada libido del *yo narcisista*, primera fuente de satisfacción del ser humano: “Esta libido yoica sólo se vuelve cómodamente accesible al estudio analítico cuando ha encontrado empleo psíquico en la investidura de objetos sexuales, vale decir, cuando se ha convertido en libido de objeto” (Freud, 1992-d, p.199).

³⁰ “La sustitución del principio del placer por el principio de la realidad es el gran suceso traumático en el desarrollo del hombre —en el desarrollo del género (filogénesis) tanto como en el individuo (ontogénesis). De acuerdo con Freud, este suceso no es único, sino que se repite a través de la historia de la humanidad y en cada individuo. Filogenéticamente, ocurrió primero en la horda original, cuando el padre original monopolizaba el poder y el placer y obligaba a la renunciación a los hijos. Ontogenéticamente, ocurre durante el período de la primera infancia, cuando la sumisión al principio de la realidad es impuesta por los padres y otros educadores. Pero, tanto en el nivel genérico como en el individual, la sumisión se reproduce continuamente. El mando del padre original es seguido, después de la primera rebelión, por el mando de los hijos, y el clan de hermanos se desarrolla como dominación social y política institucionalizada” (Marcuse, 1983, p.30). Luego, el individuo, creciendo dentro de tal sistema aprende los requerimientos del principio de la realidad como los de la ley y el orden, y los transmite a la siguiente generación.

y jurídicas con la finalidad de la adaptación y la supervivencia del sujeto. Freud (2009) describe y teoriza dicha tensión entre los principios de realidad y placer mediante el siguiente caso o ejemplo:

Supongamos, pues, que el *yo* del niño se encuentra bajo el influjo de una exigencia instintiva poderosa que se haya acostumbrado a satisfacer y que súbitamente es asustado por una experiencia que le enseña que la continuación de esta satisfacción traerá consigo un peligro real casi intolerable. Debe entonces decidirse, o bien por recoger el peligro real o darle la preferencia y renunciar a la satisfacción instintiva, o bien por negar la realidad y pretender convencerse de que no existe peligro, de modo que pueda seguir con su satisfacción. Hay un conflicto entre la exigencia del instinto y la prohibición por parte de la realidad. (p.152)

En relación con la cita anterior se puede concluir lo siguiente: En cuanto al principio de realidad, la realización inmediata de todos los apetitos haría imposible la vida del sujeto. El principio de realidad es un principio del *yo* y permite al sujeto posponer o sustituir dichos impulsos pulsionales poco adaptativos en función de las presiones de la realidad. El *yo* se defiende y aplaca las pulsiones que proceden del *ello* mediante los *mecanismos de defensa*³¹ y trata de manejar los conflictos entre las instancias psíquicas del *ello* y la del *superyó*. En cuanto al principio del placer, el *ello* dirige todos sus esfuerzos a la gratificación de las pulsiones. Las pulsiones crean en el sujeto un estado de tensión que el *ello* intenta descargar para volver a la situación de equilibrio.

Para terminar este apartado, tengamos en cuenta las siguientes respecto al *yo* y el *ello*: a) “La percepción es para el *yo*, lo que para el *ello* es el instinto” (Freud, 2009, p.19). b) Así como el *ello* es el reservorio de las pasiones, inconsciente y es irracional, el *yo* es la parte razonable reflexiva y consciente. c) El *yo* es una parte del *ello* que nace y se forma de las influencias que recibe del mundo del exterior. Igualmente, el *yo* actúa de cara al *mundo exterior*³². d) Así como en el *ello* predomina el principio del placer, en el *yo* predomina el principio de realidad. El primero, obedece al deseo de satisfacer todas las pulsiones que emanan del *ello* y tiene como finalidad evitar el

³¹ Los mecanismos de defensa del *yo*, le permiten enfrentar las amenazas que acechan al sujeto y le provocan malestar. De ahí que, el *yo* puede usar métodos o técnicas que falsifiquen, deformen y repriman la realidad y le impidan desarrollar su personalidad. (sublimación y represión).

³² Ahora bien, y ¿cómo logra el *yo* hacer frente a las exigencias del *ello* con miramiento al mundo exterior? Freud (2017) señala que el *yo* se defiende mediante el mecanismo de la represión: “Pero lo reprimido algunas veces se rebela contra este destino y se procura por caminos sobre los cuales no ejerce el *yo* poder alguno, una satisfacción sustitutiva-el síntoma - que impone al *yo* una transacción. El *yo* encuentra alterada su unidad por tal intrusión y continúa luchando contra el síntoma como antes lo hacía antes contra la tendencia instintiva y de todo esto resulta el cuadro patológico de la neurosis” (p.148). De este modo, el impulso instintivo que parte del *ello* con el propósito de lograr satisfacción y placer, termina convertido en displacer por el proceso de la represión. El *yo* logra inhibir o desviar el instinto de manera parcial: “La represión nunca es completamente efectiva, en el sentido de que solo logra expulsarlo de la conciencia y empujarlo hacia el inconsciente, pero no consigue jamás aniquilarlo o destruirlo” (Freud, 1991-c, p.578). En este sentido, los impulsos instintivos que fueron reprimidos, es decir, expulsados de la conciencia, tienden constantemente a reaparecer procurándose por caminos donde el *yo* no ejerce control. El contenido retorna de manera distorsionada o disminuido, donde su realización ya no produce placer, pero si toma un carácter obsesivo.

displacer y buscar el placer; el segundo se opone al principio del placer modificándolo y aplazando sus deseos y resultados en función de las condiciones impuestas por el mundo exterior. De ahí que el *yo* se defiende tanto de las presiones del *ello*, como de las del *superyó*. e) El *yo*, como principio regulador, está ligado a la conciencia y al mundo exterior, lo que por consiguiente lo lleva a reflexionar sobre las consecuencias prácticas de lo que realiza y los problemas que puede generar una conducta desinhibida.

1.2.6 Superyó o ideal del yo

Una vez descrita a grandes rasgos la segunda estructura de la personalidad, el *yo*, detallemos la instancia psíquica, *el superyó o ideal del yo*. Para Freud (2009), el *ideal del yo* es el heredero del complejo de Edipo en primera instancia: “El *ideal del yo* es por tanto el heredero del *complejo de Edipo*³³ y con ello, la expresión de los impulsos más poderosos del *ello* y de los más importantes destinos de la libido” (p.29). Es decir, *el ideal del yo* es consecuencia de la socialización aprendida por el niño a través de los padres y de la interiorización de las normas consensuadas socialmente. No obstante, cabe señalar que esta identificación del niño con el padre, no es un proceso netamente racional, de naturaleza comprensiva, sino más bien una cuestión de *identificación*³⁴. Es decir, el niño aprende de manera mecanizada e irreflexiva lo que el otro, el padre, le transfiere como normas, valores y creencias culturales, sin tener en cuenta su posición.

En este sentido, para ir aclarando el origen del *ideal del yo o superyó*, pasemos a describir cómo surge el *complejo de Edipo*, lo cual permitirá aclarar el origen del *ideal del yo y del superyó*. Freud (2009) expone el surgimiento del complejo de Edipo de la siguiente manera:

³³ Freud, se inspiró en el mito griego escrito por Sófocles, el cual relata que, al nacer Edipo, el oráculo predijo a su padre, el rey Layo, que el niño, su hijo, lo mataría y desposaría a su madre. El padre, en un intento por evitar la profecía, manda matar al niño, pero el plan falla, y Edipo retorna a Tebas siendo adulto, cumpliéndose la predicción de incesto. (Edipo, hijo del rey de Tebas, acaba por matar a su padre y ocupar su puesto, casándose con la reina Yocasta, su madre). Freud describe el complejo de Edipo como una etapa del desarrollo del niño, fundamental en la configuración psíquica del sujeto. El psicoanálisis define el complejo de Edipo como la inclinación erótica del niño hacia la madre, acompañada de hostilidad y celos hacia el padre: “El niño lleva muy tempranamente una carga de objeto que recae sobre la madre y tiene su punto de partida en el seno materno. Del padre se apodera el niño por anticipación. (...) hasta que por la intensificación de los deseos sexuales orientados hacia la madre y por la recepción de que el padre es un obstáculo, opuesto a la realización de tales deseos surge el complejo de Edipo” (Freud, 2009, p.24).

³⁴ “Freud distingue tres tipos de identificación. *En primer lugar*, se la concibe como desempeñando “un papel en la historia del complejo de Edipo. “Se trata del estadio oral, el de la incorporación del objeto siguiendo el modelo caníbal, respecto del cual Freud precisará un poco más tarde, en *El yo y el ello*, que resulta difícil distinguir en él la identificación de la investidura, es decir, diferenciar la modalidad del ser y la modalidad del tener. *El segundo caso*, es el de la identificación regresiva, que se advierte en el síntoma histérico, una de cuyas modalidades de formación está constituida por la imitación, no de la persona, sino de un síntoma de la persona amada. *La tercera*, es decir, en ausencia de toda investidura sexual” (Roudinesco, 2008, p.511). Igualmente, para Freud, la identificación se conoce como “la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona. Desempeña un papel en la prehistoria del complejo de Edipo. El varoncito manifiesta un particular interés hacia su padre; querría crecer y ser como él, hacer sus veces en todos los terrenos. Digamos, simplemente: toma al padre como su ideal” (Freud, 1992-b, p.99).

El niño lleva muy tempranamente la carga de objeto, que recae sobre la madre y tiene su punto de partida en el “seno materno”. Del padre se apodera el niño por identificación. Ambas relaciones marchan paralelamente durante algún tiempo, hasta que, por intensificación de los deseos sexuales orientados a la madre y por la percepción de que el padre es un obstáculo opuesto a la realización de tales deseos, surge el complejo de Edipo. (p.24)

Según lo anterior, la primera *carga de objeto*³⁵ del niño recae sobre lo que más anhela, el seno de la madre. De este modo, según Freud (2017), “el *yo* del niño que aún no distingue su *yo* del mundo exterior inicia a comunicarse con un afuera por medio del llanto” (p.61). El complejo de Edipo surge en primer lugar, de la oposición del niño con el padre, tomando un matiz hostil hacia él. Esta oposición ambivalente del niño, es decir, tierna con la madre y adversa frente al padre, integra el contenido del *complejo de Edipo simple* positivo y negativo, si presenta una actitud de amor hacia el progenitor del mismo sexo, así como rivalidad y rechazo hacia el progenitor del sexo opuesto, el complejo de Edipo completo.

Ahora bien, de esta identificación del niño con el padre, surge en primer lugar *el ideal del yo*. Es decir, el *ideal del yo* es un rasgo extraído del otro con el cual el niño se identifica. Ese otro primeramente es el padre: “La resistencia del carácter contra las influencias de las cargas de objeto, abandonadas, lo cual nos lleva a la génesis del *ideal del yo*, pues detrás de él se encuentra la primera y más importante identificación del individuo o sea con el padre” (Freud, 2009, p.24). En otras palabras, después del abandono de las cargas de objeto por parte del niño, la cual recae sobre la madre, más exactamente en su seno materno, este se apropia del padre por identificación. Por consiguiente, el *ideal del yo* es la identificación parental del niño con las normas y los valores socialmente consensuados, con los cuales logrará posteriormente relacionarse con su entorno cultural y social. Además, este modelo al que el niño intenta adecuarse siguiendo la identificación con los padres, favorecerá luego la formación del *superyó*.

En cuanto a la génesis del *superyó*, este se manifiesta como una instancia severa de mandamientos y prohibiciones. Asimismo, se le atribuye un papel importante en la *represión*, lo cual denotaría el origen del *superyó* y marcaría la diferencia con el *ideal del yo*. En palabras de Freud (2009) se detalla así:

³⁵ Según Freud (2009): “Las cargas de objeto parten del *yo*, el cual siente como necesidades las aspiraciones eróticas a las cuales intenta rechazar y aprobar” (p.22).

El *superyó* conservara el carácter del padre y cuantos mayores fueron la intensidad del complejo de Edipo y la rapidez de su represión (bajo las influencias de la autoridad, la religión, la enseñanza, y las lecturas) más severamente reinara después sobre el yo como conciencia moral, o quizás como sentimiento inconsciente de culpabilidad. (p.27)

Dicho en otras palabras, el *superyó* se manifiesta como un imperativo categórico y represivo sobre el yo. Igualmente, el *superyó* se expresa con un carácter coercitivo y prohibitivo sobre los instintos que emergen del *ello*, buscando bien sea su reorientación o la prohibición. De esta forma, el *superyó* se entroniza como el máximo representante de la conciencia moral, la cual obedece a las tradiciones e influencias que el niño recibe en los primeros años de vida de los padres. Así como el niño debe acatar y obedecer los mandatos del padre, de la misma manera el yo debe obedecer y someterse a la instancia psíquica y represiva del *superyó*, la cual representa la cultura normativa.

Llegados aquí es pertinente acotar las siguientes conclusiones: El *ideal del yo* y el *superyó* son la representación e identificación del niño con sus padres. La madre y el padre pasan a introyectarse en el aparato psíquico y constituyen una instancia donde se interiorizan las prohibiciones externas. El primero es el heredero del complejo de Edipo en primera instancia por la *identificación* del niño con el padre. Asimismo, el *ideal del yo* se forma de la “influencia crítica de los padres, ahora agenciada por las voces y a la que en el curso del tiempo se sumaron los maestros y aquellas otras personas que ejercen autoridad sobre el sujeto en el papel de padre (...) y ejercen ahora, en calidad de *conciencia moral*” (Freud, 1991, p.60).

El segundo, el *superyó*, tiene las siguientes características: “Es el abogado del mundo interior, o sea del *ello*, se opone al yo verdadero representante del mundo exterior o de la realidad” (Freud, 2009, p.29). El *superyó* es quien impone conductas sociales y moralmente aprobadas. Igualmente, se vincula con la capacidad que tiene una persona para controlar sus impulsos y amoldarse a las pautas de comportamiento socialmente aceptadas. De ahí que sea la instancia que vela por las acciones morales: “El *superyó* entrega el más severo patrón moral al yo que se ha declarado inerte (...) Así, aprendemos con una mirada que nuestro sentimiento de culpa moral expresa la tensión entre el yo y el *superyó*” (Freud, 1976, p.56).

Por último, Freud (1991) considera que el *superyó*, al ser el centinela del *ideal del yo*, toma sobre sí el poder, la operación y hasta los métodos de la instancia parental:

Ahora bien, el *superyó*, que de ese modo toma sobre sí el poder, la operación y hasta los métodos de la instancia parental, no es sólo el sucesor de ella, sino de hecho su legítimo heredero [...]. El *superyó*, en una elección unilateral, parece haber tomado sólo el rigor y la severidad de los padres, su función prohibidora y punitiva, en tanto que su amorosa tutela no encuentra recepción ni continuación algunas. Si los padres ejercieron de hecho un severo gobierno, creemos lógico hallar que también en el niño se ha desarrollado un *superyó* severo, pero la experiencia enseña, contra nuestra expectativa, que el *superyó* puede adquirir ese mismo carácter de rigor despiadado, aunque la educación fuera indulgente y benévola, y evitara en lo posible amenazas y castigos. (p.58)

Expuesta la cita anterior, podemos señalar lo siguiente: En primer lugar, el *superyó*, al ser el guardián del *ideal del yo*, desbanca a este último como *legítimo heredero* del complejo de Edipo. De este modo, el *superyó* se entrona como el guardián del *ideal del yo* velando por el cumplimiento de los preceptos que el niño adquirió de sus padres. En segundo lugar, el riguroso *superyó* observa cada uno de los pasos del *yo* y le impone determinadas normas de conducta, lo mismo que hicieron los padres con el niño: “El *superyó* es para nosotros la subrogación de todas las limitaciones morales, el abogado del afán de perfección; en suma, lo que se nos ha vuelto psicológicamente palpable de lo que se llama lo superior en la vida humana” (Freud, 1991, p.62).

El *superyó* tiene entonces la función de integrar al individuo en la sociedad, regulando la conducta de cara a la cultura normativa; dicha conducta la ha forjado por la identificación con el padre, es decir, formando el *ideal del yo* (Freud, 2009). En otras palabras, el ideal del padre es sustituido por el ideal cultural, el cual está representado por el *superyó*. Igualmente, el *superyó* está compuesto por dos sistemas, el *ideal del yo* y la *conciencia moral*: “La conciencia es una de las funciones que le atribuimos al *superyó*. Está destinada a vigilar los actos y las intenciones del *yo*, juzgándolos” (Freud, 2017, p.139). El *ideal del yo* corresponde a los conceptos del niño acerca de lo que sus padres consideran como bueno, *lo que debes hacer*. Y, la conciencia moral, *lo que no debes hacer*, lo que los padres le enseñaron al niño como malo: “Pero el *superyó* [...] en su relación con el *yo* no se limita a la advertencia: Así como el padre debes ser, sino que comprende también esta prohibición: Así como el padre no debes ser: no debes hacer todo lo que él hace, pues hay algo que esta exclusivamente reservado (Freud, 2009, p.27).

Finalmente, la finalidad del *superyó*³⁶ es la siguiente:

³⁶ Freud sustenta dos acusaciones en contra *el superyó del individuo*: “Con la severidad de sus preceptos y prohibiciones se despreocupa demasiado de la felicidad del yo, pues no toma debida cuenta de las resistencias contra el cumplimiento de aquellos,

Controlar y regular aquellos impulsos cuya expresión no controlada pondrían en riesgo la estabilidad de la sociedad. Tales impulsos son el sexo y la agresión. El niño rebelde, desobediente o sexualmente curioso, es considerado como malo e inmoral. Al adulto sexualmente promiscuo o que trasgrede la ley, y es por general destructivo y antisocial, es considerado como persona mala. (Hall, 1985, p.39)

1.2.7 Superyó cultural

El presente apartado tiene el objetivo de fijar y mostrar las características del *superyó cultural* con relación a su análogo, el *superyó del individuo*, expuesto en la sección anterior. Para este propósito, es pertinente dilucidar en primer lugar el significado del concepto de cultura. Freud (2017) señala que el termino *cultura* designa “la suma de las producciones e instituciones que distancian nuestra vida de la de nuestros antecesores los animales” (p.88). Es decir, la esencia de la cultura radica en la organización y creación de instituciones que posibilitan la regulación de las relaciones humanas, pero que distancian al hombre de su naturaleza, de su mundo animal, completamente instintivo, debido a que en todos los seres humanos prevalecen tendencias antisociales y destructivas.

Además, el proceso cultural respondería a “[a]quella modificación del proceso vital que surge bajo el influjo de una tarea planteada por el Eros y urgida por *Ananké*, la necesidad real, a saber, la unión de los seres humanos aislados en una comunidad cimentada por sus recíprocas relaciones” (Freud, 2017, p.143). Es decir, la evolución cultural, al igual que el desarrollo desde la infancia hasta la edad madura, es el resultado de *Eros* y *Ananké*, del amor y del trabajo. Es Eros quien estimula en la búsqueda de la felicidad y quien quiere formar a los hombres en grupos más grandes mediante lazos libidinales. Lo apremiante del *Ananké* estriba en las necesidades del trabajo impuestas por el mundo exterior, es decir, es más fácil dominar a la naturaleza con ayuda de los demás que con un solo hombre. De ahí que el resultado de la unión de *Eros* y *Ananké* fue la de facilitar la vida en común a un mayor número de seres humanos (Freud, 2017).

Así pues, mediante la cultura el hombre crea un mundo distinto al natural, en el cual no vive e interactúa de manera instintiva e individual, sino que se amolda a una masa, la cual le impone

de la energía instintiva del ello y de las dificultades que ofrece el mundo real” (Freud, 2017, p. 147). *El superyó del individuo* tampoco tiene en cuenta la felicidad del yo, ya que solo le impone pesados preceptos sin saber si este puede controlar las tendencias instintivas del ello. El *superyó del individuo* solo se preocupa por cumplir el precepto que emana de la autoridad exterior, sin tener en cuenta las consecuencias desastrosas y angustiantes en que pueda caer el yo. En otros términos, el yo es la instancia psíquica más sofocada por la cultura, ya que tiene que tratar tanto con las exigencias del *súper-yo* como del *ello*. De ahí que, el yo se sienta infeliz porque se limita a cumplir con las exigencias que se le imponen.

cortapisas y obligaciones para convivir en sociedad. La sociedad masificada lleva al individuo a establecer cierto tipo de relaciones de dominación. De lo anterior se infiere que es imposible vivir aisladamente, de ahí que, según Freud (1992), “el individuo sea virtualmente un enemigo para cultura. Por eso la cultura debe ser protegida contra los individuos y, sus normas, instituciones y mandamientos cumplen su tarea” (p.7). Uno de estos mandamientos a seguir es el *superyó cultural*, bajo cuya influencia se produce la evolución cultural o se pretende que el ser humano renuncie a lo pasional siguiendo determinados arquetipos.

Para Freud (2017), “el *superyó cultural* se funda en la impresión que han dejado los grandes personajes conductores, los hombres de abrumadora fuerza espiritual o aquellos en los cuales algunas de las aspiraciones básicas humanas llegaron a expresarse con básica energía y pureza [...]” (p.146). Un hombre que sirve de modelo para el concepto del *superyó cultural*, es el de Jesucristo para los cristianos. Su respecto y cumplimiento irrestricto de la norma, su forma de vida abnegada y altruista con el prójimo, le imponen a la sociedad un canon a emular. Por el contrario, la profanación y violación de este modelo moral o de estos rígidos ideales es castigada con la *angustia de conciencia* o con el aumento del *sentimiento de culpabilidad*.

En primer lugar, Freud define la angustia como “[c]ierto estado de expectativa frente al peligro y preparación para él, aunque se trate de un peligro desconocido” (Freud, 1992-a, p.12). En segundo lugar, la angustia surge del proceso de represión ya que la idea del instinto puede quedar totalmente reprimida y no dejar vestigio alguno o puede aparecer bajo una forma cualquiera, y puede ser transformado en angustia” (Freud, 2017-d, p.238). De este modo, por un lado, la angustia se convierte en un nuevo destino de los instintos. Por otro lado, dicha angustia es lo que va a dar origen a la conciencia moral: “La conciencia moral es la consecuencia de la renuncia instintual, o bien sea; la renuncia instintual, crea la conciencia moral, que a su vez exige nuevas exigencias instintuales” (Freud, 2017, p.130).

Igualmente, “el *superyó cultural* ha elaborado sus ideales y erigido sus normas. Entre estas, la que se refiere a las relaciones de los seres humanos entre sí, es decir, la que está comprendida en el concepto de la *ética*” (Freud, 2017, p.147). En este sentido, según Freud, la *ética*, es decir, la reflexión que se ejerce sobre la conducta moral del hombre con el propósito de comprender y explicar dicha conducta y así poder considerarla buena o mala, es consecuencia del *superyó*

cultural. Dicho formalismo de la ética se corrobora en el mandamiento *amarás al prójimo como a ti mismo*, el cual es el precepto más significativo del *superyó cultural*.

En el texto *El malestar en la cultura*, Freud (2017) señala que este precepto es incumplible o irracional. Es decir, el amor como inclinación o sentimiento no puede ser prescrito ya que este debe surgir espontáneamente. Sin embargo, Kant a diferencia de Freud, en su texto *La fundamentación de la metafísica de las costumbres* señala o sugiere entender este precepto no como una inclinación sino como un deber de benevolencia hacia el otro: “En efecto, el amor, como inclinación, no puede ser mandado; pero hacer el bien por deber, aun cuando ninguna inclinación empuje a ello y hasta se oponga una aversión natural e invencible, es amor práctico y no patológico, amor que tiene su asiento en la voluntad y no en una tendencia de la sensación, que se funda en principios de la acción y no en tierna compasión, y éste es el único que puede ser ordenado” (Kant, 2007, p.13). Es decir, no quiere decir que todos tengan que tener obligatoriamente una actitud de amor hacia el otro, sino un deber de respeto, de acción hacia el prójimo, aunque ninguna obligación empuje a ello, ya que este amor debe ser práctico y no una tierna compasión.

Según Freud (1991), “una pulsión se distingue de un estímulo, pues, en que proviene de fuentes de estímulo situadas en el interior del cuerpo, actúa como una fuerza constante y la persona no puede sustraérsele mediante la huida, como es posible en el caso del estímulo externo. En la pulsión pueden distinguirse fuente, objeto y meta. La fuente es un estado de excitación en lo corporal; la meta, la cancelación de esa excitación, y en el camino que va de la fuente a la meta la pulsión adquiere eficacia psíquica” (p.89). Para Freud, el estímulo es mejor llamarlo necesidad, la cual suprimiremos mediante la satisfacción.

En cuanto a las exigencias éticas del *superyó cultural*, Freud (2017) señala los siguientes reparos:

Este no se preocupa bastante por la constitución psíquica del hombre, pues instituye un precepto y no se pregunta si al ser humano le será posible cumplirlo. Acepta, más bien, que al *yo* del hombre le es psicológicamente posible realizar cuanto se le encomiende; que el *yo* goza de ilimitada autoridad sobre el *ello*. He aquí un error, pues aun en los seres pretendidamente normales la dominación sobre el *ello* no puede exceder determinados límites. Si las exigencias lo sobrepasan, se produce en el individuo una rebelión o una neurosis, o se le hace infeliz. (p. 148)

En resumen, y con el reto de mostrar mediante el análisis anterior, es decir, la división tripartita de personalidad, la génesis de la tensión entre las exigencias pulsionales y la cultura normativa, cabe subrayar lo siguiente: Según Freud, el individuo posee tres estructuras que aparecen durante el desarrollo de la vida; la primera, corresponde a lo que ha denominado *ello*, la cual se encuentra presente en el nacimiento y es irracional e inconsciente. Su función principal es encargarse de la descarga de cantidades de excitación que se liberan en el individuo mediante *estímulos*³⁷ externos o internos. Esa función cumple con el principio primario de la vida, es decir, el principio del placer.

La segunda estructura planteada por Freud es el *yo*, la cual se encuentra entre lo consciente y lo inconsciente; además, busca satisfacer los deseos del *ello* en el mundo exterior y actúa guiado por el principio de realidad. Por medio del razonamiento inteligente, el *yo* busca aplazar o despojar de eficacia la gratificación de los deseos del *ello* hasta que se pueda garantizar la gratificación lo más segura posible y acorde con las normas morales y jurídicas consensuadas. Al llegar el individuo a la edad adulta no sólo busca la gratificación de los deseos, sino que empieza a entrar en juego el *componente moral*, lo cual se ha denominado *superyó*. Esta estructura se rige por los patrones morales que gobiernan y regulan la sociedad. El *superyó* es la parte que impulsa a que se actúe en concordancia con el pacto hobessiano establecido, cumpliendo las veces de centinela de la moral y del *ideal del yo*. Asimismo, vigila al *yo* para conducirlo hacia las acciones morales, las cuales se iniciaron a configurar sobre el modelo del padre, el *ideal del yo*.

Según Freud, ligado a las instancias psíquicas del *ello*, *el yo* y *el ideal del yo o superyó*, existe otra instancia que también custodia las relaciones entre los hombres o que vela por el cumplimiento de los cánones morales, el *superyó cultural*. Esta instancia surge de las influencias de la cultura, sobre todo de prototipos de hombres que han marcado y dejado huellas indelebles en la humanidad por su entrega y compromiso con el prójimo. Asimismo, el *superyó cultural* es el resultado de las normas que comprenden las conductas éticas, es decir, la posibilidad que tiene el ser humano de ser llamado bueno o malvado en razón de determinados comportamientos.

³⁷ Según Freud (1991), “una pulsión se distingue de un estímulo, pues, en que proviene de fuentes de estímulo situadas en el interior del cuerpo, actúa como una fuerza constante y la persona no puede sustraérsele mediante la huida, como es posible en el caso del estímulo externo. En la pulsión pueden distinguirse fuente, objeto y meta. La fuente es un estado de excitación en lo corporal; la meta, la cancelación de esa excitación, y en el camino que va de la fuente a la meta la pulsión adquiere eficacia psíquica” (p.89). Para Freud, el estímulo es mejor llamarlo necesidad, la cual suprimiremos mediante la satisfacción.

Por último, la división de la personalidad humana o de la estructura de la psique que elabora Freud, el *ello*, *yo* y *el superyó*, denota que el comportamiento humano se rige inicialmente más por los instintos o pulsiones que por la razón. En este sentido, el hombre no obra haciendo uso de la razón, es decir, examinando con neutralidad las posibilidades que se le presentan, sino que actúa por una serie de pulsiones y oscuros deseos inconscientes, los cuales escapan por completo del control del *yo* racional, el cual discurre entre los secretos imperativos del placer, el *ello*, y del deber, el *superyó*.

II. El malestar en la cultura de Sigmund Freud

Ahora bien, descritas las instancias psíquicas de la personalidad, se analizará a continuación el texto *El malestar en la cultura*, obra en la que Freud da un giro de lo biológico hacia lo cultural o del psicoanálisis a la *filosofía*³⁸. En otras palabras, Freud entendió que sus argumentos psicoanalíticos podían ser extrapolados al campo cultural, y comenzó a entrever que el psicoanálisis no sólo prometía la comprensión e interpretación de la constitución biológica del hombre, sino también la posible solución de muchos de los turbadores misterios de la cultura. Esta percepción freudiana de la cultura esta reseñada en sus obras *Tótem y tabú*, *Psicología de las masas y análisis del yo* y *El malestar en la cultura*, obra que se constituye en el eje de mi investigación. El resultado de dicha transferencia se detalla a continuación.

En *El malestar en la cultura*, Freud (2017) señala el insoslayable conflicto o tensión que se presenta entre la gratificación de las pulsiones del ser psíquico y la represión y prohibición que impone la cultura normativa, es decir, el conjunto de las normas coercitivas de los impulsos, sexuales o agresivos, exigidas para mantener el orden social. En cuanto a las *pulsiones agresivas*, Freud (2017) indica que “la cultura se ve obligada a poner barreras a las tendencias agresivas del hombre con el objeto de dominar sus manifestaciones mediante formaciones reactivas psíquicas” (p.53).

En este sentido, según Freud, es de vital importancia poner barreras a la inclinación agresiva del hombre, debido a que su despliegue sin restricción pondría en riesgo la sociedad. Para la cultura es improrrogable establecer métodos destinados a impulsar a los individuos hacia identificaciones

³⁸ Véase nota a pie de página (2)

y vínculos amorosos de *meta inhibida*³⁹, con el objetivo de doblegar la pulsión agresiva en el hombre. Un ejemplo, es el cumplimiento del mandamiento *amarás al prójimo como a ti mismo*. Igualmente, Freud (1991-a) señala dos mecanismos que, por un lado, mantienen cohesionada a una comunidad y, por otro, ayudan a malear la tendencia agresiva en el hombre: “La compulsión de la violencia y las ligazones de sentimiento; técnicamente se les llama identificaciones entre sus miembros” (p.191). En últimas, y en caso de ser necesario, la cultura apelará al sentimiento de *angustia de conciencia* y al ejercicio de la ley como métodos eficaces contra la tendencia agresiva.

En cuanto a las *tendencias sexuales*, Freud (2017) señala que, “por un lado, la imposición de una vida sexual idéntica para todos pasa por alto las discrepancias que presenta la constitución sexual innata o adquirida de los hombres, privando a muchos de ellos de todo goce sexual” (p.104). En otras palabras, la cultura normativa solo legítima las relaciones sexuales entre un hombre y una mujer, cualquier otra actitud o deseo debe ser sancionada. Lo anterior lleva a que la sexualidad no sea admitida como *f fuente de placer en sí*, sino como medio de reproducción humana. En cuanto a lo anterior, Freud (2017) señala lo siguiente:

La cultura actual nos da claramente a entender que solo está dispuesta a tolerar las relaciones sexuales basadas en la unión única e indisoluble entre un hombre y una mujer, sin admitir la sexualidad como fuente de placer en sí, aceptándola solo como instrumento de reproducción humana que hasta ahora no ha podido ser sustituido. (p.105)

Asimismo, en *El malestar en la cultura*, Freud señala que el hombre debe estimarse feliz por el puro hecho de evitar la desgracia y haber sobrevivido al *sufrimiento*,⁴⁰ lo que lleva a que la felicidad, entendida en un sentido positivo, sea relegada a un segundo plano. De ahí que exista una incongruencia entre lo que el individuo desea y lo que puede lograr en la cultura: “No nos extrañe pues que, bajo la presión de tales posibilidades de sufrimiento, él suele bajar sus pretensiones de

³⁹ Según Freud (1992-b), “las pulsiones de meta de fin inhibidas fueron desviadas de estas metas sexuales, si bien el ajustarse a los requisitos de la metapsicología en la exposición de ese desvío respecto de la meta no deja de presentar dificultades. Por lo demás, estas pulsiones de meta inhibida conservan siempre algunas de las metas sexuales originarias; aun el tierno devoto, aun el amigo, el admirador, buscan la proximidad corporal y la visión de la persona ahora amada solamente en el sentido paulino” (p.131). Además, “estas pulsiones al no ser aptas de una satisfacción cabal son aptas para las relaciones duraderas. Ejemplo, son los deseos eróticos de vínculo afectivo de índole amistosa fundado en el reconocimiento y la admiración. Entre el maestro y la alumna, entre un artista y su arrobada oyente” (p.132).

⁴⁰ Según Freud (2017): “El sufrimiento nos amenaza por tres lados; desde el propio cuerpo condenado a la decadencia y a la aniquilación, que ni psiquiera puede prescindir de los signos de alarma que representan el dolor y la angustia; del mundo exterior capaz de encarnizarse con nosotros con fuerzas destructoras omnipotentes, y las relaciones con los seres humanos” (p.73).

felicidad; como, por otra parte, también el principio del placer se transforma, por influencia del mundo exterior, en el más modesto principio de realidad” (Freud, 2017, p.73).

De acuerdo a lo anterior, la cultura produce la sensación de malestar e insatisfacción en el ser humano debido a que regula y reprime sus pulsiones, tanto las agresivas como las sexuales. El hombre, cuando da rienda suelta a sus pulsiones se convierte en un peligro para los otros hombres, dada su agresividad y egoísmo innato. Por lo tanto, las gratificaciones de las exigencias pulsionales terminan convertidas en sufrimiento y malestar en lugar de felicidad: “La satisfacción de los instintos, precisamente porque implica tal felicidad, se convierte en causa de intenso sufrimiento cuando el mundo exterior nos priva de ella, negándonos la satisfacción de nuestras necesidades” (Freud, 2017, p.19). Así pues, los impulsos que tenían la intención de procurarle al hombre dicha y placer, terminan por el contrario generando angustia y sufrimiento, debido a las pesadas exigencias de la cultura, pero necesarias para la sociedad.

2. ¿Qué es el malestar en la cultura?⁴¹

El *malestar en la cultura* es la sensación de desazón e impotencia que tiene el ser humano al no poder satisfacer sus instintos o pulsiones, debido a la prohibición y a la represión que impone la cultura mediante la creación de *normas morales y jurídicas*, las cuales condicionan o cambian de contenido a las pulsiones, con el propósito de poder posibilitar el orden y el progreso de la sociedad. En el texto *El malestar en la cultura*, Freud sentenció que nuestra especie ha pagado por el progreso de la cultura, por un lado, el elevado precio de sacrificar la vida instintiva y reprimir la espontaneidad y, por otro lado, el aumento del *sentimiento de culpabilidad* y de *angustia social*:

Esto puede haber trastornado la estructura de mi estudio, pero corresponde por completo al propósito de destacar el sentimiento de culpabilidad como el problema más importante de la evolución cultural, señalando que el progreso de la cultura reside en la pérdida de felicidad por el aumento del sentimiento de culpabilidad. (Freud, 2017, p. 137)

El resultado final del establecimiento del precepto por parte de la cultura es que todos los individuos aptos para la vida en comunidad tengan que contribuir con el sacrificio de sus instintos. De este modo, la esencia de la cultura se fundamenta en legitimar la norma por encima de la vida

⁴¹ El malestar o insatisfacción surge de la tensión y antagonismo entre: En primer lugar, de la función represiva y limitante de la cultura normativa sobre la constitución biológica del hombre. En segundo lugar, entre el principio de realidad y el principio del placer, *superyó* y el *ello*. En tercer lugar, entre, lo inconsciente irracional y la conciencia racional. Por último, de la dinámica del binomio pulsional, Eros y Thanatos. En ese sentido, en la cultura está la causa del malestar y de ella depende también su modificación.

instintiva, con el objetivo de sujetar tanto las pulsiones sexuales como las de agresividad humana, sin importarle si sea efectivo o contradictorio dicho método: “La cultura reposa sobre la renuncia de las satisfacciones pulsionales” (Freud, 2017, p.80). Esta frustración pulsional por la represión de la cultura se constituye en la causa primordial de la hostilidad cultural. Además, lleva a la hegemonía y autoridad absoluta de la norma como garante de las relaciones humanas.

Igualmente, la represión cultural normativa lleva a que el hombre caiga en la *neurosis*⁴² o en la *psicosis*⁴³, debido a que la cultura ha reprimido los instintos primarios que harían de los hombres seres plenos, vitales, entregados a la gloria de la vida: “Comprobese así que el ser humano cae en la neurosis, porque no logra soportar el grado de frustración, que le impone la sociedad en aras de sus ideales de cultura. [...]” (Freud, 2017, p.85). Para Freud, algunos individuos no logran soportar las demandas de la cultura y terminan enfermos, agobiados y desdichados, debido al sometimiento del hombre al ideal cultural. En consecuencia, el ideal cultural está por encima de las necesidades básicas del individuo. Para la cultura, el hombre debe moldear sus tendencias instintivas a lo que esta imponga, aunque con dicha decisión se malogre o se difumine la vida.

Hasta aquí, podemos concluir lo siguiente: “El hombre civilizado ha trocado una parte de posible felicidad por una parte de seguridad” (Freud, 2017, p.56). Por consiguiente, ha entrado en una desdicha interior permanente, atravesada por frustraciones y limitaciones. El progreso de la cultura estriba en el aniquilamiento de la vida instintiva. La represión y regulación de la norma sobre las pulsiones no solamente produce un malestar e infelicidad en el hombre, sino que generan

⁴² Según Freud, (2009-c), “la *neurosis* surge de la consecuencia negativa del *yo* a acoger una poderosa tendencia instintiva en el *ello* y procurar su descarga motora o dar por bueno el objeto hacia el cual aparece orientada la tendencia” (p.148). En otras palabras, la neurosis sería el resultado de la lucha del *yo* con el *ello*, a quien niega su gratificación, influido por los mandatos del riguroso *superyó*, quien a la vez las recibe del mundo exterior, es decir, de la cultura. De este modo, concluimos por un lado que, el *yo* debe lidiar y responder con las exigencias de tres instancias psíquicas, el *ello*, el *superyó* y con el principio de realidad. Por otro lado, inferimos que, mediante este racionamiento elemental, Freud da cuenta de los padecimientos psíquicos perturbadores como resultados de la variación de la relación del *yo* con estas tres instancias psíquicas (Freud, 2009-c).

⁴³ En cuanto a la psicosis, según Freud (2009-c), “ésta también representa un conflicto psíquico angustioso, la cual corresponde a la relación del *yo* con el mundo exterior” (p.148). Dicha relación se basa en el dominio del mundo exterior sobre el *yo* por dos vías: “En primer lugar, las percepciones actuales posibles y continuamente posibles, y, en segundo lugar, con el acervo mnemico de percepciones anteriores, que constituyen un mundo interior, un patrimonio y un elemento del *yo*” (Freud, 2009-c, p.149). Igualmente, según Freud (2009-c), en la psicosis: “El *yo* se procura un nuevo mundo interior y exterior, y surgen dos hechos indubitables: que este nuevo mundo es construido de acuerdo a las tendencias optativas del *ello*; y que las causas de esta disociación del mundo exterior es una privación impuesta por la realidad y considerada intolerable.” (p.149). De este modo, el individuo psicótico intenta modificar la realidad, y se procura nuevas percepciones y vivencias que que vayan en consonancia con su nueva realidad. Esta nueva realidad, según Freud (2009-b), “la crea mediante: Alucinaciones, recuerdos falsos, delirios y fantasías” (p.165). En otras palabras, el psicótico crea un nuevo mundo exterior mediante el cual pretende escapar y sustituir la realidad exterior, su realidad, por una realidad suya, que es inadaptable, irracional y que no da cuenta del mundo exterior.

un cuadro patológico de neuróticos, quienes no desmienten la realidad, pero se limitan a no querer saber nada de ella; y de psicóticos, quienes la desmienten y procuran sustituirla.

En este sentido, y teniendo como referente la represión y la prohibición de la norma sobre la vida instintiva, pasemos a desarrollar cuales son, según Freud, los aspectos positivos y negativos de la norma. Comencemos pues, con los aspectos positivos.

3. Aspectos positivos de la norma

Para comenzar, es pertinente aclarar de entrada lo siguiente. Según Freud (2017),

Es insoslayable la regulación de la norma, porque las tendencias agresivas que podemos percibir en nosotros mismos (...) es el factor que perturba nuestra relación con los semejantes. El interés que ofrece la comunidad de trabajo no bastaría para mantener su cohesión, pues las pasiones instintivas son más vigorosas que los intereses racionales. (p.111)

El hombre es en su constitución biológica un ser agresivo, una “bestia salvaje” en potencia. Algunas veces, según la necesidad, tiende a hacer *lo bueno y otras a hacer lo malo*⁴⁴. Las consecuencias de la inclinación y de la acción del hombre hacia la maldad son desastrosas y generan demasiado dolor. De aquí que la cultura se vea obligada a poner cortapisas a esta constitución innata y agresiva mediante normas y prohibiciones como las siguientes: La identificación y establecimiento de vínculos amorosos coartados en su fin, es decir, las *amistades*⁴⁵; las restricciones a la vida sexual y el establecimiento de preceptos tales como *amarás al prójimo como a ti mismo*. (Freud, 2017).

Otra función de la *cultura normativa* es la de servir a dos fines: “Proteger al hombre contra la naturaleza y regular las relaciones de los hombres entre sí” (Freud, 2017, p.88). En cuanto al primer fin, por medio de la ciencia el hombre ha logrado domeñar la naturaleza de manera parcial y ponerla al servicio del progreso de la cultura. Freud (2017) describe a este hombre como “*un dios con prótesis*, gracias al elevado nivel cultural que ha alcanzado mediante la ciencia” (90). En cuanto al segundo fin, este permitió el desarrollo de las relaciones entre nuestros semejantes, es decir, la cultura normativa reguló, por un lado, que el otro no pueda disponer arbitrariamente de la vida y

⁴⁴ “El hombre es raras veces completamente bueno o malo, por lo general, es bueno en unas circunstancias y malo en otras, o bueno en unas condiciones exteriores y decididamente malo en otras” (Freud, 2017-a, p.169).

⁴⁵ Véase nota a pie de página (36).

del trabajo de su semejante para su *beneficio propio*⁴⁶. Por otro lado, permitió establecer y diferenciar entre lo que me pertenece y lo que le pertenece al otro.

Otro aspecto positivo de la norma que señala Freud en *El malestar en la cultura*, es que si estas no se hicieren de manera consensuada, el más fuerte las habría fijado a su conveniencia:

Comencemos por aceptar que el elemento cultural estuvo implícito ya en la primera tentativa de regular esas relaciones sociales, pues si tal intento hubiera sido omitido, dichas relaciones habrían quedado al arbitrio del individuo; es decir, el más fuerte las habría fijado por conveniencia de sus intereses y de sus tendencias instintivas. (Freud, 2017, p.36)

De este modo, se comprende que el poderío individual debe dar paso a un poder comunitario, para así posibilitar el establecimiento y desarrollo de la cultura por consenso general y no de manera particular y sesgada a los intereses del más fuerte. El surgimiento de la justicia y del Derecho son por tanto necesarias, y fruto de un pacto y consenso. De este modo, según Freud (2017), “el primer requisito cultural es el de la *justicia*⁴⁷, estos es, la seguridad de que el orden

⁴⁶ Así como se señala o presenta un malestar e infelicidad en el hombre debido a represión de la cultura sobre la vida instintiva. Del mismo modo, cabe señalar la evidencia de un malestar económico en la cultura, el cual, también genera, desdicha y malestar. Es decir, el hombre no se siente cómodo en la cultura con su trabajo o vida laboral. En cuanto a la anterior, Louis Althusser (1976) sostiene que para que “exista la producción económica es necesario que otras “estructuras” sociales como la educación, la religión, y el derecho, la respalden” (p.50). Así se legaliza la tradición y la creencia de que en la vida hay que trabajar para ser alguien. Sin embargo, de esta forma nos estamos encasillando en un modelo político-económico y cultural que legitima a una clase dominante explotadora sobre una dominada. Althusser se enfoca en los aparatos ideológicos del estado, argumentando que “es en la ideología (representación de la relación imaginaria de los individuos con sus condiciones reales de existencia), educación civil, religiosa, costumbres, filosofía, en la cual, el niño, un ser animal instintivo, se va convirtiendo en un ser social, es decir, apto para asumir un cargo en su futuro puesto de trabajo del modo de producción económica” (p.51). En este sentido, Althusser señala que “la ideología dominante se realiza para la categoría de sujetos y por el sujeto” (p.61). La ideología dominante luego de crear necesidades imaginarias y materiales las convierte en necesidades reales de los individuos. Estas necesidades estriban sobre el sujeto el cual es reconocido por la ideología como un ser razonable que puede elegir entre lo aceptable y lo inaceptable. Además, debe obrar teniendo en cuenta lo que le dice su conciencia; este juez le dice que se debe acatar todas normas y deberes que impone la ideología. Por ejemplo, se debe considerar que el trabajo dignifica al hombre y que este a la vez es el que posibilita la consecución de las demás metas. La conciencia le impele al sujeto que debe hacer lo que los demás hacen, (trabajar, tener familia) es decir, se debe conservar y defender la tradición y las costumbres sin ponerlas en tela de juicio. Althusser (1971) describe lo anterior de esta manera: “Usted y yo somos desde siempre sujetos, y que practicamos ininterrumpidamente los rituales del reconocimiento ideológico que nos garantizan que somos sujetos concretos, individuales e irremplazables” (p.64). Así queda asegurada la explotación de una clase explotadora sobre otra explotada, garantizando la reproducción de los medios y de la fuerza de producción de la ideología y del sistema dominante. Igualmente, según Marx, el obrero no recibe lo que realmente le debe pagar el empleador por su trabajo. Es decir, la fuerza de trabajo del obrero produce un valor mayor del que se ha pagado por ella, lo cual lo denomina Marx como plusvalía. Lo anterior, en términos de horas-trabajo lo podemos expresar de la siguiente manera: “De las seis, nueve o doce horas que el obrero trabaja, una parte corresponde a su salario de subsistencia (Capitalista-salario-fuerza de trabajo-obrero) y otra para el capitalista (la que da lugar al exceso de valor de cambio que no reierte sobre el trabajador y que produce la utilidad-beneficio del capitalista)” (Marx, 1975, p.19). A dicha utilidad que recibe el capitalista, y que surgen tras descontar los costes de producción Marx lo denomina plusvalía.

⁴⁷ La anterior exigencia del establecimiento de la justicia como primer requisito cultural se corrobora en la correspondencia entre Einstein y Freud sobre *el porqué de la guerra entre los hombres* o si hay algún camino para evitar a la humanidad de los estragos de la guerra. El camino y el argumento lógico que señala Einstein es el siguiente: “La creación, con el consenso internacional, de un cuerpo legislativo y judicial para dirimir cualquier conflicto que surgiere entre las naciones. Cada nación debería avenirse a respetar las órdenes emanadas de este cuerpo legislativo, someter toda disputa a su decisión, aceptar sin reserva sus dictámenes y llevar a cabo cualquier medida que el tribunal estimare necesaria para la ejecución de sus decretos (Freud, Einstein, 1991-a, p.184). Einstein señala que la debilidad de dicho cuerpo judicial y legislativo radica en que ésta es una institución

jurídico una vez establecido ya no será violado a favor de un individuo (...)” (p.37). Es decir, la creación de un *orden jurídico* establecido garantizará que el pacto social no será quebrantado y manipulado por el más fuerte, lo que a la vez permitirá regular y castigar a los infractores de dicho pacto. En este sentido, las tendencias instintivas que afecta a toda la sociedad, como el deseo de matar al otro, el incesto y el canibalismo, serán extirpadas y reguladas por la justicia y por la cultura.

Sigamos avanzando y señalemos otro aspecto positivo de la norma. Según Freud (2017), la norma posibilita el progreso de la cultura, lo cual habría de llevar al hombre a la cumbre de la perfección. Dichos progresos se evidencian en la disposición de los recursos naturales en beneficio del hombre. Es preciso señalar que el elevado nivel cultural se mide o se comprueba por la capacidad que tiene el hombre de aprovechamiento y control de la naturaleza: “Así, reconocemos el elevado nivel cultural de un país, cuando comprobamos que en él se realiza con perfección y eficacia cuanto atañe a la explotación de la tierra por el hombre y la protección de este de las fuerzas elementales” (Freud, 2017, p.90). Lo anterior corrobora la idea planteada por Hobbes en su texto *Leviatán*, quien afirma que sería imposible producir todos los bienes para cubrir las necesidades básicas y así progresar, sin el establecimiento de un orden contractual normativizado.

Recapitemos hasta aquí lo que se ha descrito sobre los aspectos positivos de la norma: En primer lugar, permite regular las relaciones humanas entre los hombres y protegerlos de su propia naturaleza agresiva. En segundo lugar, posibilita que el más fuerte no explote y se lucre del más débil. En tercer lugar, permite el trabajo en masa y posibilita el progreso del hombre y de la cultura. Dicho lo anterior, expondré a continuación los aspectos negativos de la normatividad.

4. Aspectos negativos de la norma

Para iniciar, es pertinente señalar de entrada cómo los aspectos desfavorables o negativos de la norma denotan una constitución ambivalente. Es decir, la aplicación de la norma que surge con el objetivo de privar al hombre de ciertas conductas o tendencias instintivas que antes eran permitidas en su estado natural, por otro lado son investidas de una expresión o significación positiva en el Estado contractual. En este sentido, señalemos el primer rasgo contraproducente de la norma en el cual mostraremos dicha ambigüedad.

humana, llevando a que el poder de esta pueda ser desvirtuado o manipulado a los intereses dominantes. En este sentido, afirmar que la justicia sea un aparato regulador asertivo de las relaciones entre los hombres carece de legitimación. En dado caso ha sido una posibilidad ideal, pero sin resultados convincentes.

El primer rasgo negativo que surge del establecimiento de la cultura normativa consistiría en que esta desemboca en la supresión de la individualidad: “La libertad individual no es un bien de la cultura, pues era máxima ante de toda cultura, aunque antes carecía del valor porque el individuo apenas era capaz de defenderla” (Freud, 2017, p.95). En otras palabras, se evidencia la oposición entre el *individuo y la cultura*⁴⁸, en la cual la voluntad de la masa se antepone a la libertad del individuo. El individuo entra a formar parte de la masa, condiciones que le permitirán a la cultura poder extirpar y reorientar sus tendencias inconscientes, agresivas y sexuales, las cuales podía gratificar en cierta medida en el estado presocial, pero que ahora según la realidad normativa son limitadas y sancionadas. No obstante –y en esto radica la significación positiva de la norma–, la cultura, pienso, mediante el derecho, es decir, mediante el establecimiento de un orden jurídico, también salvaguarda la individualidad, ya que el individuo tiene la seguridad y la facultad de elegir entre lo que más le parezca útil a su vida personal, sin que otros le impongan cómo debe vivir.

En consecuencia, la regulación en masa le permite a la cultura dominar al individuo, debido a que lo homogeniza de tal forma que todos deben pensar y actuar de este y de aquel modo, generando una uniformidad de su reacción con la de todos los otros. De este modo, el individuo debe sacrificar el interés personal por el colectivo, quedando derogados su voluntad y su discernimiento a merced de la voluntad de la masa o como diría Freud, de su *hipnotizador*: “La personalidad conciente ha desaparecido por completo, la voluntad y el discernimiento quedan abolidos. Sentimiento y pensamientos se orientan hacia la dirección que les imprime el hipnotizador” (Freud, 1992-b, p.72).

El segundo aspecto negativo de la norma es la degeneración general de la *vida erótica*. La cultura priva al hombre de la satisfacción completa de la vida sexual, obligándolo a seguir otros caminos. En otras palabras, la cultura propició la tensión entre la libido y la norma:

En cuanto a la cultura su tendencia a restringir la vida sexual no es menos evidente que la otra, dirigida a ampliar el círculo de acción. Ya la primera fase cultural, la del totemismo, trae consigo la prohibición de elegir un objeto incestuoso, quizás la más cruenta mutilación que haya sufrido la vida amorosa del hombre en el

⁴⁸ Para Freud, la oposición entre cultura e individuo es el resultado de lo siguiente: “Pero esta lucha entre el individuo y la sociedad no es hija del antagonismo, quizá inconciliable entre los proto-instintos de Eros y Muerte, sino que responde a un conflicto en la propia economía de la libido, conflicto comparable a la disputa por el reparto de la libido entre el *yo* y los objetos” (Freud, 2017, p.145). El *yo* siempre se evidencia con relación a otro, en el cual, busca reconocerse. En otras palabras, para Freud, los vínculos afectivos y eróticos que ligan al hombre a otras personas son el germen del malestar y la tensión. En el caso de las mujeres, demandan del objeto (fálico) para alcanzar la satisfacción. En los hombres, requieren que una mujer desee el objeto (fálico) para alcanzar una satisfacción. Es aquí donde la cultura regula el goce y el deseo y la repartición de la libido, lo que por consiguiente genera en una tensión entre el individuo y la sociedad, ya que impone modelos normativos, eróticos a seguir.

curso de sus tiempos. El tabú, la ley, las costumbres han de establecer nuevas limitaciones que afectaran tanto al hombre como a la mujer. (Freud, 2017, p.103)

Así pues, según Freud (2017) ha sido un oprobio contra la vida sexual, no solo la prohibición del *objeto incestuoso*⁴⁹, sino también la legitimación de la vida sexual avalada exclusivamente por la unión entre el hombre y la mujer con fines reproductivos. Por consiguiente, el hombre no ha disfrutado de la sexualidad como fuente de placer en sí, por la prohibición y regulación de la norma. La anterior regulación se haya referida mediante el siguiente precepto:

La cultura occidental al comenzar a proscribir severamente las manifestaciones de la vida sexual infantil, actúa con plena justificación psicológica, pues la contención de los deseos sexuales del adulto no ofrecería perspectiva alguna de éxito sino fuera facilitada por una labor preparatoria de infancia” (Freud, 2017, p.104).

En otras palabras, la cultura normativa ha legalizado lo que es aceptable e inaceptable como práctica de la actividad sexual desde los primeros años de vida. De ahí que el hombre adulto ya conozca de antemano las elecciones de objeto frente al sexo contrario.

Asimismo, Freud (2017) considera que la cultura normativa no solo ha desdeñado la sexualidad prohibiendo la mayor parte de las satisfacciones extragenitales como perversas y diabólicas, sino que ha limitado y desacreditado el único que no ha quedado prescrito, el *amor heterosexual*: “Pero aun el amor genital heterosexual, único que ha escapado a la proscripción, todavía es menoscabado por las restricciones de la legitimidad de la monogamia” (p.104). En otras palabras, inferir que las relaciones sexuales deben basarse en la unión de un solo hombre y una mujer, coartando su libertad sexual, obedece a la regulación moral y normativa, pero en ningún caso a la disposición y constitución innata del ser humano. Es decir, el amor heterosexual es una imposición externa cultural y moral que contradice la constitución biológica del hombre.

⁴⁹ En *Tótem y tabú*, Freud (1991-b) señala que, “los pobladores primitivos de Australia y África no tenían instituciones religiosas y sociales, sino un sistema llamado el totemismo. Planta, animal o un espíritu protector” (p. 12). Y, en los lugares donde reinaba el tótem y el tabú, “existía la norma de que miembros del mismo tótem no podían entrar en vínculos sexuales recíprocos, vale decir, no tengan permitido casarse entre sí” (p.14). No obstante, para Freud, “el incesto es un instinto biológico y natural en el hombre, y que su prohibición, si la ley sofoca a esta pulsión como a otras pulsiones naturales, ello se funda en la intelección de los hombres civilizados, que ven como satisfacer esas pulsiones naturales perjudicaría a la sociedad” (p.126). De ahí que las primeras mociones sexuales del individuo joven son, por regla general, de naturaleza incestuosa: “El psicoanálisis nos ha enseñado que la primera elección de objeto sexual en el varoncito es incestuosa, recae sobre los objetos prohibidos, madre y hermana;” (p.26). Lo anterior queda certificado en el asesinato del protopadre por sus hijos: El jefe, macho no castrado, era el dueño de la sexualidad y por lo tanto de la sexualidad de hijas-hermanas. En la escena del asesinato los hijos-hermanos sometidos se rebelaron, lo mataron, dando origen a la culpa y a la prohibición. Lo anterior, también legitima culturalmente que la elección del objeto queda restringida en el individuo sexualmente maduro al sexo contrario.

Sinteticemos hasta aquí los aspectos negativos de la normatividad social o de la cultura normativa: La cultura occidental reprime la individualidad primitiva, la cual consiste en el despliegue de fuerzas o deseos sin limitaciones; lo colectivo se antepone a los intereses de lo individual. El establecimiento de la cultura normativa llevó a la degeneración de la vida erótica, debido a que esta impone modelos sexuales contrarios a los instintivos eróticos de cada ser humano, además, prescribe una vida erótica idéntica para todos.

5. El sentimiento de culpabilidad: Principal problema de la imposición de la cultura normativa sobre la vida instintiva

Descritos los dos primeros aspectos negativos de la norma, pasemos al tercero, el sentimiento de culpabilidad, el cual abordo de manera independiente en esta sección por cuanto el sentimiento de culpa es, según Freud (2017), “el problema más importante de la evolución cultural” (p.137). Es decir, el sentimiento de culpa es el mayor aspecto negativo que resulta de la regulación de la norma sobre la vida instintiva. Asimismo, cabe señalar que este aspecto también contiene rasgos ambivalentes, es decir, así como el sentimiento de culpa surge de la imposición y regulación de la cultura normativa sobre las exigencias pulsionales del hombre, del mismo modo, este sentimiento también le permite tener conciencia de que se está trasgrediendo una norma. En otras palabras, “la cultura está ligada indisolublemente con una exaltación del sentimiento de culpa, que quizás llegue a alcanzar un grado difícilmente soportable para el individuo” (Freud, 2017, p.135).

Antes de entrar en detalle sobre el sentimiento de culpa, es preciso aclarar que dicho concepto engloba dimensiones distintas. Por ejemplo, Freud (2017) señala que entorno a la doctrina religiosa, el sentimiento de culpabilidad se expresa así: “Uno se siente culpable, los creyentes dicen pecado cuando se ha cometido algo que se considera malo” (p.124). Sin embargo, Freud plantea que este sentimiento no solo es dado por la realización de un acto que es considerado por la cultura como malo, sino que también se puede producir este sentimiento por el simple hecho de tener la intencionalidad o pensarlo, sin la necesidad de llevar a cabo la acción. En este sentido, “propósito y realización se asimilan en lo referente a la génesis del sentimiento de culpa” (Freud, 2017, p.124).

En primer lugar, según Freud (2017), “el primer sentimiento de culpabilidad se gestó en el *complejo de Edipo*⁵⁰” (p.135), es decir, a consecuencia del temor del niño por la pérdida del amor de sus padres. Una angustia frente al extravío del amor que lo protege cuando este es descubierto realizando un acto ilegal por los padres. La paga a esa culpa queda liquidada con la renuncia a la gratificación pulsional, logrando a cambio el amor del otro: “Pues en este nivel el sentimiento de culpabilidad no es, sin duda alguna, más que un temor ante la pérdida del amor, es decir, angustia social” (Freud, 2017, p.125).

En segundo lugar, Freud (2017) señala que, “el *sentimiento de culpabilidad* tiene su origen, por un lado, en el miedo a la autoridad y, por otro lado, debido a la tensión entre: las exigencias morales del severo *superyó* y el *yo* subordinado al mismo” (p.124). En otras palabras, el sentimiento de culpa emerge de la privación que ejerce el *superyó* actuando como conciencia moral, frente a los *impulsos agresivos*⁵¹ del *yo*. En este sentido, la tensión entre el *yo* y el *superyó* estriba en la acción de la cultura como agente represor del sujeto, es decir, la cultura es quien priva y castiga al individuo desde el mundo exterior obligándolo a abandonar la satisfacción del instinto y el *superyó* es quien impulsaría al castigo. En consecuencia, el sentimiento de culpa se constituye por la represión de un impulso instintual, en la cual el hombre debe renunciar a la gratificación del instinto agresivo, por miedo a la autoridad exterior e interior, la cultura y el *superyó*.

Según Freud (2017), dicho sentimiento de culpa se supera a medias con la renuncia a la gratificación de los instintos, ya que “[a]quí no basta la renuncia a la gratificación de los instintos,

⁵⁰ El sentimiento de culpa se remonta a lo siguiente: “Pero, ¿de dónde surge esta culpa, este «pecado original» que se reproduce desde los orígenes de la Humanidad y que pesa como una maldición en cada generación? Surge de una transgresión social, que Freud explicó mediante la hipótesis de la horda primitiva. En ésta un individuo, el padre, se impuso a los otros, y a fin de garantizar la cohesión de la horda, organizada en la dominación, impuso una serie de restricciones: monopolizó a las mujeres — es decir, el placer— y estableció en consecuencia unos tabúes y unos deberes hacia la comunidad —fundamentalmente el deber del trabajo a fin de satisfacer las necesidades del grupo—. Pero los hijos se rebelaron contra los tabúes que impedían la obtención del placer y contra los deberes penosos. La rebelión culminó con el asesinato del padre, que fue sustituido por el clan fraterno, pero éste, a fin de asegurar la cohesión del grupo, mantuvo las prohibiciones, los tabúes que el padre había implantado. El crimen primario había producido un sentimiento de culpabilidad y éste, a su vez, había llevado a una restauración de la autoridad por momentos suprimida. En este momento nació, según Freud, la civilización, indeleblemente unida a esta culpa original, que se reproduce a escala ontogenética y filogenética, en cada individuo y en cada generación” (Marcuse, 1983, p.11). Este nuevo sentimiento se vio favorecido debido a que el parricidio no pudo satisfacer plenamente a ninguno de quienes lo perpetraron ya que ninguno de los hijos varones pudo concretar su deseo originario de ocupar el lugar del padre.

⁵¹ Freud (2017) se indaga en cuanto a los impulsos agresivos del ser humano sobre, “¿a qué recursos apela la cultura para coartar la agresión que le es antagónica para hacerla inofensiva y quizá para eliminarla?” (p.124). La respuesta a este interrogante es el siguiente: “La agresión es introyectada, internalizada, devuelta en realidad al lugar de donde procede: es dirigida contra el propio yo, incorporándose a una parte de este [...]. Por consiguiente, la cultura domina la peligrosa inclinación agresiva del individuo debilitándolo a este, desarmándolo y haciéndolo vigilar por una instancia alojada en su interior, como una guarnición militar en la ciudad conquistada” (Freud, 2017, p.124). En otras palabras, la cultura apela al sentimiento de culpa para frenar una parte constitutiva del hombre, la maldad.

pues el deseo correspondiente persiste y no puede ser ocultado ante el *superyó*” (p.128). Por consiguiente, el sentimiento de culpa no se supera, sino que se entroniza como una desgracia interior permanente llevando al hombre al malestar y tensión frente a la cultura. No obstante, es pertinente señalar que este sentimiento de culpa es lo que permite avisar al hombre de que está cometiendo un acto que es reprobado por la cultura. Además, también le da la oportunidad de reparar el mal causado ante las normas que son importantes para él y que tienen una razón de ser. Es decir, la cultura se vale del sentimiento de culpa para reprimir y sublimar las pulsiones instintivas.

Igualmente, de la represión que ejerce la cultura mediante el *superyó*, es decir, de la *angustia social* inconsciente del sujeto al ser descubierto por un acto cometido frente al mundo exterior, surge su *conciencia moral*: “Toda renuncia instintual se convierte entonces en una fuente dinámica de la conciencia moral; toda nueva renuncia a la satisfacción aumenta su severidad y su intolerancia” (Freud, 2017, p.130). La agresividad original con la que actúa la conciencia moral es consecuencia de la continuidad con la que actúa la autoridad exterior, la cultura. De este modo, según Freud (2017) el sentimiento de culpa seguiría la siguiente secuencia cronológica: “La renuncia instintual por miedo a la autoridad exterior, lo cual daría paso a la instauración de la autoridad interior reflejada en el *superyó*, es decir, su conciencia moral. Finalmente, aparece el sentimiento de culpa y la *necesidad de castigo*”⁵²(p.129)

Asimismo, el aumento del sentimiento de culpabilidad no obedece solamente a una privación o a una satisfacción instintual defraudada de un instinto agresivo, sino también a una exigencia erótica:

En efecto, ¿Cómo se explicaría, dinámica y económicamente, que en lugar de una exigencia erótica insatisfecha aparezca un aumento del sentimiento de culpabilidad? Esto solo parece ser posible a través de la siguiente derivación indirecta: al impedir la satisfacción erótica se desencadenaría cierta agresividad contra la persona que impide la satisfacción y esta agresividad tendría que ser, a su vez, contenida. (Freud, 2017, p.142)

Freud (2017) señala que ante la anterior pregunta la respuesta sería la siguiente:

⁵² Según Freud, la necesidad de castigo es “una manifestación instintiva del *yo* que se ha tornado masoquista bajo la influencia del *súper-yo sádico*” (Freud, 2017, p.139). Es decir, el individuo desea reivindicarse y reparar la falta cometida mediante el autocastigo, el cual obedece a un principio exterior.

Al impedir la satisfacción erótica se desencadenaría cierta agresividad contra la persona que impide esa satisfacción y esta agresividad tendría que ser a su vez contenida. La falencia de esta hipótesis radica en que la observación del material clínico no permite diferenciar ambas categorías de instintos, agresivos y sexuales, de manera pura y separada. (p.142)

Resumamos hasta aquí lo dicho sobre el sentimiento de culpabilidad: Según Freud (2017), “su origen se remonta al complejo de Edipo y fue adquirido al ser asesinado el padre por la coalición de hermanos” (p.133). Es decir, la reminiscencia de este asesinato es lo que ofusca la conciencia de los hombres y lo que les empuja a reponer dicha falta mediante el castigo y la reparación. Asimismo, la génesis del sentimiento de culpabilidad, descubierta por el psicoanálisis, radica sobre todo en el instinto agresivo y erótico, frustrado, reprimido e insatisfecho.

Lo anterior, es decir, el aumento del sentimiento de culpabilidad por la pérdida de la *felicidad*⁵³, debido a la frustración y a la represión de la cultura sobre los instintos agresivos y eróticos del hombre, lleva a Freud a replantear el tipo de felicidad a que debe aspirar este en la cultura. Una felicidad uniforme y homogénea de metas placenteras y seguras o una felicidad intempestiva e indeterminada. En este sentido, pasemos a describir el concepto de felicidad desarrollado por Freud.

6. La felicidad según Freud

Freud (2017) indica que todos los hombres, independientemente de la cultura a la que pertenezcan, desean ser felices o desean la felicidad, es decir, la aspiración a la felicidad es un deseo común a todos los seres humanos; además, dicha aspiración a la felicidad estriba, sobre todo, en el principio del placer como fin primordial del ser humano:

La evolución del individuo sustenta como fin principal el programa del *principio del placer*, es decir, la prosecución de la felicidad, mientras que la inclusión en la comunidad humana o la adaptación a la misma aparece como un requisito casi ineludible que ha de ser cumplido para alcanzar la felicidad” (Freud, 2017, p.144).

En primer lugar, la felicidad para el hombre consistiría en experimentar intensas sensaciones placenteras. De ahí que el principio del placer es el que fija el objetivo vital para el hombre controlando las operaciones del aparato anímico, es decir, el amor sexual se entrona como

⁵³ Freud (2017) destaca al sentimiento de culpabilidad como “el problema más importante de la evolución cultural, señalando que el precio pagado por el progreso de la cultura reside en la pérdida de felicidad por el aumento del sentimiento de culpabilidad” (p.137).

el centro e ideal de la vida, el cual deriva de la necesidad de amar y ser amado. En segundo lugar, existe una conexión entre felicidad y cultura. Para Freud, la felicidad está condicionada a la inclusión del individuo en la masa. La felicidad basada en el amar y ser amado debe comprenderse a partir de la relación del uno con el todo, es decir, para Freud sería impensable buscar la felicidad en estilos de vida ermitaños, los cuales se aíslan de cualquier contacto cultural y social, con el propósito de evitar frustraciones y sufrimientos.

Freud (2017) señala que “el objetivo de establecer una unidad formada por individuos humanos es, con mucho, el más importante, mientras que la felicidad individual, aunque todavía subsiste es desplazado a un segundo plano” (p.144). La cultura tiene como fin supremo establecer normas de comportamientos que ayuden a regular las relaciones entre los hombres, en lugar de buscar a toda costa un ideal de felicidad para la humanidad. Dicho ideal es secundario o depende de la economía del individuo, la cual obliga a que cada cual busque la manera en que puede ser feliz. Para la cultura, la voluntad de felicidad del individuo debe subordinarse a la voluntad de felicidad de la masa, lo cual haría más fácil buscar la felicidad, es decir, todas las personas deben, de manera grupal, aspirar a lo mismo.

Ahora bien, Freud (2017) indica que dicha aspiración del hombre hacia la felicidad, basada en el principio del placer, tiene dos aspectos: “Por un lado evitar el dolor y el displacer; por otro lado, experimentar intensas sensaciones placenteras. En este sentido estricto, el termino felicidad solo se aplica al segundo término” (p.72). De este modo, el hombre aspira a la felicidad mediante la reducción y estabilidad de la cantidad de excitación presente en el aparato anímico, es decir, el hombre desea experimentar placer, evitando el displacer, dolor y sufrimiento. De este modo, felicidad y sufrimiento mantienen una relación de exclusión. Además, la felicidad basada sólo en el principio del placer es irrealizable, ya que este es relevado por el *principio de realidad*, normas y tabúes, lo que lleva a que el hombre no disfrute de una vida sexual plena: “Bajo el influjo de las pulsiones de autoconservación del yo, el principio del placer el relevado por el principio de realidad” (Freud, 1992-a, p.10).

El deseo del hombre de ser feliz mediante *el principio del placer*, *el amor sexual*, o mediante la imposición del amor como el centro de todas las cosas, lleva a que este no sea feliz plenamente, o que esté más cerca del sufrimiento que de la felicidad. Es decir, toda situación deseada por el principio del placer sólo facilita una situación de tibio bienestar debido a la regulación drástica de

la cultura y a la declinación del cuerpo. Asimismo, cuando el ser humano deriva su felicidad en el *amar y ser amado*, es cuando más se está a las proximidades del dolor que del placer:

El punto débil de esta técnica de vida es demasiado evidente, y si no fuera así, a nadie se le habría ocurrido abandonar por otro tal camino hacia la felicidad. En efecto: jamás nos hallamos tan a merced del sufrimiento como cuando amamos; jamás somos tan desamparadamente infelices como cuando hemos perdido el objeto amado a su amor. (Freud, 2017, p.79).

De igual modo, Freud (2017) considera que el hombre es más susceptible de experimentar la desgracia que la felicidad.

En cambio, no es mucho menos difícil experimentar la desgracia. El sufrimiento nos amenaza por tres lados: La decadencia del cuerpo, del mundo exterior, capaz de encarnizarse en nosotros, con fuerzas destructoras; y de las relaciones con otros seres humanos. (p.72)

Según lo anterior, por un lado, el declive natural del cuerpo se convierte en el mayor obstáculo cuando el hombre cifra su felicidad exclusivamente en el principio del placer, de ahí que el hombre a determinada edad elija buscar otras satisfacciones u ocupaciones con el objeto de huir a hurtadillas del dolor. Por otro lado, la realidad misma de la vida y la naturaleza lleva a que la existencia sea penosa y difícil: “Jamás llegaremos a dominar completamente la naturaleza; nuestro organismo que forma parte de ella, siempre será percedero y limitado en su capacidad de adaptación y rendimiento” (Freud, 2017, p.83). Es decir, Freud tiene una concepción pesimista sobre la posibilidad de que el hombre pueda ser feliz mediante la imposición del principio del placer como criterio último. El mayor obstáculo es la supremacía de la naturaleza sobre el hombre y la inapelable decadencia del cuerpo con el paso del tiempo.

En síntesis, es ilusorio pensar la felicidad sin el sufrimiento, debido a que el hombre es dependiente y no autocontenido o autorealizado. Por otro lado, la búsqueda de la felicidad que le impone el principio del placer al hombre es utópica, lo mismo que el desear ser felices, debido a que cuanto más desea el ser humano ser feliz, más próximo está de la desgracia y la infelicidad: “En dado caso la felicidad es subjetiva y dependerá de la constitución y disposición psíquica de cada individuo, o en el mejor de los casos solo puede darse como un fenómeno episódico” (Freud, 2017, p.73). Igualmente, según Freud (2017), la felicidad “este programa [la felicidad. I.M.] ni siquiera es realizable, pues todo el orden del universo se le opone y aun estaríamos por afirmar que el plan de la creación no incluye el propósito de que el hombre sea feliz” (p.72).

7. Métodos y estrategias para mitigar el sufrimiento y el dolor y procurar la felicidad

Freud (2017) señala una serie de estrategias en aras de sortear el sufrimiento y procurar la felicidad. El primero es el químico: “La intoxicación. Sustancias extrañas al organismo, estupefacientes, cuya presencia en la sangre proporciona directamente sensaciones placenteras” (p.75). El segundo, es el desplazamiento de la libido previstos en nuestro aparato psíquico: “Reorientar los fines instintivos de manera que tal que eludan la frustración del mundo exterior” (p.76). El tercero, “el que ve en la realidad el único enemigo fuente de todo sufrimiento y que nos torna intolerable la existencia y con quien es por consiguiente es preciso romper toda relación si se pretende ser feliz de algún modo” (p.78). La cuarta estrategia se refiere al amor, “aquella orientación o actitud vital que hace del amor el centro de todas las cosas” (p.79). La quinta, obedece a la “búsqueda de la felicidad mediante la la belleza, donde quiera sea accesible a nuestros sentidos y nuestros juicios” (p.80). Finalmente, la religión, según Freud, también posee una técnica para alcanzar la felicidad y sortear el sufrimiento.

Freud considera la capacidad que tienen los narcóticos para proveer al ser humano de una salida al sufrimiento y así evadirse del peso de la realidad externa. Sin embargo, es algo que puede tener desenlaces fatales o tornarse peligroso y nocivo. La segunda estrategia, la de sublimar, provee de otras satisfacciones desviando las pulsiones sexuales a otros destinos, aun cuando no se logre la misma gratificación que se pensaba *en principio*⁵⁴. La tercera táctica describe la posibilidad que tiene el hombre de aislarse de la masa, de la comunidad como medio de protección frente al dolor y el sufrimiento. El hombre vuelve la espalda a este mundo y en su soledad crea uno nuevo en el cual las circunstancias que lo agobiaban en la masa queden eliminadas. La cuarta obedece a la necesidad de hacer del amor, del amar y el ser amados, el centro de la vida. Sin embargo, al amar es cuando más cerca el hombre está del abismo del dolor: “Jamás somos tan desamparadamente infelices como cuando hemos perdido el objeto amado el amor” (Freud, 2017, p.79). Freud señala que, en su campo de acción, la belleza es muy limitante frente a los pesares sufridos y que su accionar siempre ha estado ligada más al encanto y al objeto sexual.

⁵⁴ “En cambio se produce una innegable limitación de las posibilidades del placer, pues el sentimiento del placer experimentado al satisfacer una pulsión instintiva indómita, no sujeta por las riendas del yo, es incomparablemente más extenso que el que se siente al saciar un instinto dominado” (Freud, 2017, p.76).

Finalmente, en cuanto a la religión como estrategia frente al sufrimiento, Freud (2017) indica lo siguiente:

La religión viene a perturbar este libre juego de elección y adaptación, al imponer a todos por igual su camino único para alcanzar la felicidad y evitar el sufrimiento. Su técnica consiste en reducir el valor de la vida y en deformar delirantemente la imagen del mundo real, medidas que tiene por condición previa la intimidación de la inteligencia. (p.82)

En otras palabras, la religión conduce al hombre por un solo camino para alcanzar la felicidad. El camino es odiar y denigrar la existencia terrenal, es decir, comprender el mundo real, por un lado, solamente como un paso transitorio y temporal para alcanzar la felicidad y, por otro lado, como la fuente de todo sufrimiento, la cual se debe evitar y afrontar con modos de vidas ascéticos, decadentes y que van en contra de la vida. Asimismo, el hombre debe supeditar todo su conocimiento a un ser supremo que provee todo lo que el ser humano necesita, es decir, el conocimiento del hombre para su dios no es más que banalidad y arrogancia. Para esta técnica la vida terrenal no vale nada y el hombre decide aislarse, antes que afrontarla con valentía.

Descritas las diferentes concepciones, doctrinas y métodos que señala Freud para evitar el padecimiento y alcanzar la felicidad o la imposibilidad de fiarse sobre una tendencia en la búsqueda de esta, pasemos a detallar la razón del por qué le resulta imposible al hombre ser feliz en la cultura. Subrayemos dónde estriba esencialmente la dificultad de dicho malestar.

8. La cultura: La culpable de la infelicidad en el hombre

Unas líneas atrás se señalaron los tres gérmenes del sufrimiento humano. El primero, la supremacía de la naturaleza, la cual es insuperable; el segundo, la decadencia del cuerpo, la cual es inevitable; y, en tercer lugar, la insuficiencia de los métodos para controlar las relaciones humanas en la sociedad (Freud, 2017). Esta última, de origen social, es la que más malestar e infelicidad produce en el hombre: “Nos negamos en absoluto a aceptarlo; no atinamos en comprender por qué las instituciones que nosotros mismos hemos creado no habrán de representar, más bien, protección y bienestar para todos” (Freud, 2017, p.84). Las instituciones que nacieron con la intención de hacer feliz al hombre han tenido un efecto contrario, es decir, dichas instituciones han establecido tantas prohibiciones y obligaciones en aras de regular las relaciones humanas que han terminado sofocando y agobiando la vida instintiva, generando la sensación de malestar e infelicidad y desarrollando en el hombre una actitud hostil hacia la cultura:

Si con toda justificación reprochamos al actual estado de nuestra cultura cuán insuficiente realiza nuestra pretensión de un sistema de vida que nos haga más felices; si le echamos en cara la magnitud de los sufrimientos, quizás evitables a que nos expone; si tratamos de desenmascarar con impecable crítica de las raíces de su imperfección, seguramente ejercemos nuestro legítimo derecho y no por ellos demostraremos ser enemigos de la cultura. (Freud, 2017, p.115)

Lo anterior lleva a Freud (2017) a concluir lo siguiente: “La cultura llevaría gran parte de la miseria que sufrimos y podríamos ser mucho más felices si la abandonásemos para retornar a condiciones de vida más primitiva” (p.84). En la vida primitiva el hombre no estaba coaccionado por el abigarrado código de normas y preceptos de la cultura, él podía explayarse de forma libre, intentando la satisfacción de sus pulsiones a plenitud. Sin embargo, Freud (2017) reconoce también que en las comunidades primitivas la libertad de los individuos era limitada, ya que el protopadre o macho alfa era el único que gozaba de libertad ilimitada.

Igualmente, según Freud (2017), “el hombre no se siente cómodo en la cultura actual” (p.87). En la cultura actual la felicidad está en duda o es una ilusión. Lo anterior se produce, porque “la cultura designa una serie de instituciones que distancian nuestra vida de nuestros antecesores animales” (Freud, 2017, p.88). De ahí que los hombres de antaño sin el auspicio de la ciencia y con todas las aberraciones y violaciones que se cometían unos con otros, en cierto grado, eran más felices. El *hombre civilizado*⁵⁵ cree haber conquistado mediante la cultura todos sus ideales. En suma, las instituciones y todos los avances científicos que el hombre ha creado para la regulación de las relaciones humanas y para hacer más amena la vida, han socavado la felicidad y la vida animal del hombre primitivo, por el deseo ilusorio de orden, de organización y de progreso.

Freud (2017) señala que la cultura, mediante la ciencia, no ha logrado ni satisface los deseos del hombre en su idealización y en la búsqueda de la felicidad. No obstante, reconoce algunos progresos como “en efecto, ¿no significa nada el que la medicina haya logrado reducir tan extraordinariamente la mortalidad infantil, el peligro de las infecciones puerperales, y aun prolongar en considerable número los años de vida del hombre civilizado?” (p.86). Así pues, el hombre se enorgullece de los progresos científicos y tecnológicos mediante los cuales pretende

⁵⁵ En lo referente al hombre moderno, cultural, racional y perteneciente a la masa, quien está supeditado y condicionado a no pasar los límites, de lo bueno y lo malo, éste tiene una afinidad con lo que sentencia Nietzsche en el trazado de líneas sobre la gallina. El hombre civilizado está como la gallina sometido al trazado de líneas a su alrededor, líneas que determinan, la dirección y el modo de actuar de esta o de aquella manera: “Ahora está como la gallina alrededor del cual se ha trazado una línea. No puede salir de ese trazado de líneas” (Nietzsche, 1972, p.163). Es decir, el hombre moderno está supeditado o condicionado a lo que le determine la cultura a seguir.

avasallar de manera parcial la naturaleza y procurarse felicidad. Sin embargo, Freud (2017) compara esta felicidad como las satisfacciones que surgen cuando “una mujer saca una pierna desnuda debajo de la manta, en fría noche de invierno, para poder procurarse el placer de volverla a cubrir” (p.86). En otros términos, la felicidad que produce la ciencia no es más que una ilusión pasajera que de repente parece ser la cura a todos los males, pero que luego desaparece.

Reseñemos hasta aquí, según Freud, las primeras conclusiones del por qué la cultura es la responsable de que el hombre se sienta infeliz. En primer lugar, la ineficiencia de los métodos que utiliza la cultura para la regulación de las relaciones humanas, estos ayudan a regular y propiciar el orden entre los seres humanos, pero asfixian la vida. En segundo lugar, dichos métodos que establece la cultura hacen que el hombre no se sienta cómodo. De ahí que, según Freud, la vida resulte ser decepcionante y demasiado pesada deparándole al hombre más desgracia que felicidad. Por último, todos los avances científicos y tecnológicos y que hacen parte de la cultura, no garantizan una felicidad plena para el hombre, estos son solo un consuelo pasajero.

Hasta aquí hemos descrito la tensión entre la cultura normativa y la vida instintiva. Sobre todo, se ha hecho énfasis en que la represión y la regulación de la cultura generan malestar e insatisfacción en la vida humana. Además, se ha señalado a la cultura como la responsable de la infelicidad del hombre. Para esto, se ha hecho un recorrido por el aparato psíquico del hombre y su división tripartita, el *ello*, *el yo* y *el superyó*, intentando mostrar la función de cada una de estas instancias dentro de la economía de la libido del individuo, lo que a grandes rasgos denota también su conducta y su forma de ser en relación con el otro. Asimismo, se ha señalado la obligatoriedad de la regulación de la norma y el inapelable tránsito del estado natural al estado contractual regulado por un poder central, teniendo como referente el *Leviatán* de Hobbes.

III. La afinidad y resonancia conceptual entre: Sigmund Freud y Friedrich Nietzsche.

Para iniciar, quiero acotar de entrada lo siguiente: La relación entre estos dos grandes pensadores me permitirá poner en diálogo algunos elementos del psicoanálisis freudiano con la filosofía nietzscheana. Como lo señala Paul Laurent (1986): “Es innegable no hallar las resonancias entre una obra y la otra, y un verbo y otro; o ¿Cómo no percibir hasta qué punto intuitivamente lo Nietzscheano suena Freudiano?” (p.9). Es decir, cómo negar la resonancia entre determinados conceptos del psicoanálisis freudiano, *el sentimiento de culpa*, *pulsión e instinto*, con la filosofía

vitalista de Nietzsche; y, cómo negar la armonía entre *libido* en Freud y la *voluntad de poder*⁵⁶ en Nietzsche. Por último, cabe advertir la simetría entre el binomio pulsional en Freud, *Eros* y *Thanatos*, y la dualidad pulsional en Nietzsche, *Dionisio* y *Apolo*.

De igual modo, este análisis permitirá elucidar, desde la filosofía vitalista de Nietzsche, la problemática de mi investigación. Es decir, a través de dicho análisis se examinará la posibilidad de la superación del malestar que producen las demandas de la cultura normativa sobre la vida instintiva. Asimismo, se explorará desde la filosofía del *superhombre*⁵⁷ los argumentos de Nietzsche contra la represión y la prohibición de la norma. Es preciso señalar también que la filosofía de Nietzsche otorga un papel fundador y regulador a los instintos y el psicoanálisis al instinto o pulsión. En este sentido, pasemos a describir el concepto de instinto y pulsión según Freud y luego el de instinto en Nietzsche.

9. Pulsión e instinto en Freud

En un primer momento se indica que en su texto *Tres ensayos para una teoría sexual* publicado en 1905, Freud utiliza por primera vez el término *pulsión*⁵⁸, definiéndole así:

⁵⁶ Nietzsche piensa la realidad como una multiplicidad de fuerzas con distintos sentidos y diferentes intensidades. La realidad es un conjunto complejo en el que las fuerzas se relacionan, se conectan y luchan entre sí, sin intención de dominio, pero que en su explayarse generan dominio. En otros términos, toda fuerza es voluntad de poder, un querer de apropiación, un querer de búsqueda de explotación de una parte de la realidad, creación de sentido y de valor. No son las cosas ni las esencias de las cosas la fuente del sentido, sino las fuerzas que se apoderan de las cosas y las significan. Lo anterior, lo podemos elucidar mediante la metáfora del águila y el cordero que describe Nietzsche en *Genealogía de la moral*: “El que los corderos guarden rencor a las grandes aves rapaces es algo que no puede extrañar: solo que no hay en esto motivo alguno a aquellas el que arrebaten corderitos. Y cuando los corderitos dicen entre sí, estas aves malvadas son rapiñas, sino más bien, su antítesis, un corderito, — ¿no debería ser bueno?, nada hay que objetar a este modo de establecer un ideal, excepto que las aves rapaces mirarán hacia abajo con un poco de sorna y tal vez se dirán: Nosotros no estamos enfadadas en absoluto en esos buenos corderos, incluso los amamos: no hay nada más sabroso que un tierno cordero” (Nietzsche, 1996, p.51). En otras palabras, la voluntad de poder es capaz de moldear las formas de vida del mundo racional, en un nuevo sentido de vida y en simetría con la vida instintiva. En consecuencia, las acciones humanas no se deben remitir causalmente a la existencia de la categoría de la razón o de la moral. De ahí que, según Nietzsche, el mundo racional olvidó y sancionó en sus juicios sobre la vida la parte instintiva del hombre. Un ejemplo que describe la imperiosidad de los instintos sobre la razón lo señala Nietzsche cuando afirma lo siguiente: “Un animal que con peligro de su vida protege a sus cachorros, o que en el peligro de celos sigue a la hembra, hasta su muerte, no piensa en el peligro y en la muerte; también su razón se toma una pausa, pues el placer por su cría o por su hembra, y el placer de ser despojado de este placer lo dominan completamente” (Nietzsche, 1990, p.29).

⁵⁷ “El superhombre designa un tipo de óptima constitución, en contraste con los hombre modernos, con los hombre buenos, con los cristianos, una palabra que en boca de Zaratustra, el aniquilador de la moral” (Nietzsche, 2012, p.43). Para Nietzsche un hombre de buena constitución es aquel que “está formado de manera dura, tierna y de exquisito perfume. Solo le gusta lo que favorece su salud: su placer y su deseo cesan cuando han rebasado la medida de su utilidad” (p.15).

⁵⁸ Según Freud (1991-b), la diferencia entre pulsión e instinto estaría en la fuerza: “No se entiende bien por qué un instinto humano de profundas raíces necesitaría reforzarse por medio de una ley. No existe ley alguna que ordene a los seres humanos comer y beber, o les prohíba meter sus manos en el fuego. Los seres humanos comen y beben, y mantienen sus manos alejadas del fuego, instintivamente, por angustia ante unas penas naturales, y no legales, que se atraerían si violaran esas pulsiones. La ley sólo prohíbe a los seres humanos aquello que podrían llevar a cabo bajo el esforzar [Drarigen] de sus pulsiones. No hace falta que sea prohibido y castigado por la ley lo que la naturaleza misma prohíbe y castiga. Por eso podemos suponer tranquilamente que unos delitos prohibidos por una ley son tales que muchos hombres los cometerían llevados por sus inclinaciones naturales” (p.126).

Por «pulsión» podemos entender al comienzo nada más que la agencia representante [*Repräsentanz*] psíquica de una fuente de estímulos intrasomática en continuo fluir; ello a diferencia del «estímulo», que es producido por excitaciones singulares provenientes de fuera. Así, «pulsión» es uno de los conceptos del deslinde de lo anímico respecto de lo corporal. La hipótesis más simple y obvia acerca de la naturaleza de las pulsiones sería esta: en sí no poseen cualidad alguna, sino que han de considerarse sólo como una medida de exigencia de trabajo para la vida anímica. Lo que distingue a las pulsiones unas de otras y las dota de propiedades específicas es su relación con sus *fuentes* somáticas y con sus *metas*. La fuente de la pulsión es un proceso excitador en el interior de un órgano, y su meta inmediata consiste en cancelar ese estímulo de órgano. (Freud, 1992-d, p.153)

En un segundo momento, en *Psicología de las masas*, Freud define la pulsión así:

Tendencias, inherentes a la sustancia viva a reproducir un estado anterior; serían entonces históricamente condicionadas, de naturaleza conservadora y por así decir, la expresión de una inercia o elasticidad de lo orgánico. Ambas variedades de pulsiones, el Eros y la pulsión de muerte, actuarían y trabarían una en contra de la otra desde la génesis misma de la vida. (Freud, 1992-b, p.254)

Como se puede apreciar, el común denominador en la definición del término pulsión en Freud, corresponde a la designación de aquel tipo de impulso psíquico característico de los sujetos de la especie humana que tiene su fuente en una excitación interna, es decir, la fuente de la pulsión es un proceso excitador en el interior del organismo y su meta inmediata consiste en cancelar ese estímulo que se dirige a un único fin preciso, a saber, suprimir o nivelar ese estado de tensión. Para lograr este propósito, la pulsión se sirve de un objeto, el cual, sin embargo, no está predeterminado ni es unívoco, sino que puede ser multiforme, es decir, existen varios medios y objetos para satisfacer dicha pulsión.

Freud señala que lo que diferencia una pulsión de otra es su relación con su meta y su fuente somática, es decir, toda pulsión es una necesidad que requiere ser satisfecha por medio de un objeto, mediante el cual, por un lado, logra alcanzar su fin y, por otro lado, no necesariamente puede ser algo *exterior*⁵⁹, sino que puede ser una parte cualquiera de su propio cuerpo. Esta dirección hacia el objeto por parte de la pulsión es lo que posibilita diferenciar una pulsión de otra. Dicha diferenciación la comienza a establecer Freud mediante el binomio pulsional de pulsiones de vida y de muerte.

⁵⁹ Según Freud (2017-b), “en el caso del narcisismo (temprana fase del *yo*, durante la cual se satisfacen auto-eróticamente los instintos sexuales del mismo) el *yo* se encuentra originariamente al principio de la vida anímica revestido de instintos y este es capaz de satisfacer sus instintos en sí mismo” (p.224).

Asimismo, la palabra pulsión obedece a: “Una característica de designar la acción de empujar e impulsar” (Roudinesco, 2008, p.902). Es decir, la palabra pulsión viene a denominar la carga energética que está en la fuente de la actividad motriz del organismo y del funcionamiento psíquico del hombre. Dicha carga no actúa como una fuerza de choque que pide ser satisfecha de manera inmediata igual que los instintos, sino que actúa siempre como una fuerza constante. La concepción freudiana de pulsión como una fuerza que empuja e impulsa, es una fuerza indeterminada en cuanto al comportamiento que origina y al objeto que proporciona la satisfacción.

De igual modo, Freud utiliza el término pulsión con el objeto de diferenciarlo del concepto de “instinto”:

La elección de la palabra “*pulsión*” para traducir el alemán *Trieb* obedeció a la necesidad de evitar cualquier confusión con instinto y tendencia. Esta opción se correspondía con la que Sigmund Freud, quien, a fin de señalar la especificidad del psiquismo humano, reservó *Instinkt* para los componentes animales. Tanto en alemán como en francés los términos *Trieb* y pulsión, respectivamente, remiten, por su etimología, a la idea de un empuje, independiente de la orientación y de la meta. En la traducción inglesa lo que guio la elección de James Strachey de la palabra *instinct* en lugar de *drive*, parece haber sido la fidelidad a la idea freudiana de una articulación con la biología. (Roudinesco, 2008, p.903)

Como lo podemos apreciar, con la palabra pulsión, Freud designa a la energía psíquica, su empuje, lo cual es su esencia, derivada de las tensiones somáticas y las necesidades del *ello*, las cuales, por un lado, por su origen interno el individuo no puede detener y, por otro lado, dirige hacia un fin con el objeto de lograr satisfacción. Este fin, es decir, su satisfacción, supone la supresión de la excitación que está en el origen, para lograrlo se vale de un objeto, tanto externo como interno. En cuanto al instinto, Freud hace referencia o lo utiliza para referirse a lo estrictamente biológico, es decir, el instinto representa una conducta genéticamente adquirida, innata. El instinto es netamente congénito y heredado, propio de una especie animal irracional. Igualmente, personifica el desencadenamiento de fuerzas básicas que deben satisfacerse de manera inmediata e unívoca. Es decir, se trata de fuerzas que tienen un solo objeto natural de despliegue.

Igualmente, Laurent (1986) define instinto así: “Para Nietzsche, así como para Freud, el instinto es efectivamente una presión que vale como fuerza surgida de una naturaleza dotada de sensibilidad con miras a la realización de una meta, en la cual se realiza su objetividad” (p.102). Un ejemplo de instinto animal es el siguiente: En la cuestión de la nutrición el hambre es el registro más instintivo del hombre y de los animales; en el tema de los animales, el hambre tiene que ser

gratificada inmediatamente. En el caso del ser humano hay mediaciones para satisfacer y enredar el hambre, ya que existen varias salidas para cubrir el deseo, el cual no es mecánico, sino multiforme. De ahí que instinto sea un término reservado para los animales y pulsión para el hombre.

Recapitulemos las diferencias y las funciones más importantes, tanto de instinto como de pulsión. a). En cuanto a la pulsión, el empuje constituye su esencia lo cual la ubica como el motor de la actividad psíquica y somática. b). “La función principal de la pulsión es poner fin a ese estado de tensión, satisfacción de la excitación, satisfaciéndose por medio de un objeto” (Laurent, 1986, p.89). c). Su gratificación es indeterminada, multiforme, por lo que su gratificación puede implicar fines intermedios de satisfacción. En cuanto a los instintos, d) su gratificación es inmediata e unívoca, por lo que tiene un solo objeto de gratificación e). Comprende la naturaleza animal y es una fuerza impulsiva constante, la cual puede ser suprimida mediante un único acto, es decir, hay un único objeto por medio del cual se logra su satisfacción. f). Tanto instinto como pulsión son fuerzas básicas, naturales, dirigidas hacia un fin, su gratificación. De ahí que se considere que ambos conceptos sean en partes correspondientes. Dicha simetría lleva a Freud a marcar distancia utilizando pulsión para lo humano, racional, e instinto para lo meramente biológico e irracional, aunque no siempre se ciñe estrictamente a esa nomenclatura.

Ahora bien, señaladas las diferencias entre los conceptos de pulsión e instinto, pasemos a acotar los rasgos del siguiente binomio pulsional: Pulsiones de vida (Eros) y de muerte (Thanatos).

10. Eros y Thanatos: El binomio de la realidad

Como se referenció anteriormente, las pulsiones son fuerzas somáticas y energías psíquicas del ser humano, las cuales, por un lado, no poseen un objeto determinado y unívoco para su satisfacción. Por otro lado, se señaló que las pulsiones tienen diferentes *fuentes*⁶⁰ y por ello formas de manifestación; y, que dichas fuentes posibilitan diferenciar las pulsiones unas de otras. Lo anterior le va a permitir a Freud formular, en su texto *Más allá del principio del placer*, la *segunda tópica freudiana*, la cual obedece a un dualismo pulsional entre las pulsiones de vida/eros, que

⁶⁰ Según Freud: “La fuente del instinto es aquel proceso somático que se desarrolla en un órgano, o en una parte del cuerpo y es representado en la vida anímica por el instinto” (Freud, 2017-b, p.212).

agrupan las pulsiones de carácter sexual y de autoconservación yoica, las cuales ya habían sido formuladas, y las de *muerte/thanatos*⁶¹, pulsiones de destrucción y agresividad.

Nuestra concepción fue desde siempre dualista, y lo es de manera más tajante hoy. Cuando hemos dejado de llamar los opuestos, pulsiones yoicas y sexuales, para darles el nombre de pulsiones de vida, y pulsiones de muerte. (Freud, 1992-a, p. 52)

De este modo, las pulsiones sexuales y las de autoconservación o yoicas se engloban bajo las pulsiones de vida/Eros. Según Freud (1992-a), “estas tienen como objeto configurar a partir de la sustancia viva unidades cada vez mayores para obtener así la perduración de la vida y conducirlos cada vez a niveles más altos” (p.53). Es decir, su fin es conservar por medio de una síntesis cada vez más amplia de la sustancia viva; por otro lado, se encuentran las pulsiones de muerte, las cuales de acuerdo con Freud (1992-a), “saldrían a la luz vueltas hacia afuera por la acción conjunta de los múltiples organismos celulares elementales, como tendencias de destrucción o de agresión” (p.250). Es decir, su fin es retornar todo lo orgánico al estado inanimado en contraposición al Eros.

Freud caracteriza las pulsiones yoicas y sexuales así:

Como subrogadoras de esta concepción, se introdujeron en el psicoanálisis las «pulsiones yoicas» y las «pulsiones sexuales». Entre las primeras incluimos todo lo que tiene que ver con la conservación, la afirmación, el engrandecimiento de la persona. A las segundas debimos conferirles la riqueza que exigían la vida sexual infantil y la perversa. (...). Asunto de nuestro estudio fueron primero sólo las pulsiones sexuales, cuya energía denominamos «libido». (Freud, 1991, p.88)

De los instintos sexuales podemos decir en general lo siguiente: El fin al que cada uno de ellos tiende es la consecución del placer orgánico y solo después de sus síntesis entra al servicio de la procreación, con lo cual se evidencian entonces, generalmente, como instintos sexuales. (Freud, 2017-b, p.215)

⁶¹ Freud empieza a teorizar este nuevo concepto, la pulsión de muerte, a partir de la compulsión de repetición. De origen inconsciente, reprimido y difícilmente controlable: “Es claro que, las más de las veces, lo que la compulsión de repetición hace revivenciar no puede menos que provocar displacer al yo, puesto que saca a luz operaciones de mociones pulsionales reprimidas” (Freud, 1992-a, p.20). Es decir, la compulsión de repetición, lo mismo que la pulsión de muerte, intenta restablecer un estado anterior a la vida. Igualmente, según Ricoeur (1990): “Freud introduce el concepto de pulsión de muerte no para explicar la destructividad, sino a un conjunto de hechos agrupados en la compulsión de repetición, el carácter de lo demoníaco. Esta consiste en la tendencia del paciente a repetir, como si se tratase de una experiencia actual, el material reprimido, en lugar de evocarlos como un recuerdo pretérito” (p.242).

Es decir, las *pulsiones sexuales*⁶² obedecen a una necesidad sexual presente, tanto en los seres humanos como en los animales. Estas tienen un *objeto sexual*⁶³, la persona de la que parte la atracción sexual y una *meta*⁶⁴, la acción hacia la cual se dirige la pulsión. Freud (1984) describe esta pulsión así: “En el caso del hombre, en casos normales, su objeto es la mujer y viceversa; y, está presente desde los primeros años de vida, bien sea, por curiosidad o como procesos excepcionales: la masturbación y la erección” (p.157).

En cuanto a las pulsiones yoicas, Freud (1992-I) reconoce que “las pulsiones de autoconservación representan la primera línea” (p.50). Es decir, las pulsiones yoicas o de autoconservación designan el conjunto de las necesidades unidas a las funciones corporales que se necesitan para la protección de la vida del individuo; su prototipo viene representado por el hambre. En segunda línea, las pulsiones yoicas designan una función represora. Es decir, las pulsiones yoicas tienden a la conservación del individuo mediante la represión. Éste es un mecanismo de defensa de las pulsiones yoicas que surge después de separar la actividad anímica consciente y la inconsciente: “Su esencia consiste exclusivamente en rechazar y mantener alejados de lo consciente a determinados elementos” (Freud, 2017-b, p.232).

En cuanto a la *pulsión de muerte*⁶⁵, según Freud, sucede lo contrario, debido a que en todo ser vivo se manifiesta también una disposición a la destrucción, a la ruptura de la unidad entre sus distintas partes para volver al estado desorganizado y en último término, inanimado. Su objetivo es el de reducir completamente las tensiones, esto es, volver al individuo al estado inorgánico de quietud y reposo: “Basándonos en reflexiones teóricas, apoyadas en la biología, supusimos la existencia de un instinto de muerte, cuya misión es hacer retornar todo lo orgánico animado, al estado inanimado, en contraposición al Eros” (Freud, 2009, p.34).

Asimismo, “el instinto de agresión es el descendiente y principal representante del instinto de muerte, que hemos hallado junto al Eros, y que con él comparte la dominación del mundo”

⁶² Según Freud: “Los instintos eróticos nos parecen, en general, más plásticos, desviables, y desplazables, que los de destrucción” (Freud, 2009, p.37).

⁶³ Para Freud (2017-b): “El objeto del instinto es aquel en el cual o por medio del cual puede el instinto alcanzar su satisfacción; Es lo más variable del instinto, no se haya enlazado a el originariamente, sino subordinado a él, a consecuencia de su educación al logro de su educación” (p.211).

⁶⁴ “La meta es siempre la satisfacción que solo puede ser alcanzada por la supresión del estado de excitación de la fuente del instinto” (Freud, 2017-b, p.210).

⁶⁵ Según Freud (2017), “el instinto de muerte actúa silenciosamente, pulsión muda, en lo instinto del ser vivo persiguiendo su desintegración; Este se orienta hacia fuera, contra el mundo exterior, manifestándose entonces como impulso de agresión y destrucción” (p.119)

(Freud, 2017, p.122). En este sentido, la evolución cultural debe ser entendida mediante la lucha y la transacción entre ambas pulsiones. El instinto de agresividad, por un lado, no solo es el descendiente de la pulsión de muerte, sino que constituye el primer obstáculo en la evolución cultural. Por otro lado, el instinto de agresividad, no solo es el representante de la pulsión de muerte, sino que denota una disposición pulsional autónoma originaria del ser humano. Igualmente, “el instinto de agresión también entra al servicio del Eros para los fines de descarga” (Freud 2009, p.34).

Freud (2017) indica que ambas clases de pulsiones, vida y muerte, se amalgaman entre sí. Un ejemplo es el *masoquismo* y *el sadismo*⁶⁶, impulsos parciales de la sexualidad hacia dentro y hacia fuera, con componente erótico, donde ambas tendencias representan los límites y la parcialidad entre lo destructivo y lo amoroso:

En el sadismo, admitido hace tiempo como instinto parcial de la sexualidad, nos encontraríamos con semejante amalgama de particularidad sólida entre el impulso amoroso y el instinto de agresión; lo mismo sucede con su símil antagónico, el masoquismo, que representa una amalgama entre la destrucción dirigida hacia dentro y la sexualidad, a través de la cual aquella tendencia destructiva, de otro modo inapreciable se hace notable o destructiva. (p.119-120)

En lo referente al sadismo, este corresponde a una pulsión de muerte dirigida hacia el exterior. Según Freud (2017-b), “es una perversión sexual donde la satisfacción va ligada, además, del sufrimiento o a la humillación, a la de ejercer dominio a otros, a una tercera persona como objeto” (p.216). En otras palabras, en el sadismo hay un cambio de objeto exterior, donde se expresa la agresividad contra un semejante tomado como objeto. El caso del masoquismo, corresponde a la corrupción sexual, en la cual la satisfacción va ligada al sufrimiento, la humillación y al dolor experimentado por el sujeto. En otros términos, el masoquismo, “ha de entenderse como una reversión del sadismo hacia el *yo* propio” (Freud 1992-a, p.53). Es decir, la satisfacción sexual se obtiene, ya no mediante el otro, sujeto u objeto, sino mediante el propio dolor físico.

Con base en lo expuesto, podemos concluir lo siguiente: La pulsión de vida y de muerte expresan la constitución originaria de la vida humana, en la cual ambas pulsiones libran un

⁶⁶ Según Ricoeur (1990), “la compulsión repetitiva introduce la pulsión de muerte, pero es la agresividad, en su doble figura de sadismo y masoquismo quien la confirma y la verifica” (p.254).

conflicto propio de la génesis de la vida, unidad-construcción y disgregación y destrucción. En relación con el objeto y la propia vida, esta recibirá una respuesta dual frente al objeto; bien sea de unión y vinculación conforme al Eros, o de desunión y desvinculación según el instinto de muerte. Por consiguiente, cuando prevalece el Eros se favorecerá la mezcla–unión de las pulsiones con la consecuente neutralización de la pulsión de muerte, mientras que cuando prevalece el thanatos, ello favorecerá una tendencia a la desunión y a la destrucción; y, por tanto, a la liberación de las energías destructivas sobre el sujeto o propio *yo*.

11. El instinto en Nietzsche

Según lo referencia Paul Laurent (1986), instinto para Nietzsche es “la proclamación de un orden vital propio. Es la voz imperiosa del organismo como realidad *sui generis*” (p.88). Es decir, el instinto es valorizador por sí mismo como expresión vital. El instinto es único, sin igual e inclasificable. Así pues, el automatismo instintivo es el fundamento de todo gran hombre. Además, según Laurent (1986), Nietzsche presenta los instintos en diversos grupos:

[...], categorizándolos a partir de su forma de expresión y actividad. Hay un instinto específico presente en la ciencia, en la ética, en el arte. Los instintos nietzscheanos se presentan como otros tantos pequeños demonios que animan las actividades humanas. (p.79)

En otras palabras, los instintos son el motor de todas las actividades humanas. El instinto es una fuerza afirmativa y creadora, la cual se manifiesta en *el hombre grande, noble y creativo*⁶⁷. Igualmente, la realidad surge de esta diversidad y tensión de los instintos, en la que cada uno tira para su lado. En este sentido, el orden de los sentidos es anárquico, todo es un caos o es una fuerza inconsciente que actúa subrepticamente en el hombre. “El instinto es esa fuerza tranquila y continua que actúa con la perennidad de la vida” (Laurent, 1986, p.80). De ahí que *Dioniso y Apolo* simbolicen dos destinos diferentes de la misma fuente, es decir, son dos vertientes instintivas que nacen del *cuerpo*.⁶⁸

⁶⁷ Un ejemplo de este hombre grande noble y creativo para Nietzsche (1989) es Julio Cesar y Napoleón Bonaparte: “El tipo supremo de hombres libres habría que buscarlo allí donde constantemente se supera la resistencia suprema: a dos pasos de la tiranía en los umbrales del peligro de la esclavitud. Esto es si por tirano entendemos aquí unos instintos inexorables y terribles, que provocan entre el máximo de autoridad y de disciplina, el tipo más bello, Julio Cesar” (p.115). y, “Napoleón el hombre más tardío que hay nacido nunca, y en él, encarnado en él, el problema del ideal noble en sí” (Nietzsche, 1996-a, p.61).

⁶⁸ Según Nietzsche (2003), el cuerpo es el centro de gravedad de la actividad vital, automática e inmediata, al cual le atribuye un gran valor frente a la poca significación que le asigna a la actividad tardía e insegura de la conciencia. “El cuerpo es una gran razón, una pluralidad dotada de un único sentido [...] y la razón es un pequeño instrumento o juguete de tu cuerpo” (p.63).

Para Nietzsche (2004), en la Grecia arcaica la vida estaba constituida por dos principios fundamentales: “Lo apolíneo, (Apolo) dios de la juventud, la belleza y la razón” (p.246); y, lo dionisiaco (Dionisio) el dios de lo pulsional (Trieb) y, en ese sentido, de la voluntad de la fuerza y la desmesura, de la intuición, de la embriaguez, de lo caótico y el arte de la música” (p.246). Dichas figuras o metáforas le sirven a Nietzsche para designar una parte de la realidad o para expresar la vida en su conjunto. Ambos opuestos son dos símbolos mutuamente necesarios, ya que la falta de uno de los dos corrompería y negaría por completo la vida. Dicho equilibrio y armonía se quiebra, porque la cultura normativa-racional ha glorificado lo apolíneo y ha satanizado y despreciado lo dionisiaco, invisibilizando esta dimensión esencial de la vida. En este sentido, la tragedia ática es el resultado de la fusión entre los instintos antagónicos de lo apolíneo y lo dionisiaco. En el texto *El nacimiento de la tragedia*, Nietzsche describe esta dualidad así:

“Con sus dos divinidades artísticas, Apolo y Dioniso, se enlaza nuestro conocimiento de que en el mundo griego subsiste una antítesis enorme, en cuanto a origen y metas, entre el arte del escultor, arte apolíneo, y el arte no-escultórico de la música, que es el arte de Dioniso: esos dos instintos tan diferentes marchan uno al lado de otro, casi siempre en abierta discordia entre sí y excitándose mutuamente a dar a luz frutos nuevos y cada vez más vigorosos, para perpetuar en ellos la lucha de aquella antítesis, sobre la cual sólo en apariencia tiende un puente la común palabra «arte»: hasta que, finalmente, por un milagroso acto metafísico de la voluntad helénica, se muestran apareados entre sí, y en ese apareamiento acaban engendrando la obra de arte a la vez dionisiaca y apolínea de la tragedia ática” (Nietzsche, 2004, p.40)

12. El hombre racional y el intuitivo según Nietzsche

Para Nietzsche, el *hombre racional*⁶⁹, normativo y moralista, por un lado y el *hombre intuitivo*⁷⁰, por otro lado, personifican dos percepciones *de la vida*.⁷¹ El primero, se rige por conceptos y racionaliza todo. El hombre racional piensa que al darle sentido a las cosas estas lo conducen a la *verdad*⁷² como la conocemos. El segundo, vive sin estar sujeto a la severidad de las

⁶⁹ Nietzsche (1996) lo compara con el hombre estoico: “Aquel que se comporta instruido por la experiencia y auto controlado a través de los conceptos; el que busca habitualmente sinceridad, verdad, emanciparse de los engaños, y protegerse de las incursiones seductoras (...)” (p.38). En otras palabras, el hombre racional imbricado en el hombre estoico, devela el mismo placer mísero frente a la vida, es decir, una vida basada en el dominio razonable de los hechos, en las cosas y las pasiones que perturban la vida, prohibición y abstinencia para huir hurtadillas del sufrimiento y del dolor.

⁷⁰ Nietzsche (1996) compara al hombre intuitivo con el hombre que en la “Grecia Antigua maneja sus armas de manera más potente y victoriosa que su adversario, puede, si, las circunstancias son favorables manejar una cultura y establecer el dominio del arte sobre la vida” (p.37). Lo anterior denota que el hombre intuitivo va de frente al peligro con sagacidad y arrojo. No se amedrenta ante el sufrimiento y el dolor, debido a que al ser irracional sufre más a menudo porque no sabe aprender de la experiencia, pudiendo tropezar nuevamente con la misma piedra. No obstante, esta dificultad es capaz de transformarla en provecho para la vida.

⁷¹ Véase nota a pie de página (70)

⁷² En *Sobre verdad y mentira en sentido extramolar*, Nietzsche señala que la verdad no reside en el juicio, ni en la adecuación del intelecto con el objeto, ya que la realidad es cambiante y no estática. En este sentido, la verdad es: “¿Una multitud

normas que marcan las pautas sociales. El modo de vida del hombre intuitivo, comprende que si racionaliza todo, se obliga a ser un esclavo de la monotonía. Es decir, se llega a una vida sin placer y sin querer, debido a que todo está preestablecido por el convencionalismo del hombre racional.

En el texto, *Sobre verdad y mentira en sentido extramolar*, Nietzsche describe estos dos tipos de vida así:

Hay periodos en que el hombre racional y el hombre intuitivo caminan juntos; el uno angustiado ante la intuición y el otro mofándose de la abstracción; es tan irracional el último como poco artístico el primero. Ambos ansían dominar la vida: este sabiendo afrontar las necesidades más imperiosas, mediante la previsión, prudencia, y seguridad; aquel sin ver, como héroe desbordante de alegría, esas necesidades y tomando como real solamente la vida disfrazada de apariencia y belleza. (Nietzsche, 1996, p.37)

Ambos desean someter la vida de manera diferente. El hombre racional procura hacerla de manera moderada. El hombre intuitivo de manera extrema e indescifrable. Así pues, la vida conducida solo de manera racional se convierte en una mecanicidad descifrada de la que por anticipado se percibe cuál será su desenlace. La vida se vuelve rutinaria y monótona, porque se desea y actúa si las condiciones denotan un final feliz. Por el contrario, el modo de vida del hombre intuitivo es irracional y poco se interesa por las consecuencias de una acción. Actúa cuando las situaciones así lo precisan. Él vive la vida, por un lado, despreocupado frente a lo que pueda ocurrir en el final de esta. Por otro lado, vive con intensidad tanto los sentimientos de placer y goce, cómo los de dolor y sufrimiento. En suma, el hombre racional es aquel que se ciñe a la *moral de rebaño*,⁷³ la cual se rige por valores decadentes y preestablecidos que denigran de la vida y, el hombre intuitivo es quien crea sus propios valores según sus capacidades y fuerzas de valorar e interpretar.

en movimiento de metáforas, metonimias, antropomorfismos; en una palabra, un conjunto de relaciones humanas que, elevadas, traspuestas y adornadas poética y retóricamente, tras largo uso el pueblo considera firmes, canónicas y vinculantes: las verdades son ilusiones de las que se ha olvidado que lo son, metáforas ya utilizadas que han perdido su fuerza sensible, monedas que han perdido su troquelado y no son consideradas ahora como monedas sino como metal” (Nietzsche, 1996-a, p.25). Es decir, Nietzsche ve en el lenguaje metafórico más simetría con la realidad cambiante, ya que respeta la pluriformidad y el movimiento de la realidad. Lo que conocemos como verdad, nos es más que una utilidad social o una mentira que hemos aceptado como verdad para poder vivir en sociedad.

⁷³ Para Nietzsche (1996), “la moral de rebaño es aquella moral de esclavos que profesa el cristianismo. En esta, el individuo no crea los valores, los encuentra ante sí. El esclavo es débil y cobarde; siente resentimiento hacia el poderoso y proclama unos valores que hacen su vida más soportable: prudencia, templanza, caridad, comprensión, paciencia, misericordia, humildad. La moral del esclavo es vulgar, uniformiza, es gregaria, sus valores expresan las necesidades del rebaño. La moral se hace decadente, se vuelve contraria a la vida: La rebelión de los esclavos en la moral comienza cuando el resentimiento mismo se vuelve creador y engendra valores: el resentimiento de aquellos seres a quienes les está vedada la auténtica reacción, la reacción y que se desquitan únicamente con una venganza originaria” (p.43). Por el contrario, “toda moral noble, nace de un triunfante si dicho a sí mismo, la moral de esclavos dice no. La moral noble busca de opuestos para decirse si así misma, con mayor agradecimiento” (p.43).

En síntesis, el hombre racional se angustia por sobrevivir, es decir, no asume riesgos debidos a todos los infortunios que le presenta la vida. El hombre intuitivo se preocupa por vivir y toma las adversidades como una posibilidad de superación. El hombre racional, “guiado por conceptos y abstracciones conjura las desgracias mediante ellas y aspira a liberarse de los dolores lo más posible. En cambio, el hombre intuitivo aposentado en la cultura, consigue gracias a sus intuiciones (...) un flujo constante de claridad, animación y liberación” (Nietzsche, 1996, p.38). Es decir, el hombre racional, mediante el concepto y las abstracciones, el *lenguaje*⁷⁴, ha olvidado que el concepto no representa las particularidades de los objetos, lo que por consiguiente devela que la verdad o la designación de las cosas es una ilusión o un engaño. En cambio, el hombre intuitivo gracias a la intuición puede afrontar la vida con más claridad y creatividad. Además, pone en práctica la sentencia de Nietzsche: “De la escuela de la vida: Lo que no me mata me hace más fuerte” (Nietzsche, 1989, p.30).

Así pues, descritas las principales características del hombre intuitivo y del hombre racional, lo cual ha permitido que se considere sí, es más apropiado para la vida, apearse a las normas rígidas que regulan las relaciones, aunque con ellas se rechace y se niegue la vida, o vivir la vida de manera natural sin restricciones, explayando y gratificando cada uno de los deseos. En este sentido, pasemos a discernir con Nietzsche, ¿quién tiene más poder o decisión frente a la vida, la razón o el instinto? Para dicho propósito exploraremos sus obras, *El crepúsculo de los ídolos* y *Más allá del bien y del mal*.

13. ¿Quién tiene más autoridad, la razón o el instinto?

Nietzsche (2005) indaga si, en lo que respecta a *la apreciación del valor de las cosas*, el instinto merece supremacía sobre la racionalidad. Esta última actúa sobre un *por qué, por unas razones*. Para Nietzsche, la glorificación de la razón, el origen del pensamiento racional en detrimento de los *instintos*, inicia con Sócrates:

Sócrates mismo, ciertamente, había comenzado poniéndose, —con el gusto de su talento— el gusto de un dialectico superior, de la parte de la razón; y en verdad, ¿qué otra cosa hizo Sócrates durante toda su vida más

⁷⁴ Para Nietzsche (1996), “ni la verdad, ni el lenguaje, surgen de la base de un pensamiento lógico y analítico; por el contrario, surgen de la más inmediata potencia creadora, el intelecto, que caracteriza a la humana existencia: crear metáforas, simbolizar, narrar significadamente la realidad: Los diferentes lenguajes, comparados unos con otros, ponen en evidencia que con las palabras jamás se llega a la verdad, ni a una expresión adecuada pues, en el caso contrario no habría tantos lenguajes” (p.22). En otros términos, ni el lenguaje, ni el conocimiento dan cuenta de la realidad cambiante, tan solo sirven para fingir y mentir, y así poder vivir. Mentir para vivir es una estructura de la vida.

que reírse de la torpe incapacidad de sus aristocráticos atenienses los cuales eran hombres de instinto y no podían dar razones de su obrar? (Nietzsche, 2005, p.131)

Sócrates no es solamente quien instaura la hegemonía de la razón sobre los instintos, sino que es también quien aniquila la *tragedia griega*, debido a que rompe el equilibrio entre los impulsos apolíneos y dionisiacos. Sócrates hace desaparecer al hombre trágico, ya que se cree capaz de resolver la complejidad de la vida gracias a la razón. Es decir, Sócrates pone la racionalidad en lugar de los instintos. Nietzsche llega a esta conclusión basado en que la Grecia Antigua era una civilización que no perseguía una justificación racional de la vida. En ella, no se daba un por qué de las cosas, solamente se actuaba por instinto, lo que determinaba pautas de conducta de la Grecia Antigua, sin definir si la acción era buena o si tendría consecuencias penosas.

Lo que se comprende como verdad en este mundo dotado de un sentido racional y normativo, es una apariencia que no corresponde con la naturaleza del mundo y de la vida. Este mundo racional no es más que un consuelo entre el mundo real, sin leyes y el hombre: “Heráclito tendrá eternamente la razón al decir que el ser es una ficción vacía: El mundo aparente es el único: el mundo verdadero no es más que un añadido engañoso” (Nietzsche, 1989, p.46). En este sentido, se comprende, por un lado, la génesis del malestar que causa sobre la vida la norma moral-racional al ser antinatural e ilusoria. Por otro lado, se intuye la insuperabilidad de la tensión entre, cultura y norma, debido a que esta última permite cierta estabilidad, orden y consuelo en este mundo caótico, pero denigra y desconecta al hombre de la vida instintiva. De ahí que el hombre necesite crear la moral, los valores, para convivir en sociedad, aunque se caractericen por su antinaturalidad e impongan leyes e imperativos que van en contra de los instintos primordiales de la vida.

Según Nietzsche (1989), “Sócrates era un decadente y un enfermo al darle más valor a la razón por encima de los instintos: Síntoma de decaimiento, instrumento de la disolución griega, pseudogriego y antigriego” (p.38). Decadencia y enfermedad que queda legitimada mediante la ecuación: “Razón= virtud= felicidad” (Nietzsche, 1989, p.39). En otras palabras, dicha ecuación llevó a la petrificación de la razón como norma suprema y valor absoluto de la reglamentación social y de la aspiración de los hombres. Sócrates logró fascinar a los griegos y luego a la sociedad occidental, debido a que gracias al autocontrol de la racionalidad logró dominar los impulsos

instintivos, reorientándolos hacia un solo cauce o desembocadura, *lo bueno*⁷⁵: “Sócrates logró controlar la madriguera de todos los apetitos malos, llegando a ser dueño de sí” (Nietzsche, 1989, p.42). Es decir, la razón se entronó como una cura contra la enfermedad de los instintos.

En suma, según Nietzsche (1989), la autoridad de la razón sobre los instintos permitió enarbolar una luz diurna constante contra la oscuridad de los instintos, debido a que cada concesión a los instintos conduce a lo desconocido, a lo inconsciente, hacia abajo, y por ende a lo malvado en el hombre. De este modo, Sócrates nos convenció de que la razón sea lo categórico y determinante en la vida humana. Sócrates, con la idea de que la racionalidad era la salvadora, nos puso ante la elección: “O bien perecer o bien— ser absolutamente racionales” (Nietzsche, 1989, p.42). De ahí que Nietzsche señale que el moralismo de todos los filósofos griegos desde Platón y del *cristianismo*⁷⁶ se fundamenten en la ecuación: Razón=Virtud=Felicidad. Es decir, hay que emular a Sócrates e implantar la luz permanente de la razón sobre lo que conduce hacia abajo, los instintos. Así, Sócrates establece en el mundo la idea de moralidad, donde lo bueno surge de la luz de la racionalidad; y lo malo de los oscuros instintos.

Para Nietzsche, el hombre antes de ser razón es instinto. Nietzsche (2005) lo expone de la siguiente manera: “A nuestro instinto más fuerte, al tirano que hay dentro de nosotros, se somete no solo nuestra razón, sino también nuestra conciencia” (p.158). Nietzsche expone la preeminencia de los instintos, inconsciente e inmediata, como la más elevada expresión frente a la vida, en lugar de la actividad razonada y consciente. De ahí que Nietzsche considere, igual que en Freud, que la actividad instintiva e inconsciente, sea el determinante del quehacer humano.

⁷⁵ “En el mundo racional, lo bueno y lo malo de los juicios morales se deducen así: nadie quiere causarse daño a sí mismo, de aquí que todo lo malo (schlecht) acontece de manera involuntaria. [...]. Según esto el hombre malo, es malo solo por error; si alguien le quita su error, necesariamente lo vuelve bueno” (Nietzsche, 2005, p.190). Es decir, el hombre es malo no por naturaleza, ni por constitución, sino por error, lo que lleva a la moral en su ideal a tratar de convertir al hombre en bueno. Nietzsche está en desacuerdo con la idea Socrática de que solo hay un modo de vida bueno, el cual es racional y un modo de vida malo instintivo: “La moral contractual, es decir, casi toda la moral hasta ahora enseñada, venerada y predicada se dirige, por el contrario, precisamente contra los instintos de la vida. [...]” (Nietzsche, 1989, p.58). Por consiguiente, si los seres humanos son racionales y tienden hacia lo bueno, la normatividad moral debe ser aplicada a todos por igual, debido a que todos tienden actuar de la misma manera. No hay espacio para los que quieran ser y actuar diferentes a la normatividad moral. Para Nietzsche (1989), “es una ingenuidad que el hombre debería ser de este y de aquel modo. La realidad nos muestra una riqueza fascinante de tipos, la exuberancia propia de un prodigio juego y mudanzas de formas” (p.58).

⁷⁶ La fascinación y la trasmigración del ideal socrático, fue inveterado tanto por el cristianismo como por la filosofía a lo largo de generaciones en contra de la vida. Este ideal o ecuación dimanó el desprecio más radical frente a los instintos, a merced de la exaltación de la razón. Además, lo anterior explaya el sentido decadente y débil a la que es subyugada la vida mediante la razón; una vida sin júbilo, sin sorpresa, fatalista en su máximo esplendor, que solo desea seguridad: “El reducir algo desconocido a algo conocido alivia, tranquiliza, satisface, proporciona un sentimiento de poder. Con lo desconocido viene dados el peligro, la inquietud, la preocupación, (...)” (Nietzsche, 1989, p. 66).

Lo anterior lleva a Nietzsche (1989) a plantear las siguientes hipótesis: Sócrates no tuvo la capacidad de actuar instintivamente; sus acciones no son el resultado de la fusión de la dualidad, instinto y razón. Sócrates le dio autoridad al tirano de la racionalidad, sobre el tirano de los instintos: “Los instintos quieren hacer de tirano, hay que inventar un contratirano que sea más fuerte” (Nietzsche, 1989, p.42). La anterior decisión degeneró en una actitud negativa sobre la vida. De ahí que sea un decadente, al tasar mediante juicios el valor de esta: “Los juicios de valor sobre la vida, en favor o en contra, no pueden, en definitiva, ser verdaderos nunca: Únicamente tienen valor como síntomas, en sí tales juicios son estupideces” (Nietzsche, 1989, p.38).

En conclusión, para Nietzsche, Sócrates inicia el desprecio de los instintos a favor de la racionalidad. Sócrates le dio dominio a la razón sobre los instintos para domeñar los deseos malos del hombre, pero deshonró y negó la vida: “El contratirano más fuerte [la razón, la cual también es un instinto. I.M.] contra el tirano que según Sócrates promulga los excesos, y conmina a todos hacia los apetitos malos” (Nietzsche, 1989, p.42). Según el pensamiento Socrático, el contratirano se impuso como, justificación y remedio necesario para llegar a ser dueño de sí. Sócrates en lugar de *conciliar los instintos* con la razón, le dio autoridad a esta última sobre aquellos, solo para evitar las posibles consecuencias penosas y desagradables de nuestras acciones: “Aniquilar las pasiones, y apetitos meramente para prevenir su estupidez y las consecuencias desagradables de esta, es algo que hoy se nos parece meramente como una forma aguda de estupidez” (Nietzsche, 1989, p.53).

14. El sentimiento de culpa según Nietzsche

Tanto en Freud como en Nietzsche existe una teoría de la culpabilidad que les es común. Ambos se han ocupado del origen de esta idea desde puntos distintos, bien sea desde el antagonismo y la tensión que resulta de la represión que establece la cultura normativa sobre la vida instintiva, o desde el sentimiento de justicia en la humanidad, es decir, el procedimiento que la cultura ha establecido sobre aquel que trasgrede el pacto social en sentido hobessiano. Para Nietzsche (1996-a), el sentimiento de culpa “ha tenido su origen, como hemos visto, en la más antigua y originaria relación personal que existe, en la relación entre compradores y vendedores, acreedores y *deudores*⁷⁷” (p.80). Desde los tiempos primigenios, el hombre ha desarrollado la

⁷⁷ Según Nietzsche (1996-a), “el delincuente es un deudor que no solo no devuelve las ventajas y anticipos que le dieron, sino que incluso atenta contra su acreedor [...]. La cólera del acreedor perjudicado en la comunidad le devuelve al estado salvaje y sin ley, del que hasta ahora estaba protegido [...]. y descarga sobre él una suerte de hostilidad. La pena” (p.82). De esta forma, según Nietzsche, se desarrolla y se aplica el derecho penal

perspectiva de que toda cosa tiene su precio o que en el *canon moral*⁷⁸ de la *justicia*⁷⁹, toda trasgresión de la ley, por su mala acción, puede y debe ser pagada mediante la *pena* o la *sanción*⁸⁰.

Asimismo, según Nietzsche (1996-a), el sentimiento de culpa o la mala conciencia surge, igual que en Freud, de la represión que establece la cultura normativa sobre el animal que llevamos dentro:

Todos los instintos que no se desahogan hacia fuera se vuelven hacia dentro -esto es lo que yo llamo la interiorización del hombre: únicamente con esto se desarrolla en él lo que más tarde se denomina su “alma”. Todo el mundo interior originariamente delgado, como encerrado entre dos pieles, fue separándose y creciendo, fue adquiriendo profundidad, anchura, altura, en la medida en que el desahogo del hombre hacia fuera fue quedando inhibido. Aquellos terribles bastiones con que la organización estatal se protegía contra los viejos instintos de la libertad -las penas sobre todo cuentan entre tales bastiones- hicieron que todos aquellos instintos del hombre salvaje, libre, vagabundo, diesen vuelta atrás, se volvieran contra el hombre mismo. La enemistad, la crueldad, el placer en la persecución, en la agresividad, en el cambio, en la destrucción -todo esto vuelto contra el poseedor de tales instintos: ése es el origen de la “mala conciencia”. El hombre que falto de enemigos y resistencias exteriores, encajonado en una opresora estrechez y regularidad de las costumbres, se desgarraba, se perseguía, se mordía, se roía, se sobresaltaba, se maltrataba impacientemente a sí mismo, este animal al que se quiere “domesticar” y que se golpea furioso contra los barrotes de su jaula, este ser al que le falta algo, devorado por la nostalgia del desierto, que tuvo que crearse a base de sí mismo una aventura, una cámara de suplicios, una selva insegura y peligrosa -este loco, este prisionero añorante y desesperado fue el inventor de la “mala conciencia”. (p.96)

Los instintos se descargan o se vuelcan hacia el hombre mismo, por temor a la pena y al castigo, pero generando en él sufrimiento e infelicidad. De esta forma, la cultura domestica el hombre, ya que lo separa de su mundo animal, mediante el establecimiento de la ley y de la *mala*

⁷⁸ El canon moral o la moral como tal, lo justo y lo injusto, surgen del resentimiento, de la impotencia, es decir, para darle validez a la justicia hay que santificar la venganza o darle cumplimiento al castigo o la pena sobre quien trasgredió la ley: “Sobre lo único que yo llamo la atención es la circunstancia de que esta nueva nuance de equidad científica (a favor del odio, de la envidia, de la sospecha, del rencor, de la venganza) brota del espíritu mismo del resentimiento” (Nietzsche, 1996-a, p.84). A este hombre del resentimiento Nietzsche lo llama hombre reactivo en contraposición al hombre activo, quien es el hombre “agresivo, asaltador, el de la ambición de dominio y el ansia de posesión” (p.84). En otras palabras, mediante la justicia el hombre débil quiere quitarle al activo su agresividad y obligarle a un compromiso que ayude a nivelar las fuerzas entre ambos. Lo anterior según Nietzsche, desconoce la esencia de la vida, su voluntad de poder, porque con ello pasan por alto, “la supremacía del principio que poseen las fuerzas espontáneas, agresivas, creadoras de nuevas interpretaciones y de direcciones” (p.90).

⁷⁹ Para Nietzsche (1996-a), la justicia tradicional se basa en la “buena voluntad entre los hombres de poder aproximadamente igual, de ponerse de acuerdo entre sí, de volver a entenderse mediante un compromiso y con relación a los menos poderosos de forzar un compromiso a esos hombres situados por debajo de uno mismo” (p.81).

⁸⁰ Según Nietzsche (1996-a), “la pena tiene la utilidad de despertar en el culpable o deudor el sentimiento de culpa, remordimiento de conciencia o mala conciencia” (p.92). La pena es lo que ofusca al hombre a no trasgredir el pacto, además, de despertar el sentimiento de culpa en ser humano, la culpa, tanto en Freud como en Nietzsche, es lo que le permite al hombre tener conciencia de que se está pensando o se trasgredió la ley establecida por la justicia.

*conciencia*⁸¹. Sin embargo, la pregunta que se plantea, semejante a como ocurre en Freud, es ¿cómo soltar al animal que llevamos dentro o como darle gratificación a cada una de las pulsiones que emergen naturalmente de nuestro cuerpo sin hacerle daño a otros? Tal gratificación, sería posible, si nos regresáramos al estado presocial de las cavernas, pero en el estado contractual es inviable. Es decir, mientras convivamos en sociedad, será imposible superar el malestar que generan las limitantes culturales sobre la constitución biológica del hombre, debido a que, es utópico gratificar todas las pulsiones en la medida en que se pone en riesgo la comunidad.

Hasta aquí se ha expuesto, las posiciones y las concepciones según Freud y Nietzsche, acerca de la constitución instintiva del hombre. Nietzsche tiene una comprensión dualista de la vida, de acuerdo con la cual ambos instintos, Apolo y Dionisio, deben actuar a la par, sin temor a las consecuencias de sus acciones. Freud también tiene una concepción dualista de la vida. Para este autor, la dinámica de la existencia debe ser entendida mediante el binomio pulsional de vida (Eros) y de muerte (Thanatos). No obstante, tanto Freud como Nietzsche son conscientes de la supremacía de los instintos sobre la racionalidad. Pero a diferencia de Nietzsche, Freud, ve la necesidad de hacer consciente y racional lo inconsciente e irracional y de que la pulsión de vida logre dominar la pulsión de muerte, aunque dichos ideales no terminen de realizarse nunca por completo. En cuanto a Nietzsche, pareciera que por momentos hiciera un llamamiento a la desinhibición total de los instintos. No obstante, su tipo humano ideal no apunta a un ser natural y amoral, sino que su fin es resaltar los prejuicios de la glorificación de la razón en perjuicio de la vida instintiva. Lo que Nietzsche quiere mostrar es que el ser humano debe *equilibrar*⁸² las necesidades de los instintos con las demandas y exigencias de la razón

IV. La insuperabilidad del malestar que generan las demandas de la cultura normativa sobre la vida instintiva

⁸¹ Nietzsche (1996-a) también señala que la mala conciencia “fue apadrinada por el estado, para dominar la agresividad natural y el instinto de libertad en el hombre, y que acaba por descargarse y desahogarse sobre sí mismo” (p.105). El que se sacrifica así mismo, según Nietzsche (1996-a) ese placer pertenece a la crueldad a la voluntad de maltratarse, ya que los instintos deseaban o perseguían otra cosa. Es decir, el hombre termina sufriendo por su propia constitución biológica. Lo mismo que en Freud, los instintos se convierten en demonios o en lo que conduce hacia abajo por la utilidad y reglamentación de la cultura.

⁸² El tipo de hombre equilibrado que anhela Nietzsche (2012), es aquel que “responde a todo tipo de estímulos con la lentitud que le han inculcado, una larga prudencia y un orgullo deliberado; examina la seducción que se aproxima, pero dista mucho de ir a su encuentro. No cree en la mala suerte, ni en la culpa; está bien consigo mismo y con los demás. Sabe olvidar; es lo suficiente fuerte para hacer todo lo que le conviene” (p.16). Asimismo, este tipo de hombre es aquel que “habitúa su ojo a la calma y deja que las cosas se le acerquen; aprende a aplazar el juicio, a rodear y el caso particular de todos los lados [...]. No reacciona enseguida a un estímulo, sino que controla los instintos que ponen obstáculos, que aíslan, estos es, voluntad fuerte” (Nietzsche, 1989, p.83).

El presente capítulo tiene la finalidad de señalar los argumentos que demuestran la insuperabilidad del malestar que generan las demandas de la cultura normativa sobre la vida instintiva. Para este propósito se describe, en primer lugar, cómo para Freud la inclinación hacia lo malo en el ser humano es el principal escollo para superar dicho malestar. En segundo lugar, se señala, por un lado, la falta de reflexión y de plasticidad de la norma, frente a la maleabilidad y lo intempestivo de la vida instintiva. Por otro lado, se indica cómo la ambivalencia de la norma posibilita en la cultura relaciones de poder y de dominio de una minoría sobre una mayoría. En tercer lugar, se indica de qué manera la imposición de normas regulativas genera un tipo de relación entre los hombres, marcadas por la apariencia y la hipocresía, en lugar de la sinceridad. En cuarto lugar, se expone cómo la clasificación de los instintos en, buenos y malos, acrecientan el malestar, debido a que lo malo no es peligroso para el *yo*, sino por el contrario es, algo que este desea. Finalmente, se plantean las conclusiones finales, en las cuales se compendian los argumentos de la insuperabilidad del malestar, y se señalan las sugerencias que propone Freud para aliviar dicho malestar.

15. La naturaleza maligna del ser humano

Según Freud (2017), por un lado “el ser humano construye la cultura en un intento de la pulsión de Eros/vida por superar la pulsión de muerte” (p.122). Por otro lado, “la agresividad humana es una disposición pulsional, una tendencia intrínseca de la naturaleza humana a la par de la sexualidad y como instinto exige gratificación” (p.125). De este modo, el *instinto de agresión* se convierte en la principal dificultad para la cultura en aras de construir lazos libidinales entre los seres humanos. Para Freud, el triunfo de la cultura en su lucha por la vida dependerá de la maleabilidad de la tensión de estos dos titanes, pero, sobre todo, de la imposición y del dominio de la pulsión de vida sobre la de *destrucción*⁸³. En este sentido, “el destino de la especie humana será decidido por la circunstancia de sí y hasta qué punto, el desarrollo cultural logrará hacer frente a las perturbaciones emanadas del instinto de agresión” (Freud, 2017, p.151).

La naturaleza maligna en el hombre impele a la cultura a imponer límites y prohibiciones, con el objetivo de garantizar el desarrollo y bienestar de la humanidad. Para Freud (2017-a), “dicha

⁸³ “Solo nos queda esperar hasta que la otra de ambas potencias celestes, el eterno Eros, despliegue sus fuerzas para vencer en la lucha con su no menos inmortal adversario” (Freud, 2017, p.151).

inclinación del hombre hacia lo *malo*⁸⁴ o *mal radical*⁸⁵ *es imposible de extirpar*” (p.168). Lo anterior lleva a señalar la inviabilidad de la superación de la tensión entre la naturaleza maligna originaria de los seres humanos y la cultura normativa, debido a que la no imposición de restricciones sobre dicha pulsión de muerte conllevaría la desintegración de la sociedad, lo que lleva a que el malestar sea perenne e imposible de superar. Es decir, mientras la cultura no pueda pulverizar de manera definitiva dicha inclinación, será también inviable superar al mismo tiempo la insatisfacción derivada de la represión de la cultura sobre los instintos constitutivos del hombre.

En este sentido, Freud construye su estructura de la personalidad, el *ello*, *el yo* y *el súper-yo*, con el objetivo de elucidar el comportamiento humano y con el fin de mostrar las dos pulsiones constitutivas en el hombre, tanto la de vida, como la de muerte y así lograr mediante la formación de un *yo* racional y fuerte, el dominio de las pulsiones temerarias que pondrían el riesgo la vida. Para dicho cometido, Freud, no pone a la conciencia en el centro de las fuerzas que motivan el comportamiento humano, sino a las *energías libidinales* provenientes del inconsciente, es decir, del *ello*. En consecuencia, para Freud, los individuos no logran dominar de manera consciente sus acciones. Por el contrario, las acciones son el resultado de un complejo conjunto de reacciones del *yo* a los deseos provenientes del *ello* y del *superyó*.

A pesar de las tendencias del pensamiento de Freud a aprehender la unidad psicosomática del ser humano, prevalece una originaria separación entre la naturaleza y la cultura. En otras palabras, Freud, mediante su estructura tripartita de la personalidad, no logra conciliar dicha constitución originaria en el hombre y la cultura, debido a que la mera imposición de preceptos no tiene la fuerza suficiente para abolir la agresividad constitutiva del ser humano. Es decir, los instintos, y, sobre todo, los agresivos y malvados se imponen en muchas ocasiones a la racionalidad de la conciencia. En consecuencia, sostener que la cultura, mediante la norma, los valores y el interés de cooperar por medio del trabajo garantizan de manera plena la vida en la sociedad, carece

⁸⁴ Según Freud (2017-a), “ni la educación, siendo un medio de la cultura, ha logrado pulverizar el mal constitutivo en el hombre: “En la necesidad de un proceso evolutivo supondrá que tal evolución consiste en que las malas inclinaciones del hombre son desarraigadas en él, y sustituidas, bajo el influjo de la educación y de la cultura circundante, por inclinaciones al bien. Esta respuesta integra un principio que hemos de rebatir. En realidad, no hay exterminio del mal” (p.168). Según Freud, no hay exterminio del mal, porque la esencia fundamental del hombre consiste en impulsos instintivos de naturaleza elemental, iguales en todos y tendentes a la gratificación de de necesidades instintivas.

⁸⁵ Para Freud (2017-a), “la posible transformación de los instintos malos por parte de la cultura es obra de dos factores que actúan en igual sentido, uno exterior y uno interior. El interior es el flujo ejercido sobre los instintos malos egoístas, por el erotismo, esto es por la necesidad de amor, así los componentes eróticos transforman los instintos egoístas en instintos sociales. El factor exterior es la coacción de la educación, que representa las exigencias de la civilización circundante y es luego continuada por la acción directa del medio civilizado” (p.169).

en cierta medida de veracidad, debido a que esto solo garantiza cierto grado de seguridad o prevención frente a la maldad del otro: “El interés que ofrece la comunidad de trabajo no bastaría para mantener su cohesión, pues las pasiones instintivas son más poderosas que los intereses racionales” (Freud, 2017, p.111).

16. La falta de reflexión y plasticidad en la norma

Ahora bien, a pesar de que el establecimiento de la cultura normativa posibilita en cierta medida las relaciones humanas entre los hombres, esta, por un lado, en la práctica resulta ser poco reflexiva y carente de plasticidad, es decir, la norma resulta ser estática y poco elástica frente a lo intempestivo de los instintos; pero además, posibilita las relaciones de dominio y de explotación, es decir, el significado ambivalente de la norma facilita la dominación de una minoría sobre una mayoría, lo que hace que se agudice el malestar del hombre frente a la cultura. Además, favorece, en contra de lo que afirma Hobbes en el *Leviatán*, que el *fuerte*⁸⁶ siga fijando las pautas sociales y económicas de acuerdo a sus intereses.

Iniciemos, pues, con la falta de reflexión y de plasticidad de la norma, para luego explicar el lado oscuro y ambiguo de esta.

16.1 La falta de reflexión de la norma

La falta de reflexión de la norma radica en que todo está prescrito desde los primeros años de vida, gracias a la interiorización de las normas y de los valores morales de los padres. Dicha interiorización es el reflejo del *ideal del yo*, enseñanza que recibe el niño del padre, a través de la cual aprende y diferencia lo que es aceptable e inaceptable en la sociedad. Desde la infancia se prescribe todo, bien sean las orientaciones sexuales cómo las religiosas. A su vez, *los padres*⁸⁷ introyectaron su cultura y sus valores en el *yo infantil*. En este sentido, los padres se convierten en la norma moral y en la conciencia moral, formadas en el proceso de introyección.

⁸⁶ “Tendrá eternamente la razón Trasimaco al decir que la justicia no es otra cosa que lo que es más provechoso al más fuerte. Trasimaco mantiene que la Justicia es el medio del que se vale el que manda para obtener provecho del que obedece; la justicia no es otra cosa que lo más conveniente para el más fuerte, el cual consigue que los dominados asuman como propios los valores y propuestas del dominador” (Platón, 1988, p.78).

⁸⁷ Conviene señalar y aclarar que dicha formación que recibe el niño por sus padres es determinada por el sistema imperante o dominante: “Éste sistema dominante es el que se legitima bajo un conglomerado de instituciones, iglesias, partidos políticos, escuelas públicas y privadas; A.I.E, aparatos ideológicos del estado en el lenguaje de Louis Althusser, a la cultura” (Althusser, 1997, p.30). Es decir, el niño se encuentra con una sociedad preestablecida y determinada que lo impele a seguir, sin tener en cuenta si este reflexivamente desea ceñirse a dicho modelo.

La conciencia moral adquiere la personalidad de la figura de los padres, su poder, su severidad y su tendencia hacia la vigilancia y al castigo. En dicha interiorización, el niño aprende y hereda todo el tradicionalismo cultural, sin que desarrolle necesariamente la capacidad de reflexionar críticamente sobre el canon moral. Es decir, la cultura da por sentado que, desde la infancia, todos los seres humanos acepten sin más las normas y las formas de comportamiento que posibilitan el desarrollo cultural y se amolden a ellas. En este contexto cabe señalar que, según Freud, la infancia es el periodo más importante en la formación de la persona. En comparación con otras especies animales, al nacer el ser humano se encuentra inacabado. Nace sin formación alguna. Esta debilidad innata le aboca a una protección y en consecuencia a una influencia más prolongada de los padres. No obstante, dicha interiorización cultural por medio de los padres es insoslayable, debido a que sólo de esa forma es posible educar y sensibilizar al niño en función de normas y valores. La prescripción normativa desde la infancia, sin una correspondiente capacidad reflexiva del niño, es expuesta por Freud de la siguiente manera:

¿No se percata de que es un imborrable defecto congénito de nuestra cultura, de toda cultura, imponer al niño apasionado y de corto entendimiento unas decisiones que sólo puede justificar la inteligencia ya madura del adulto? Sin embargo, es imposible evitarlo, puesto que el desarrollo secular de la humanidad tiene que comprimirse en un par de años de la niñez, y sólo unos poderes afectivos pueden mover al niño a dominar las tareas que se le plantean. (Freud, 1992-c, p.50)

Otro ejemplo, que testimonia la falta de reflexión de la norma, es cómo en la cultura normativa la sociedad piensa o actúa según lo que le determine su *hipnotizador* o su *líder*. Es decir, el hombre es un *ser gregario* que sigue lo que piensan las mayorías. En lo referente al instinto gregario en *Psicología de las masas*, Sigmund Freud (1992-b) indica que para *Le Bon*⁸⁸ “por el solo hecho de integrar una multitud, los individuos adquieren una especie de alma colectiva que los hace actuar, experimentar y pensar de manera diferente a como lo harán de manera individual” (p.75). La personalidad peculiar e individual desaparece para dar paso a lo homogéneo y a lo colectivo: Freud, citando a Le Bon, expone esa idea de la siguiente manera:

⁸⁸ Fue un sociólogo y psicólogo social. En cuanto a su simetría epistemológica con Freud, este último se inscribe en el análisis de las masas no por la vía de la definición, sino por lo que él nombra campo de fenómenos a los que considera como fuente de hechos, sobre todo, llamativos y característicos, y se sirve de Le Bon para obtener ambas cosas: “Para comenzar, creo más oportuno que dar una definición, hacer referencia al campo de fenómenos, y extraer de él algunos hechos particularmente llamativos y característicos que puedan servir de asideros a la indagación. Obtendremos ambas cosas citando un libro que con justicia se ha hecho famoso, el de Le Bon, *Psicología de las masas*” (Freud, 1992-b, p.69).

En la masa opina Le Bon desaparecen las adquisiciones de los individuos y, por tanto, su peculiaridad. Aflora el inconciente racial, lo heterogéneo se hunde en lo homogéneo. Diríamos que la superestructura psíquica desarrollada tan diversamente en los distintos individuos es desmontada, des- potenciada, y se pone al desnudo (se vuelve operante) el fundamento inconciente, uniforme en todos ellos. (Freud, 1992-b, p.76)

Asimismo, “tan pronto los seres vivos se encuentran reunidos en cierto número, trátase de un rebaño de animales o de una multitud humana se ponen instintivamente bajo la autoridad de un jefe” (Freud, 1992-b, p.77). Es decir, la masa es un rebaño dócil que nunca puede vivir sin su jefe, sin su hipnotizador. La masa se subordina y obedece a cualquiera que se designe con ser su señor. Este jefe, debe tener las mismas ideas y creencias que la masa. Además, debe poseer una voluntad poderosa que la masa sin voluntad acepta. En la masa, el sujeto se masifica renunciando a su *ideal del yo*, reemplazándolo por el ideal de la masa, encarnado en el jefe. Eso es justamente todo lo contrario de una *norma y actitud reflexiva* como garantes de una sociedad, lo cual le permitiría al sujeto alejarse de la masa y tomar, mediante la reflexión, sus propias decisiones frente a la vida.

De este modo, Freud llega a las siguientes conclusiones:

La primera, que evidentemente la masa se mantiene cohesionada en virtud de algún poder. ¿Y a qué poder podría adscribirse ese logro más que al Eros, que lo cohesiona todo en el mundo? En segundo lugar, si el individuo resigna su peculiaridad en la masa y se deja sugerir por los otros, recibimos la impresión de que lo hace porque siente la necesidad de estar de acuerdo con ellos, y no de oponérseles; quizás, entonces, por amor de ellos. (Freud, 1992-b, p.88)

En este sentido, Freud (2017) señala, por un lado, que “de los extensos ligamientos afectivos entre los seres humanos en cuanto a la masa social dan como resultado o bastan para explicar uno de sus caracteres: La falta de autonomía y de iniciativa en el individuo; la uniformidad de su reacción con la de todos los otros; y, su rebajamiento a individuo-masa, por así decir” (p.111). Por otro lado, acota que, analizada más de fondo o considerada como un todo, la masa dice algo más, es decir, el sometimiento a la masa permite elucidar lo siguiente: “Los rasgos de debilitamiento de la actividad intelectual, desinhibición de los afectos, incapacidad de moderarse y de diferir la acción, tendencia a trasgredir todas las barreras en la exteriorización de los sentimientos y a su total descarga en la acción” (Freud, 2017, p.111).

En conclusión, según el psicoanálisis freudiano, la falta de reflexión en la norma, acrecienta el malestar, por un lado, en la medida en que, el hombre actúa en la sociedad o masa, según determinaciones externas, pero nunca según sus propias convicciones. Por otro lado, debido a que

el niño se encuentra con una tradición o una cultura normativa que ha prescrito todo, sin tener en cuenta si éste, aprueba o desaprueba en su quehacer cotidiano. Es decir, el hombre termina siguiendo las pautas y tradiciones que determinen sus líderes, sin cuestionarse la validez de dichas argumentaciones. Además, cabe señalar que, el instinto gregario o el sometimiento del hombre a la masa, no es constitutivo de los seres humanos. Éste se forma ante la necesidad de conservación y protección del hombre frente a la naturaleza y frente a los demás seres humanos que cohabitan en sociedad.

16.2 La falta de plasticidad de la norma.

La falta de *plasticidad en la norma*⁸⁹ se refleja, sobre todo, sustancialmente en su disimetría con las *evoluciones anímicas del individuo*⁹⁰, debido a que, todo estadio evolutivo anterior persiste junto a los que surgen posteriormente. Es decir, las vivencias del pasado, de amor, de maltrato y de destrucción, siempre están presentes a lo largo de la vida del hombre:

Todo estadio evolutivo anterior persiste al lado del posterior surgido de él. El estado anímico anterior no pudo manifestarse en muchos años; a pesar de ello, subsiste, ya que en cualquier momento puede llegar a ser de nuevo forma expresiva de las fuerzas anímicas, y precisamente la única, como si todas las evoluciones ulteriores hubieran quedado anuladas o hubieran sufrido una involucion. (Freud, 2017-a, p.175)

En otras palabras, las evoluciones anímicas del individuo son plásticas, flexibles, imperecederas y pueden *reaparecer en cualquier momento*⁹¹. Por el contrario, la norma siempre es

⁸⁹ En lo referente a la falta de plasticidad de la norma, señalamos que el hombre es un ser humano impredecible e intempestivo que tiende a equivocarse. De ahí que mecanismos que establece la cultura como, la pena de muerte y la cadena perpetua, con el fin de administrar justicia y estabilizar la paz en la sociedad, resulten ineficaces a la hora de controlar la tendencia malvada y cruel del hombre. En el caso de la pena de muerte, esta solo logra eliminar al condenado definitivamente, pero no la maldad constitutiva del hombre. En cuanto, a la cadena perpetua, su aplicación busca privar de la libertad de por vida al condenado, buscando introyectar en él, dolores y sufrimientos que compensen los mismos que causó, pero tampoco logra pulverizar la naturaleza maligna del hombre. Lo anterior nos lleva a plantear los siguientes interrogantes. 1. ¿Con dichos métodos se imparte justicia o venganza? 2. ¿se logra mediante la pena de muerte erradicar la maldad natural del hombre? En mi opinión personal pensaría que no, ya que solo le logra cierto grado de disuasión y temor frente aquel que desee y quiera trasgredir las normas.

⁹⁰ La anterior idea, es decir, la presencia indeleble de los estadios evolutivos anteriores en el hombre, según Freud, se corresponde con lo que Nietzsche (1990) describe en su texto *La Gaya Ciencia, el atavismo*: “Innumerables cosas que la humanidad se apropió en estados primigenios, pero de manera débil y embrionaria que nadie supo percibir las como apropiadas, irrumpen súbitamente a la luz largo tiempo después, tal vez luego de milenios: entretanto se hicieron fuertes y han madurado. A algunas épocas parece faltarles este o aquel talento, esta o aquella virtud, así como sucede con algunos hombres: pero basta con esperar hasta algunos nietos, si se tiene tiempo para esperar, ellos pondrán a la luz del sol la intimidada de su abuelo, aquella intimidad de la que el mismo abuelo nada sabía. *A menudo el hijo es delator de su padre, este se entiende mejor así mismo luego que tiene a su hijo*” (p.34). En otras palabras, los viejos instintos permanecen en el hombre y se manifiestan en sus generaciones futuras, lo que conlleva a que los hábitos y las costumbres no sean fijas, sino que cambian con el transcurrir de los años.

⁹¹ “El estado anímico anterior pudo no haberse manifestado en años; a pesar de ello, subsiste, ya que en cualquier momento puede llegar a ser de nuevo forma expresiva de las fueras anímicas, y precisamente la única, como si todas las evoluciones ulteriores hubieran quedado anuladas o hubieran sufrido una involución” (Freud, 2017-a, p. 174). En otras palabras, “todos los estados primitivos pueden ser siempre reconstruidos; lo anímico primitivo es absolutamente imperecedero” (p.174).

estática e inamovible. Ahora bien, ¿cómo se manifiestan o cómo reaparecen las evoluciones anímicas del individuo? Según Freud (2017-a):

La esencia de la enfermedad mental consiste en el retorno a estados anteriores de la vida afectiva y de la función. El estado de reposo al que aspiramos todas las noches nos ofrece un excelente ejemplo de la plasticidad de la vida anímica. [...] sabemos que al dormirnos nos despojamos de nuestra moralidad, tan trabajosamente adquirida, como de un vestido, y solo al despertar volvemos a envolvernos en ella. (p.175).

Los estados anímicos anteriores se manifiestan por medio de las enfermedades mentales o mediante acciones de maldad o bondad. De ahí que aquellos seres humanos que se conducen como seres civilizados pueden en un momento llegar a ser hombres malvados o destructivos; o por el contrario, los que hoy se conducen como seres incivilizados, puede que más adelante sus instintos retornen nuevamente a un estado de quietud y reposo. Además, dicho estado anímico anterior, resultante por ejemplo de maltratos y su correspondiente *instinto*⁹² de destrucción, pueden reaparecer en cualquier momento de manera inconsciente o consciente, bien sea en el sueño o en la práctica diaria. La reaparición del estado anímico anterior se corrobora a través del *sueño*⁹³, en el cual el hombre es un ser amoral y tiende a gratificar todos sus impulsos primitivos e innatos, ya sean, buenos o malos, egoístas o altruistas. En el sueño, el hombre se despoja de su moralidad y solo al despertar vuelve a arroparse en ella.

17. La cultura normativa como facilitadora de las relaciones de dominio y de poder

“Las leyes son hechas por los dominadores y para ellos, y son escasos los derechos concedidos a los sometidos”.
(Freud, 2017-a, p.190)

A continuación elucidaremos, a través de algunas ideas de Michel Foucault, cómo la ambigüedad de la norma posibilita relaciones de poder y de dominio entre los hombres. Es decir, las normas que surgen ante la necesidad de salvaguardar las relaciones en la cultura, sobre todo, la vida, terminan facilitando y legitimando que una minoría de la sociedad controle, domine y

⁹² Dicha reaparición de los estadios primitivos anteriores, lleva a que, la capacidad de civilización quede suspendida temporalmente o de forma definitiva, hasta tanto se transforme dicho estado o instinto: “Así pues, la transformación de los instintos, sobre la cual reposa nuestra capacidad de civilización, puede quedar anulada de un modo temporal o permanente” (Freud, 2017-a, p.175).

⁹³ “Sólo los sueños pueden darnos noticia de la regresión de nuestra vida afectiva a unos de los primeros estadios evolutivos. Así, por ejemplo, resulta singular que todos nuestros sueños sean regidos por motivos puramente egoístas” (Freud, 2017-a, p.175).

disponga del resto de la sociedad para su beneficio propio. Dejemos que sea Foucault quien ilustre esta idea.

En el texto, *La verdad y las formas jurídicas*, Michel Foucault (1992) describe la era moderna, concretamente la época comprendida entre finales del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX, como una sociedad disciplinaria o de control, en la cual se desarrollan las prácticas penales y la reorganización del sistema judicial —*Beccaria* y *Bentham*—⁹⁴, y en las cuales subyacen relaciones de *poder* y *de saber*.

La sociedad de control, es aquella en la cual, el control social se construye a través de instituciones que crean y legitiman costumbres y necesidades. De ahí que la puesta en marcha de la sociedad disciplinaria garantice la obediencia a sus reglas por medio de las instituciones de secuestro, la prisión, la fábrica, el hospital, la universidad, y la escuela, etc. (Foucault, 1992). En este sentido, toda penalidad del siglo XIX pasa a ser un control, no tanto en función de que lo que efectivamente hagan los individuos esté de acuerdo o en desacuerdo con la ley, sino en relación con lo que estos pueden hacer, son capaces de hacer, están dispuestos a hacer o están a punto de hacer. De este modo,

La noción de peligrosidad significa que el individuo debe ser considerado por la sociedad al nivel de sus virtudes y no de sus actos; no al nivel de las infracciones efectivas a una ley también efectiva, sino de las virtualidades de comportamiento que ellas representan” (Foucault, 1992, p.97).

El nuevo sistema penal del siglo XIX estriba en lo que los individuos pueden hacer en el futuro, y sobre el control de su comportamiento a nivel de sus virtualidades. Este control se entronó gracias a un sinnúmero de poderes laterales al margen de la justicia, los cuales pueden asumir el control de los individuos a nivel de su peligrosidad: “La policía y una red de instituciones de la vigilancia y la corrección” (Foucault, 1992, p.98). Asimismo, se impuso a través de una serie de instituciones pedagógicas que moldearán al individuo hacia un modelo de comportamiento general y que legitima las relaciones de poder: la escuela, instituciones psicológicas o psiquiátricas, como

⁹⁴ Cesare Beccaria (1738-1794), en su *Tratado de los delitos y las penas*, describe el crimen como un hecho individual, aislado, como mera infracción de la ley: es la contradicción con la norma lo que da sentido al delito, sin que sea necesaria una referencia a la personalidad del autor. Y, Jeremy Bentham (1748-1842) con su texto, *Introducción a los principios de la moral y la legislación*, quien, basado en el principio de utilidad, el principio ideal, señala que el bien de una sociedad es la suma de la felicidad de los individuos en esta sociedad y que el fin de la moral es promover el (bien) felicidad de sociedad. De este modo, un principio moral es ideal si su conformidad universal maximizaría la felicidad de la sociedad. Para Foucault (1992), “la teoría de Beccaria se funda en un legalismo escrito. Esta teoría del castigo subordina el hecho y la posibilidad de castigar, a la existencia de una ley explícita, a la comprobación manifiesta que se ha cometido una infracción a esta ley y finalmente a un castigo que tendría como función reparar o prevenir, en la medida de los posible, el daño causado a la sociedad por la infracción” (p.118).

el hospital o el asilo. Foucault (1992) describe esta edad como la “*ortopedia social* o sociedad disciplinaria por oponerse a las *sociedades penales de la edad Media y Antigua*”⁹⁵ (p.98). Es decir, el individuo vive en la edad moderna en una sociedad de vigilancia y de control, que obedece a un tipo de poder, el cual, según Foucault, recibe el nombre de panóptico, es decir, el hombre vive en una sociedad donde reina el panoptismo.

17.1 El panóptico

Foucault (1992), en primer lugar, establece que el *Panóptico*⁹⁶ es “una forma arquitectónica que permite un tipo de poder de espíritu sobre el espíritu, una especie de institución que vale tanto para los hospitales como para las *escuelas*”⁹⁷, las prisiones, las prisiones y las fábricas” (p. 98). En otras palabras, el panóptico se basa en la capacidad de aplicar conductas al conjunto de la población a partir de la idea de que la sociedad está siendo observada. Se busca generalizar un comportamiento característico dentro de unos rangos normales, castigando y corrigiendo las desviaciones o premiando el buen comportamiento. Asimismo, y en segundo lugar, Foucault (1992) describe el panóptico como un sitio en forma de anillo, en medio del cual había un patio con una torre en el centro:

El anillo estaba dividido en pequeñas celdas que daban al interior y al exterior y en cada una de esas pequeñas celdas había, según los objetivos de la institución un niño aprendiendo a escribir, un obrero trabajando, un prisionero expiando sus culpas, un loco actualizando sus locuras. En la torre central había un vigilante y como cada celda daba al mismo tiempo al exterior y al interior, la mirada del vigilante podía atravesar toda la celda,

⁹⁵ Según Foucault (1992), en la edad Antigua, “la justicia se resolverá mediante un poder exterior que se impone a ellos como poder judicial y político, donde los ciudadanos ya no tendrán el derecho de resolver ellos mismos sus litigios” (p.75). En otras palabras, en la edad Antigua el más poderoso imponía su justicia y en quien se concentraba el poder de las armas para inferir sobre los más débiles.

⁹⁶ Para Foucault (1992), “el panóptico es uno de los rasgos característicos de la sociedad moderna. Una forma que se ejerce sobre los individuos a la manera de vigilancia individual y continua, como control de castigo y de recompensa y como corrección, es decir, como método de formación y transformación de los individuos en función de ciertas normas” (p.117). Además, conviene señalar que, el concepto panóptico fue ideado por Jeremy Bentham como un mecanismo aplicable al control del comportamiento de los presos en las prisiones y que luego fue usurpado por el poder dominante para regular las relaciones humanas.

⁹⁷ Cabe señalar que, la escuela se basa “en una especie de poder judicial: todo el tiempo se castiga y se recompensa, se evalúa y se clasifica, se dice quienes le mejor y quien el peor” (Freud, 1992, p.134). Es decir, el sistema escolar actúa o se desarrolla a la par de una sociedad de control o panóptica, es decir, el poder judicial se duplica en el sistema educativo. Además, Freud (1992) se indaga sobre: “Por qué razón para enseñar algo se a alguien ha de castigarse o recompensarse” (p.1344). La respuesta a dicho cuestionamiento según Foucault la encontramos leyendo a Nietzsche: “Puede concebirse un sistema de educación que no se coloque en el seno del aparato sistemático, del poder judicial político y económico” (Foucault, 1992, p.134). Es decir, si queremos una educación de calidad, reflexiva y en simetría con las necesidades de los sujetos, se debe desligar esta de los intereses políticos. Por otro lado, en el texto, *Ideología y aparatos ideológicos del estado*, Althusser(1976) se pregunta sobre lo que se aprende en la escuela: “Se aprende allí algunas habilidades, leer, escribir a contar, pero también se aprenden reglas de buen comportamiento, es decir, de comportamiento que debe observarse, según el puesto que esté destinado a todo agente de la división técnica del trabajo [...] hablando con claridad, reglas de respeto de la división técnica del trabajo y en definitiva reglas del orden establecido por la dominación de clases” (p.17).

en ella no había ningún punto de sombra, y por consiguiente todo lo que el individuo hacía estaba expuesto a la mirada del vigilante que observaba a través de las persianas, de tal modo que podía ver todo sin que nadie pudiera verlo. (p.99)

Así, la observación por parte del vigilante y del profesor, aunque sea invisible para el estudiante y el preso, garantiza que estos comportamientos individuales sean controlados aun cuando no se vigila. Estos sujetos, el preso y el estudiante, conscientes de la posible observación, obedecerán las leyes impuestas con el fin de no ser castigados por la norma. De este modo, la cultura ha restringido el espacio de los sujetos en la sociedad para mantenerlos siempre vigilados y con el objetivo de legitimar la estructura de la *sociedad disciplinaria*. En consecuencia, Foucault demuestra cómo el panoptismo propio de la arquitectura carcelaria no solamente opera en ese espacio para observar los movimientos de los presos o de los estudiantes desde cualquier ángulo, sino que, sobre todo, el panoptismo es una arquitectura de control social que se reproduce en una progresiva cuadrícula de todos los espacios sociales del ser humano.

Asimismo, el uso de mecanismos basados en el principio del panóptico permite que el poder no tenga que ser desempeñado de forma permanente por un determinado individuo, ya que, a diferencia de la Edad Antigua, en la que había un individuo que ejercía el poder y era obedecido, ahora cualquier individuo puede ser virtualmente un representante de dicho poder (Foucault, 1992). Igualmente, el *poder y saber*⁹⁸ ya no se manifiestan como la Edad Media mediante la *indagación*⁹⁹, sino mediante la vigilancia, ya que no se trata ahora de indagar para saber quién tiene la verdad, sino de vigilar sin interrupción para saber quién se conduce según las reglas, de lo aceptable y lo inaceptable. Además, quien vigila no sólo impone su micropoder sobre él, sino que también le implanta un tipo de saber. Es decir, quien tiene el poder, impone un saber y por ende determina una verdad. Foucault (1992) detalla lo anterior así:

⁹⁸ Para Foucault (1992), “quien vigila permanentemente a los otros, no solo ejerce sobre ellos un poder, sino también un saber. Ejemplo, el maestro de la escuela, el jefe de cocina, médico, psiquiatra, director de prisión, y que porque ejerce ese poder tiene la posibilidad no solo de vigilar, sino también de construir un saber sobre aquellos a quienes vigila” (p.100). Esta relación de saber-poder dará origen a las grandes ciencias de la observación: La psiquiatría, la psicología, y la sociología. En otras palabras, la legitimación de dichas ciencias humanas como centro del saber del hombre, le permitirán también ejercer un poder sobre este, debido a que lo han estudiado y clasificado para luego colocarse por encima de él y así interpelarlo y juzgarlo.

⁹⁹ Según Foucault (1992), “este método, la indagación, originariamente se llamaba *visitatio* y consistía en la visita que según los estatutos debía realizar el obispo por las comarcas de su diócesis” (p.80). Además, la indagación será el sustituto del delito fragante, donde se reúnen las personas que pueden garantizar bajo juramento que vieron y que por medio de ellas se puede establecer que algo sucedió. En otras palabras, la indagación (surge en el siglo xii) es un nuevo sistema judicial y racional del establecimiento de la verdad. Según Foucault la indagación es también es un medio o una manera determinada de ejercer el poder, ya que es un proceso de gobierno, una técnica de administración, o una modalidad de gestión” (p.83).

Vigilancia permanente sobre los individuos, por alguien que ejerce sobre ellos un poder; maestro de la escuela, jefe de oficina, médico, psiquiatra, director de prisión, y que, *porque* ejerce ese poder tiene la posibilidad no solo de vigilar, sino de constituir un saber sobre aquellos a quienes vigila. Es este un saber se organiza en torno a la norma, establece que es normal, y que no lo es, que cosa es incorrecta, y que cosa es correcta, que se debe, y que no se debe hacer. (p.101)

Ahora bien, ¿de dónde proceden estos mecanismos e instituciones de control que vigilan y someten al individuo a un determinado modelo de sociedad ideal, pero que reduce las posibilidades de los individuos? Foucault desarrolla una pesquisa histórica por los países de Inglaterra y Francia para determinar su procedencia: “Desde la segunda mitad del siglo XVIII¹⁰⁰ se forman grupos espontáneos de personas, cuáqueros y metodistas, que se atribuyen sin ninguna delegación por parte de un poder superior, la tarea de mantener el orden y crear para ellos mismos nuevos instrumentos para asegurarlos” (Foucault, 1992, p.98). Estos grupos religiosos de personas tenían la misma función del sistema de control, es decir, vigilar y asistir las posibles desviaciones de comportamientos de los individuos, suprimir los vicios, que según ellos, alteraban el cauce normal de las virtudes morales.

En síntesis, podemos señalar que los mecanismos de control, monopolizados por la autoridad dominante, no sólo han permitido establecer el orden sobre el caos en la sociedad, sino que también le han posibilitado al poder central legitimar un sinnúmero de normas que posibilitan el normal desarrollo de las estructuras políticas y económicas. Estas estructuras son mecanismos de control, explotación y dominación. Dichos mecanismos nacieron con una finalidad, pero fueron expropiados por el poder dominante —el Estado— para suprimir, controlar y legitimar su poder.

Foucault (1992) establece como causas de la desviación de la finalidad de dichos mecanismos las siguientes: “La nueva forma que asume la producción. En Inglaterra se da una creciente inversión a acumular capital que no es esencialmente monetario, sino la riqueza representada en tierras y letras de cambios” (p.112). En el siglo XVIII aparece una nueva forma de riqueza que se invierte en un nuevo tipo de materialidad que ya no es monetaria: mercancías,

¹⁰⁰ Foucault describe un ejemplo e instrumento de represión y dominación de las clases ricas sobre las clases pobres, lo fue en la Francia de monarquía absoluta del siglo xviii, la renombrada *La lettre de cachet*: “la cual no era ni una ley ni un decreto, sino una orden del rey, referida a una persona a título individual, por la que se le obliga hacer una cosa.” (Foucault, 1992, p.107.). La *lettre de cachet* era un instrumento de poder y de control de la monarquía francesa para arrestar a una persona, para controlar la acción perturbadora de un individuo. Por consiguiente, la *lettre de cachet* más que ser un instrumento de control, también podía regular las conductas de la moralidad y la religiosidad de los individuos, imponiendo pautas y normas de comportamientos que castigan y corrigen al que no hace lo correcto y que recompensa al que se apega y obedece la norma. Es decir, la *lettre de cachet* es el mecanismo que posibilitaba mediante el terror el funcionamiento de un tipo de sociedad panóptica, donde se vigila y se castiga.

maquinarias, oficinas, y materias primas: “El nacimiento del capitalismo la transformación y aceleración de su proceso de asentamiento se traducirá en este nuevo modo de invertir materialmente las fortunas” (Foucault, 1992, p.112).

De este modo, el capitalista, ante la necesidad de salvaguardar y proteger su riqueza del pillaje y para legitimar su fortuna ante las demás clases sociales, ante los distintos centros del poder, instaura mecanismos de control que permitirán la protección de esta nueva forma material de fortuna (Foucault, 1992). De ahí la necesidad de crear la policía, para que vigile, proteja y haga cumplir las diferentes normas que legitiman las riquezas de clase dominante y que constatan lo que es mío y lo que le pertenece al otro. De ahí también, la razón para que los mecanismos de control que tuvieron su origen en la regulación del orden de las clases pobres fuesen usurpados por el poder dominante.

Finalmente, Foucault (1992) señala otra razón para el establecimiento de la sociedad disciplinaria: “La propiedad rural, tanto en Francia como en Inglaterra, cambiará de forma con la multiplicación de las pequeñas propiedades como producto de la división y delimitación de las grandes extensiones de tierra” (p.113). El surgimiento de la propiedad privada, la nueva distribución espacial y social de la riqueza industrial y agrícola, facilitará la aparición de los controles sociales. Estos nuevos controles obedecen a los intereses del poder, de la clase industrial para sopesar y organizar sus relaciones. Sobre todo, “controles necesarios para la dirección del pillaje campesino de la época y del dominio de vagabundos y desocupados” (Foucault, 1992, p.113).

En conclusión, el aspecto ambiguo de la norma llevó a que la clase social o el poder dominante usurparán y moldearán los mecanismos que surgieron con el objeto de regular las relaciones sociales, en favor de la legitimación de modelos económicos y políticos que sustentan el poder de la clase dominante. Un argumento que utiliza Foucault (1992), para demostrar, por un lado, dicha usurpación y, por otro lado, lo ambivalente de la norma es la “legitimación del *trabajo*¹⁰¹ por parte del sistema dominante como la esencia completa del hombre” (p.138). Foucault sostiene que el trabajo no es la esencia del hombre, debido a que su importancia solo radica en que

¹⁰¹ “Lo que yo quisiera dejar claro es que el trabajo no es en absoluto la esencia del hombre o la existencia del hombre en su forma concreta. Para que los hombres sean efectivamente colocados en el trabajo y ligados a él es necesaria una operación o una serie de operaciones complejas por las que los hombres se encuentran, no de manera analítica, sino sintética, vinculados al aparato de producción para el que trabajan” (Foucault, 1992, p.138).

este es necesario para el sistema dominante, quien lo transforma en ganancia y en plus-ganancia. Además, señala que para que haya plus-ganancia debe existir también un sub-poder, pequeños poderes situados en lo más bajo:

Para que haya plus ganancia es necesario que haya un sub-poder, poder político microscópico, capilar, capaz de fijar a los hombres a los aparatos productivos, haciendo de ellos agentes productivos, trabajadores. La ligazón del hombre con el trabajo es sintética, política; es una ligazón operada por el poder. (Foucault, 1992, p.138)

De ahí, la consolidación del sistema panóptico, el cual posibilita el normal desarrollo de las relaciones humanas, pero garantizando ante todo el poder establecido. Sobre todo, posibilita las relaciones de producción del sistema dominante, mediante la consolidación de ideales ajenos a la voluntad reflexiva del hombre.

18. Análisis de la clasificación que fija la cultura sobre las pulsiones como buenas y malas

En lo referente a los impulsos instintivos, según Freud tales tendencias no son ni buenas ni malas. Quien determina dicho apelativo es la cultura, según la clasificación que hace de sus manifestaciones, y dependiendo de su relación con las necesidades y las reglamentaciones de la sociedad humana:

Estos impulsos instintivos no son ni buenos ni malos. Los clasificamos, y clasificamos así sus manifestaciones, según su relación con las necesidades y las exigencias de la comunidad humana. Debe concederse, desde luego, que todos los impulsos que la sociedad prohíbe como malos, tomemos como representante los impulsos crueles y egoístas, se encuentran entre tales impulsos. (Freud, 2017-a, p.168)

Esto quiere decir, en primer lugar, que una persona no es ni buena ni mala de manera absoluta, es decir, en ciertas circunstancias puede ser malo y en otras bueno. En segundo lugar, una persona que fue buena, altruista, puede terminar siendo un sujeto egoísta y cruel. Hago acotación de lo anterior con el objeto de mostrar por qué en la sociedad cultural moderna no existen, según el estudio psicoanalítico, *hombres culturales*, es decir, modelos de vida a seguir, sino, por el contrario, *hipócritas culturales* que se someten interesadamente a la cultura con el objeto, bien sea de servir a la comunidad, o bien con el propósito de engañar, torturar y explotar al otro:

El prójimo no le representa al sujeto únicamente ser un posible colaborador y objeto sexual, sino también un motivo de tentación para satisfacer en él, su agresividad, para explotar su capacidad de trabajo sin retribuirla, para aprovecharlo sexualmente sin su consentimiento, para apoderarse de sus bienes, para humillarlo, para ocasionarle sufrimientos, martirizarlo y matarlo. (Freud, 2017, p.111)

Según Freud, lo que es *bueno* para la cultura se personifica en la pulsión de vida, mientras lo que es *malo* se encarna en el instinto de muerte, lo que lleva a que se establezcan a continuación los preceptos y las normas sociales. En consecuencia, por un lado, se instauro el orden social basado en la noción de deber y del *sujeto de derechos y deberes*¹⁰². Por otro lado, las manifestaciones de la pulsión de vida, se convierten en el modelo a seguir en la cultura y se legitiman como la *voluntad de verdad* de los sujetos, dando origen al mecanismo mediador de la cultura: La moral.

Sin embargo, la cultura, mediante la moral, hace creer que *las normas tienen un carácter objetivo*¹⁰³, cuando en realidad son acuerdos sociales entre los hombres para poder vivir en comunidad. En otras palabras, el hombre olvida el origen de lo bueno y de lo malo, y termina aceptando una mentira como verdad debido al peso de la tradición y por causa de la funcionalidad de la norma en las relaciones humanas. Dicha determinación de lo bueno y lo malo por la cultura, lo cual obedece a parámetros distintos a la naturalidad humana, llevó a acrecentar el malestar y la tensión entre la cultura normativa y la vida instintiva. Se acrecienta, porque el individuo se ve condenado a vivir en función de determinaciones ajenas a las de sus propias convicciones y determinaciones biológicas.

De esta forma, lo humano se hace uniforme, regulable y dispuesto a ser sometido a las normas. Sólo así es posible la fundación de una sociedad capaz de discriminar entre lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto. La moral se encarga entonces de que este establecimiento sea reconocido como una máxima vital e indiscutible y no como lo que en realidad es, un pacto de orden social. En este sentido, la moral interviene para garantizar y regular la predisposición, del deber hacia el bien procurando afianzar y legitimar sus manifestaciones frente a las peligrosas consecuencias del instinto de muerte. Sin embargo, según Freud (2017): “La cultura por medio de la moral, subestima la parte innata y constitutiva del hombre, su inclinación hacia lo malo, es decir, el hombre es inducido a juzgar a los hombres mejor de lo que en realidad son” (p.171). Es decir, el hombre no siempre es una criatura tierna y amorosa; el hombre es también un ser malvado que ante la mejor oportunidad no dejara de actuar con el objeto de sacar provecho sobre los otros.

¹⁰² Como lo señala Althusser (1996), “la ideología o poder dominante trata a los individuos como sujetos” (p.62). Lo hace con el objetivo de interpelarlos y exigirles, responsabilidad y sumisión frente a las normas y pactos establecidos por la sociedad.

¹⁰³ Véase notas a pie de página 77 y 79.

En conclusión, señalamos que, según Freud, lo bueno y lo malo obedecen a valoraciones subjetivas de la cultura, pero no a las manifestaciones instintivas del hombre. Estas valoraciones y normas que permiten establecer, que lo que conserva al hombre debe ser considerado como bueno; contrario a lo que lo perjudica se determina como malo. No obstante, vale subrayar que las pulsiones carecen de valoraciones y clasificaciones en su estado natural, ya que es la cultura la que artificialmente las impone con el objeto de regular las relaciones humanas.

19. Hipocresía cultural, más no hombres culturales

De acuerdo con Freud, en la cultura el hombre vive de las apariencias o de los exteriores debido a que los instintos no se pueden percibir: “Los impulsos instintivos de otros hombres se hallan, naturalmente, sustraídos a nuestra percepción” (p.179). En otras palabras, en el trato interpersonal no tenemos accesos directos a los instintos de las otras personas, tan solo podemos guiarnos por su manifestación. En consecuencia, se podría decir, en primer lugar, que el hombre llamado cultural es aquel que trata de cumplir ciertas normas, acepta preceptos hacia fuera, pero por dentro está intentando engañar, porque internamente no deja de poseer esos impulsos instintivos, de benevolencia, pero también de maldad y perversidad. En segundo lugar, el hombre cultural es aquel que da una impresión falsa de lo que se es, debido a que las normas y los preceptos no reflejan su constitución innata. En este sentido, según Freud, en lugar de hombres culturales, modelos de vida y comprometidos desinteresadamente con el otro, lo que predomina en la cultura son hipócritas culturales. Freud detalla lo anterior así:

El sujeto así forzado a reaccionar permanentemente en el sentido de preceptos que no son manifestación de sus tendencias instintivas vive, psicológicamente hablando, muy por encima de sus medios y puede ser calificado, objetivamente, de hipócrita, se dé o no cuenta de esta diferencia, y es innegable que nuestra actual civilización favorece con extraordinaria actitud este género de hipocresía. (Freud, 2017-a, p.172)

El hombre se miente a sí mismo, debido a que se rige por preceptos que no lo constituyen o no representan lo que originariamente es, instinto de muerte y de vida. El hombre de manera consciente pretende mostrar ante la sociedad o dar la impresión de que es un ser bueno, pero constitutivamente y de manera inconsciente-consciente es un ser a veces despiadado y malvado. De esta manera, la hipocresía cultural contribuye a la insuperabilidad del malestar debido a que el hombre no actúa según sus pulsiones, lo que desencadena en la aniquilación de su vida instintiva. Lo anterior trae consigo la manifestación y la constitución de un tipo de hombre contrario a su

naturaleza. Es decir, el hombre actúa según las apariencias y la hipocresía de la cultura, necesarias para conservación y preservación de las relaciones humanas.

En síntesis, en la cultura existen hipócritas culturales, pero nunca hombres verdaderamente sinceros. El principal argumento para demostrar la anterior hipótesis es que los instintos escapan a nuestra percepción, llevando a que sea imposible determinar buena o mala a una persona por su conducta. Lo anterior lleva a Freud (2017) a plantear la cuestión de si “en cierta medida la hipocresía cultural no ha de ser indispensable para la conservación de la cultura” (p.173). Es decir, la hipocresía cultural es esencial y necesaria para la conservación y desarrollo de las relaciones con el otro, ya que ser sinceros destruiría la amistad.

Conclusiones finales

A lo largo de la presente investigación, y teniendo como principal sustento argumentativo el texto *El malestar en la cultura* de Sigmund Freud, he querido señalar y probar la insuperabilidad del malestar y la tensión que generan las demandas culturales sobre la vida instintiva. En este sentido, señalaré a continuación las que considero son las principales razones por las cuales, de acuerdo con Freud, existe una tensión insuperable entre la vida pulsional y la cultura. Asimismo, trataré de mostrar algunas posibles alternativas, también recurriendo a Freud, para atenuar y sopesar dicha tensión.

En primer lugar, según Freud, dicha tensión resulta insuperable, puesto que el mal radical o la naturaleza maligna como rasgo constitutivo e innato en el hombre, lleva a la cultura a la perentoria necesidad de sofocar y reprimir dichas inclinaciones mediante el establecimiento de un aparato normativo disonante con su naturaleza biológica. En este sentido, es preciso señalar que la cultura ha sido incapaz, de manera absoluta, con sus métodos normativos detener la fuerza bruta del hombre o frenar la bestia salvaje que hay en él. No obstante, según Freud, dicha regulación es inevitable, ya que un estado natural sin normas resultaría más agobiante, temerario y hostil para la vida, que un estado normativo:

Pero, ¡cuán impensable, cuán miope en todo caso aspirar a una cancelación de la cultura! Sólo quedaría el estado de naturaleza, que es mucho más difícil de soportar. Es verdad que la naturaleza no nos exigía limitar en nada nuestras pulsiones, las consentía; pero tiene su modo, particularmente eficaz, de limitarnos: nos mata, a nuestro parecer de una manera fría, cruel y despiadada, y acaso a raíz de las mismas ocasiones de nuestra satisfacción. (Freud, 1992-c, p.15)

En segundo lugar, resulta insuperable, porque la cultura en su intención de avasallar el mal radical en el hombre intenta unir y ligar a los miembros de la comunidad mediante lazos libidinales, es decir, la cultura despliega métodos con el objeto de que los hombres se identifiquen y entablen vínculos amorosos coartados en su fin, es decir, las amistades, donde las pulsiones son desviadas de su meta sexual. Un ejemplo, es el precepto *amarás al prójimo como a ti mismo*, el cual, según Freud, constituye una actitud contraria a la psique humana que adopta el superyó cultural mediante los patrones éticos. Es decir, dicho mandato lo que hace es acrecentar el malestar o es incumplible debido que el amor al prójimo resulta espontáneamente, pero no puede ser una obligación. Además, según Freud, el amor exige reciprocidad del otro, el cual debe demostrar buenas intenciones para que se le pueda amar. Ese prójimo no es un sujeto de amor, sino alguien en quien debería desconfiar ya que no dudaría en hacerme daño. En otras palabras, dicho precepto es falso, porque el otro merece más mi desconfianza por sus impulsos malvados. De ahí que Freud (2017) sentencié: *Mejor amarás al prójimo como te amé a ti* debido a que:

Este ser extraño no solo es en general indigno de *amor*, sino que, para confesarlo sinceramente, merece más mi hostilidad y aun mi odio. (...). Siempre que le sea de alguna utilidad, no vacilará en perjudicarme y ni siquiera se preguntará si la cuantía de su provecho corresponde a la magnitud del prejuicio que me ocasiona (p.108-109). Es decir, el prójimo en lugar de representar una oportunidad de amor y de ternura, representa una oportunidad para manifestar su agresividad; para explotarlo sexualmente sin consentimiento, para apoderarse de sus bienes, para humillarlo, para ocasionarle sufrimientos, martirizarlo y matarlo. *Homo homini lupus* (p.110).

En tercer lugar, resulta insuperable según Freud (2017), porque “podemos rechazar la existencia de una facultad original, en cierto modo natural, de discernir el bien del mal” (p.124). Es decir, los instintos no son ni buenos ni malos, quien los define como buenos y malos es la cultura, mediante la cualificación y clasificación de las pulsiones. El anterior encasillamiento por parte de la cultura acrecienta el malestar según Freud (2017), “debido a que muchas veces lo malo ni siquiera es nocivo o peligroso para el *yo*, sino algo que este desea y le procura placer” (p.125). Es decir, el hombre no ha sido llevado por su propia sensibilidad y constitución originaria y primitiva a tal discriminación, sino mediante una autoridad externa, lo que lleva a que el hombre tenga razones para rebelarse contra esta autoridad extraña. Si la atracción hacia el bien y el mal fuera innata en el ser humano, no habría malestar, ya que este podría elegir según su constitución biológica lo que está en consonancia con la norma y despreciar lo que la perjudica.

En cuarto lugar, según Freud (2017), resulta insuperable por las restricciones que impone la cultura a la *vida sexual*¹⁰⁴, la cual posibilita sólo las relaciones heterosexuales, lo demás es considerado por la cultura como pecado o inmoralidad: “La elección del objeto queda restringida en el individuo sexualmente maduro al sexo contrario” (p.104). En el siglo XXI dicha regulación va en contravía con los nuevos movimientos emancipatorios que han posibilitado y legitimado el amor genital y el matrimonio, tanto de mujeres con mujeres, cómo la de hombres con hombres. Las sociedades modernas, más liberales, han salido del estado de miedo y de terror que imponía la cultura en épocas pasadas, lo que ha generado un antagonismo entre dichos movimientos y tendencias y los grupos más tradicionales y conservadores, como, por ejemplo, la iglesia.

A la anterior restricción se le suma la imposición por parte de la cultura de la legitimación y prescripción de la monogamia como única forma de goce y disfrute sexual, lo cual refleja también cierto grado de malestar entre el hombre y la cultura. Cabe señalar, que en la actualidad dicha imposición no tiene tanta validez o rigidez, debido a que gran parte de la sociedad encuentra diferentes formas para eludir dicha prescripción.

La cultura actual nos da claramente a entender que solo está dispuesta a tolerar las relaciones sexuales basadas en la unión única e indisoluble entre un hombre y una mujer, sin admitir la sexualidad como fuente de placer en sí, aceptándola tan solo como un instrumento de reproducción humano que hasta ahora no ha podido ser sustituido. (Freud, 2017, p.105)

En quinto lugar, resulta insuperable, porque los preceptos éticos ignoran la psicología del ser humano, es decir, esta se ha desarrollado independientemente de la constitución primitiva y biológica de cada sujeto. En otras palabras, la ética impone pesados sacrificios culturales al hombre sin importar si este, según su naturaleza biológica realmente pueda cumplirlos. El hombre es un ser humano y tiende a equivocarse o a traspasar las limitaciones que impone la cultura, ya sea, de manera inconsciente o consciente:

Por consiguiente, al perseguir nuestro objetivo terapéutico, muchas veces nos vemos obligados a luchar contra el superyó, esforzándonos por atenuar sus pretensiones. Podemos poner objeciones muy análogas contra las

¹⁰⁴ No obstante, es menester señalar que, en la era moderna, contrario a la época de disertación y construcción de la obra psicoanalítica de Freud, la cultura ha alcanzado grandes logros en cuanto a las restricciones sobre la vida sexual. Por ejemplo, la cultura ha consensuado y permitido el matrimonio entre parejas del mismo sexo. Además, ha posibilitado la adopción de niños por parte de matrimonios homosexuales con el objeto de lograr y garantizar en cierta medida un crecimiento seguro del menor en materia de alimentación y de seguridad económica. Finalmente, las garantías y la legitimación mediante el derecho, por parte de gobiernos progresistas en lo referente a la vida sexual, ha permitido también que el hombre explye sus inclinaciones sexuales de manera segura, y sin temor de ser lapidado o ejecutado, como sucedía en épocas anteriores.

exigencias éticas del superyó cultural. Tampoco este se preocupa por la constitución psíquica del hombre, pues instituye un precepto y no se pregunta si al ser humano le será posible cumplirlo. (Freud, 2017, p.148)

Finalmente, resulta insuperable por la falta de reflexión y de plasticidad de la norma frente a la maleabilidad e imprevisión de las exigencias pulsionales. La primera, de naturaleza fija y esquemática; y, la segunda, de naturaleza intempestiva, plástica e incoscificable. La inflexibilidad de la norma se debe en parte a que el hombre cultural carece de la capacidad de decisión autónoma y crítica, ya que este se ciñe irreflexivamente a lo que determine la sociedad mediante sus pactos y mediante su líder, quien es el único que puede comprender e interpretar el mundo. La falta de plasticidad y de maleabilidad de la norma se debe en parte a que la cultura normativa no tiene en cuenta que los estadios evolutivos anteriores, destrucción y maldad, en el ser humano permanecen indelebles en la vida, los cuales pueden manifestarse en cualquier momento. Lo anterior lo constata Freud mediante el sueño, en el cual, el hombre intenta gratificar todos sus instintos, sobre todo, los instintos egoístas y de destrucción sin tener en cuenta las consecuencias morales.

Ahora bien, teniendo en cuenta los anteriores factores u obstáculos que generan dicha tensión y malestar entre la vida instintiva y la cultura, procedo a exponer las que considero, según Freud, son algunas posibilidades o alternativas para atenuar dicha hostilidad y antagonismo insuperable.

Sigmund Freud, propone como primera posibilidad o medio para mitigar dicha tensión entre la cultura normativa y la vida instintiva a la razón, la *ratio*, como medio o camino eficaz para sobrellevar dicho malestar. Cabe señalar, que la función del psicoanálisis es volver racional lo irracional y que lo consciente domine lo inconsciente:

En el camino hacia, ese lejano futuro tenemos que dejar de lado las doctrinas religiosas de usted, no importa si fracasan los primeros intentos, no importa si resultan insostenibles las primeras formaciones sustitutivas. Usted sabe por qué: a la larga nada puede oponerse a la razón y a la experiencia, y la contradicción en que la religión se encuentra con ambas es demasiado palpable. (Freud, 1992-c, p.53)

Creo que ahora hemos trocado los papeles; usted se muestra como el visionario que se deja arrebatar por ilusiones, y yo defendiendo la causa de la razón, el derecho al escepticismo. (Freud, 1992-c, p.50)

En otros términos, la razón le permitirá en cierta medida al ser humano atenuar la tensión entre la cultura y la vida instintiva, ya que mediante ella el sujeto podrá comprender, interpretar y decidir sobre las fuerzas inconscientes en que se encuentra sujeto, placer y displacer, maldad y

bondad, y al mismo tiempo de manera parcial le servirá como medio de liberación de la opresión y sofocación del mundo exterior, cómo también le permitirá superar la ilusión de la *religión*¹⁰⁵. En consecuencia, la *ratio* será la mejor aliada del hombre, pues mediante ella el ser humano podrá razonar sobre la veracidad o falsedad de los hechos y las tradiciones que lo rodean y sobre las ventajas o desventajas de las acciones que emprenda en la sociedad. Sin embargo, Freud es consciente que lo irreductiblemente irracional del inconsciente será lo más propio del ser humano quedando la *razón* en un segundo lugar.

Ahora bien, según Freud (1992-c), “si los seres humanos son poco accesibles a los argumentos racionales y están totalmente gobernados por sus deseos pulsionales, ¿por qué se les quitaría entonces una satisfacción pulsional pretendiendo sustituirla por unos argumentos racionales? Es cierto que los seres humanos son así, pero, ¿se ha preguntado usted si tienen que ser así, si su naturaleza más íntima los fuerza a ello?”¹⁰⁶ (p.46). La defensa de Freud de la razón sobre las exigencias pulsionales se fundamenta en que:

El ser humano solo cuenta con la inteligencia para dominar las exigencias pulsionales. Sobre todo, la radiante inteligencia sana del niño y no la endeblez del pensamiento de un adulto. A todo niño desde los primeros años de edad cuando su inteligencia está sana se le debe enseñar no mentiras o ilusiones, ni se le debe enseñar doctrinas sobre las cuales el niño no tiene aún la capacidad para aprender conceptualmente su alcance, las cuales solo puede justificar mediante su inteligencia madura. (Freud, 1992-c, p.46-50)

Al niño se le debe educar mediante la verdad, formarlo desde niño de acuerdo a su propia realidad y experiencia, enseñándoles el respeto por la cultura, basados en la capacidad racional como medio de dominio de todas las pulsiones asociales y de inclusión social. Sobre todo, Freud (1992-c), propone educar al niño teniendo en cuenta lo siguiente: “La dilación del desarrollo sexual

¹⁰⁵ En cuanto a la religión, Freud (1992-c), reduce toda creencia a un mero producto de los procesos anímicos. Es decir, la añoranza y la necesidad de un Dios omnipotente que nos proteja de la insuperable y amenazante naturaleza, surge de la necesidad del niño, de su desamparo, de la obligación de un padre protector ante el desvalimiento y descontento del ser humano al nacer: “De modo semejante, el hombre no convierte a las fuerzas naturales en simples seres humanos con quienes pudiera tratar como lo hace con sus prójimos, pues ello no daría razón de la impresión avasalladora que le provocan; antes bien, les confiere carácter paterno, hace de ellas dioses, en lo cual obedece no sólo a un arquetipo infantil, sino también, como he intentado demostrarlo, a uno filogenético” (Freud, 1992-c, p.17). Además, Según Freud (1992-c), “estas que se proclaman enseñanzas religiosas no son decantaciones de la experiencia ni resultados finales del pensar; son ilusiones, cumplimientos de los deseos más antiguos, más intensos, más urgentes de la humanidad; el secreto de su fuerza es la fuerza de estos deseos” (p. 49).

¹⁰⁶ “Otra contradicción se presenta cuando usted por una parte admite que el ser humano no puede ser guiado por la inteligencia, puesto que es gobernado por sus pasiones y exigencias pulsionales, pero por la otra propone sustituir las bases afectivas de su obediencia a la cultura por unas bases acordes a la *ratio*. Que lo entienda quien pueda. A mí me parece que debe sostenerse o una cosa o la otra” (Freud, 1992-c, p.45). Freud reconociendo que lo irreductiblemente irracional del inconsciente es más fuerte que la razón, propone a esta última como solución, pero condicionada a una educación del niño sin mentiras.

y apresuramiento del influjo religioso: he ahí los dos puntos capitales en el programa de la pedagogía actual” (p.46).

En segundo lugar, Freud, propone como posibilidad para mitigar la tensión entre la cultura y las exigencias pulsionales, la necesidad imperiosa de desligar y desatar el vínculo de los preceptos y las normas de su componente religioso para que estén basadas en lo meramente humano, es decir, reducir los preceptos a una necesidad social:

Peliguda tarea sería diferenciar lo que Dios mismo ha demandado y lo que más bien deriva de la autoridad de un parlamento omnímodo o de un alto magistrado; por eso sería una indudable ventaja dejar en paz a Dios y admitir honradamente el origen sólo humano de todas las normas y todos los preceptos de la cultura. Con la pretendida sacralidad desaparecería también el carácter rígido e inmutable de tales mandamientos y leyes. (Freud, 1992-c, p.41)

Según Freud (1992-c), dicha propuesta de desatar las normas de su componente sacro se basa en que “las religiones no tienen el mismo influjo que antes sobre las masas como consecuencia de los progresos científicos” (p.37). No obstante, Freud, reconoce la tradición y el peso de la religión ya que ha contribuido a domeñar las pulsiones asociales, pero no de manera absoluta, sobre todo, no han hecho al hombre feliz:

Las doctrinas religiosas no son un tema como cualquier otro, sobre el que se pudiera utilizar. Nuestra cultura está edificada sobre ellas, la conservación de la sociedad tiene por premisa que la inmensa mayoría de los seres humanos crean en la verdad de tales doctrinas. Si se les enseña que no existe un Dios omnipotente e infinitamente justo, y tampoco un orden divino del mundo ni una vida futura, se sentirán descargados de toda obligación de obediencia a los preceptos culturales. (Freud, 1992-c, p.34)

Freud (1992-c) es consciente del riesgo que se corre al desatar el vínculo entre la moral y Dios, debido a que el mandato de no matar tiene su origen en Dios y no en la razón. Además, también es prudente al señalar la imposibilidad de sacar violentamente y de un solo golpe a la religión, debido a su influencia en la educación, la cual es fundamento de la *cultura*.¹⁰⁷ No obstante,

¹⁰⁷ Según Freud: “Si pretende eliminar la religión de la cultura europea, sólo podrá conseguirlo mediante otro sistema de doctrinas, que, desde el comienzo, cobraría todos los caracteres psicológicos de la religión, su misma sacralidad, rigidez, y que para preservarse dictaría la misma prohibición de pensar. Usted no puede prescindir de algo así para cumplir con los requisitos de la educación. Ahora bien, a esta no puede usted renunciar. El camino que va del lactante al hombre de cultura es ancho; demasiadas criaturas se extraviarían en él. No se asombre usted si me pronuncio en favor de mantener el sistema doctrinal de la religión como base de la educación y de la convivencia humana. Es un problema práctico, no una cuestión relativa al valor de realidad. Puesto que en el interés de conservar nuestra cultura no podemos aguardar para influir sobre el individuo hasta que esté madurar para ella — muchos no lo estarían nunca—, nos vemos precisados a imponer a la criatura en crecimiento algún sistema de doctrinas destinado a obrar sobre esta como una premisa sustraída a la crítica; y el sistema religioso me parece con mucho el más apto para ello, desde luego, justamente por su virtud consoladora y cumplidora de deseo. (...)” (Freud, 1992-c, p.51).

también reconoce la ganancia en otros aspectos como, por ejemplo: “Mediante una suerte de difusión o de infección, el carácter de lo sacro, de lo inviolable, diríamos de lo que está «más allá», se extiende de unas pocas prohibiciones importantes a todas las otras normas, leyes y regímenes culturales” (Freud, 1992-c, p.41).

En este sentido, Freud es partidario de dejar de atribuir a los dioses el origen de los preceptos y la fundamentación de la moral, y en lugar a ello fundamentarlos en las exigencias y necesidades implicadas en la sociedad. Es decir, la prohibición de matar no debe estar fundamentada en lo que sentencien los dioses, sino porque humanamente y racionalmente está prohibido. Es posible tener normas morales sin creer en Dios o se debe fundamentar la moral sin apelar a Dios, ya que también hay personas que no creen en Dios y se corresponden bien. En consecuencia, la ganancia de la racionalidad de las normas radicaría en que estas dejen su carácter rígido lo cual sería, por un lado, más consonante con las experiencias propias de cada ser humano y, por otro lado, más reales con las exigencias pulsionales del hombre.

Si uno no tiene permitido matar a su prójimo por la única razón de que el buen Dios lo ha prohibido y cobrará el castigo en esta o en la otra vida, y ahora uno se entera de que no existe el buen Dios, tampoco habrá que temer su punición y uno matará sin reparos; sólo la violencia terrenal podrá disuadirlo de ello. Por lo tanto, será preciso el más severo sofrenamiento de estas masas peligrosas, el más cuidadoso bloqueo de todas las oportunidades que pudieran llevar a su despertar intelectual; o bien el otro extremo de la alternativa: una revisión radical del vínculo entre cultura y religión. (Freud, 1992-c, p.39)

Una tercera propuesta para paliar el malestar y teniendo presente la idea de que una liberación ilimitada de las pulsiones no es consecuente con el planteamiento freudiano, Freud propone establecer un método de investigación, el Psicoanálisis, el cual debe ser capaz de alcanzar la cura a través de la toma de conciencia de los procesos psíquicos. Sin embargo, Freud (2017), “reconoce que la conciencia no es un juez incorruptible como lo suponen los moralistas, debido al relajamiento moral entre los pueblos repercutió en la moralidad de los individuos o que ésta en su origen es miedo social” (p.162). Para esto se vale de su división tripartida de la personalidad, *el ello*, *el yo* y *el superyó*, los cuales van ligados a los mecanismos de defensas como son la sublimación y la represión, buscando transformar esos impulsos o sus contenidos:

Psicoanálisis es el nombre: 1) de un procedimiento que sirve para indagar procesos anímicos difícilmente accesibles por otras vías; 2) de un método de tratamiento de perturbaciones neuróticas, fundado en esa

indagación, y 3) de una serie de intelecciones psicológicas, ganadas por ese camino, que poco a poco se han ido coligando en una nueva disciplina científica. (Freud, 1992-a, p.37)

En otras palabras, el malestar o la enfermedad, neurosis o psicosis, son salvables, o al menos tratables mediante el psicoanálisis. Sin embargo, como se ha señalado, Freud se muestra en ocasiones escéptico frente a la viabilidad de la cura psicoanalítica:

A mí me falta el ánimo necesario para esgrimirme en profeta antes mis compañeros, no quedándome más remedio que exponerme a sus reproches por no ofrecerles consuelo alguno. Solo nos queda esperar que la otra de ambas potencias celestes el Eros, despliegue sus fuerzas para vencer en la lucha (...). Mas ¿quién podría asegurar el desenlace final? (Freud, 2017, p.151)

No querría dar la impresión de que he extraviado la senda prefijada a mi indagación. Por eso quiero asegurar expresamente que está lejos de mí el propósito de formular juicios sobre el gran experimento cultural que se desarrolla hoy en el vasto país situado entre Europa y Asia. No tengo el conocimiento ni la capacidad para decidir si es o no realizable, ni para examinar si los métodos empleados son adecuados al fin, ni para medir el tamaño del inevitable abismo que separa el propósito de su ejecución. Lo que allí se prepara escapa, por inconcluso, a un abordaje para el cual nuestra cultura hace tiempo consolidada ofrece los materiales. (Freud, 1992-c, p.9)

Una cuarta posibilidad para atenuar el malestar es la construcción de un *sistema ético-moral* acorde con la constitución física y psíquica del ser humano y no desconectada de las condiciones reales del hombre. Lo anterior correspondería con lo que Freud señala, la “*edad de oro*” o un sistema ideal que dé cuenta tanto de la naturaleza biológica del hombre, cómo de las reglamentaciones y prohibiciones de la cultura. Sin embargo, Freud (1992-b) considera que tal sistema ideal es casi imposible:

Se creería posible una regulación nueva de los vínculos entre los hombres, que cegara las fuentes del descontento con respecto a la cultura renunciando a la compulsión y a la sofocación de lo pulsional, de suerte que los seres humanos, libres de toda discordia interior, pudieran consagrarse a producir bienes y gozarlos. Sería la Edad de Oro; pero es dudoso que ese estado sea realizable. Parece, más bien, que toda cultura debe edificarse sobre una compulsión y una renuncia de lo pulsional; ni siquiera es seguro que, en caso de cesar aquella compulsión, la mayoría de los individuos estarían dispuestos a encargarse de la prestación de trabajo necesaria para obtener nuevos medios de vida. (p.7)

Finalmente, una quinta estrategia es la dejar de seguir legitimando la felicidad como un imperativo, es decir, la felicidad no debe ir ligada de manera autoritaria como una regla válida para todos. En dado caso y, en primer lugar, según Freud (2017), “el hombre debe pensar en una

felicidad de acuerdo con la constitución psíquica de cada individuo. Ninguna regla al respecto vale para todos, cada uno debe buscar por sí mismo la manera en que pueda ser feliz” (p.81). Es decir, la aspiración a la felicidad deber ser subjetivo y dependerá de la capacidad de realización y de los medios de cada sujeto, de su biografía. En segundo lugar, dejar de pensar en una concepción única de felicidad que estriba, en la necesidad imperiosa del principio del placer, ya que el hombre puede ser feliz de diferentes maneras, por ejemplo, viajar o leer un libro etc. De acuerdo con Freud, ser feliz tiene sentido, ya que todos tratan de buscarla. Ello quiere decir, no es que se abandone el objetivo, sino tener presente que existen muchos condicionamientos, uno natural, la fragilidad del cuerpo, el cual disminuye con los años; y el otro social, el de las relaciones con los otros.

Otras alternativas para aliviar el malestar

Otras alternativas, diferentes a las de Freud, para atenuar el malestar que producen las demandas sociales sobre las exigencias pulsionales, es entender que la felicidad es algo impuesto desde el mundo exterior, por la cultura, pero nunca como un precepto. En dado caso, la felicidad debe ser comprendida como una sugerencia, cuya realización dependerá de nuestra determinación individual. En el aforismo 108 de *Aurora* Nietzsche lo detalla de la siguiente manera:

Un individuo que persigue la felicidad no hay que darle preceptos acerca del camino que conduce a ella, ya que la felicidad individual se produce según leyes que nadie que conoce, y los preceptos externos no pueden hacer más que impedirla o dificultarla. Por otra parte, tales preceptos tampoco guardan relación con la felicidad y el bien de la humanidad, pues es totalmente imposible dar a estas palabras un significado preciso, y menos aún utilizarlas como si fueran un faro en el oscuro océano de las aspiraciones morales. (Nietzsche, 1994, p.51)

Según Nietzsche, el dolor y el sufrimiento deben ser designios del hombre en la búsqueda de la felicidad, contrario a lo que describe Freud, para quien el hombre en la búsqueda de la felicidad procura evitar el dolor y el displacer mediante la gratificación de una pulsión. En este sentido, ¿es posible ser feliz también a través del sufrimiento y del dolor? Para Nietzsche sí es posible, ya que de las dificultades, las desgracias y los avatares de la vida, se saldrá más fuerte y se habrá aprendido de estos. Se debe estar siempre dispuesto a enfrentar la más extrema situación como si fuera una fiesta o una posibilidad de superación. En la *Gaya Ciencia* (1990) Nietzsche lo expresa así:

En el dolor hay tanta sabiduría como en el placer. Al igual que éste, aquel pertenece a las fuerzas conservadoras de primer rango. Si no fuera así, habría perecido hace mucho tiempo; que él haga daño no es

un argumento en contar suyo, esta es su esencia. (...) También tenemos que saber vivir con una energía disminuirla: tan pronto el dolor da su señal de alarma, ha llegado el momento de disminuirla, algún gran peligro, se aproxima una tormenta, y hacemos bien en abultarnos tan poco como sea posible. (p.184)

En este sentido, según Nietzsche placer y displacer-dolor son complementarios, es decir, el displacer es un componente del placer o el dolor no es lo contrapuesto al placer. De ahí que, ser feliz, entonces, es afrontar el dolor como medio de superación, de goce y de felicidad. Asimismo, vivir, por un lado, es transformar todo lo que se es y lo que hiere. Por otro lado, vivir es la capacidad del hombre para probar su fuerza vital mediante la superación de las adversidades y la creación de modos originales de vida.

Finalmente, otra alternativa que señalamos en aras de atenuar el malestar y la tensión que generan las demandas sociales sobre las exigencias pulsionales, es la que señala por ejemplo en el texto *El balance de la autonomía* Martin Seel (2010), en la cual detalla que “nuestra meta debe consistir en probabilidades indefinidas cuya realización no pueda anticiparse” (p.88). En otras palabras, el hombre debe permanecer abierto a todas las *posibilidades de realización*¹⁰⁸ y de superación, sin que se determine una meta fija a la cual el hombre deba aspirar y llegar, es decir, nunca dar por terminado o acabada una aspiración u objetivo, sino por el contrario, recibir y afrontar cada instante de dicha y felicidad como un suceso necesario para la vida, pero nunca añorar la realización de algo, gracias a un esfuerzo, como un hecho que se esperaba por anticipado y en el cual el hombre fija su realización y *felicidad*.¹⁰⁹

¹⁰⁸ Según Seel (2010), “la realización es y sigue siendo inmanente a nuestros afanes y aspiraciones; pero no es la única meta. (p.88). Nuestro bienestar depende esencialmente de la existencia de expectativas aun indeterminadas. Nosotros quisiéramos que la felicidad nos sorprendiera; la dialéctica de los cumpleaños es un buen ejemplo al respecto” (87). En otras palabras, cuando las metas son indeterminadas para el hombre, la dicha y la desdicha, placer y dolor no logran superar nuestro desear y nuestro querer, ya que el hombre las afronta como momentos de la vida, pero nunca como una finalidad esperada.

¹⁰⁹ Seel (2010), “distingue dos significados de felicidad. El primero en el sentido episódico, en la cual la felicidad es una cualidad de situaciones (delimitadas temporal y, a menudo fuertemente) de realización. El segundo significado, en el sentido procesal es la cualidad en el acto de vivir en la comunidad de muy diversas clases de situaciones” (p.90). El primero, sería un estado en el que todo sería, en el conjunto de nuestra vida, tal cual como nosotros lo deseamos y quisiéramos, pero esto es absurdo ya que nadie quiere, por ejemplo, que su equipo favorito pierda. El segundo, tiene que ver con una vida buena, de una vida que se está logrando, de instante de realización insospechados.

Asimismo, Seel (2010), “acota que para el hombre no es solamente importante tener metas alcanzables, sino que también es de igual importancia tener algo y habitualmente algo más que solo algo, que efectivamente nos *importe* o en lo que nos vaya en todo corazón” (p.93). En otras palabras, dejar que algo incierto nos incomode, preocuparse u ocuparse en algo, bien sea, en proyectos políticos, familiares y artísticos. Lo anterior, según Seel (2010), se corresponde con las pasiones las cuales se representan y se manifiestan en forma de deseos, pero de un deseo que quisiéramos que se repitiera o que no se calamara y que no se quiere que se cumpla: “En este punto es aconsejable distinguir entre un deseo que se calma con su realización y deseos en lo que esto no es el caso. Compárese a sobrevivir a un terremoto con ganar un partido de futbol; a diferencia de lo primero lo segundo contiene el deseo de volverlo hacer” (Seel, 2010, p.93).

Según Martin Seel, los dos ejemplos señalados anteriormente, es decir, la legitimación de una meta de probabilidades indefinidas y la necesidad de que algo incierto siempre preocupe al hombre, son dos mecanismos que ayudaran a aliviar el malestar que generan las demandas sociales sobre las exigencias pulsionales. Además, motivan al hombre a afrontar la vida de otra manera diferente, frente a las prohibiciones de la cultura, quien siempre ha fijado al hombre a una meta fija como propósito de realización del hombre, la cual, la mayoría de las veces resulta ser incumplible, ya que un asunto es lo que desea el hombre y otra muy distinta lo que puede lograr por las limitaciones de la cultura. Igualmente, la cultura, siempre ha ceñido las aspiraciones del hombre a algo cierto, razonable y seguro, lo cual ha contribuido de manera descomunal en el aumento del malestar a razón de que demasiada seguridad a la hora de emprender un proyecto a traído consigo la eliminación del riesgo y la aventura en la vida humana. El hombre cultural, racional, solo da un paso si está seguro de que las consecuencias no serán desagradables. Lo anterior ha degenerado en una vida sin sorpresas, sin júbilo y en simetría con el tedio existencial.

BIBLIOGRAFÍA

Obras de Sigmund Freud

Freud, S. (2017). *El malestar en la Cultura*. Madrid. Alianza Editorial.

Freud, S. (2017-a). *El malestar en la Cultura. Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte*. Madrid. Alianza Editorial. (p. 160-192)

Freud, S. (2017-b). *El malestar en la Cultura. Metapsicología. Los instintos y sus destinos*. Madrid. Alianza Editorial. (p. 205-230).

Freud, S. (2017-c). *El malestar en la Cultura. Metapsicología. Lo inconsciente*. Traducción de Andrés Sánchez Pascual. Madrid. Alianza Editorial. (pp. 245-288).

Freud, S. (2017-d). *El malestar en la Cultura. Metapsicología. La represión*. Madrid. Alianza Editorial. (p. 230-245).

Freud, S. (2009). *El yo y ello y otros escritos de metapsicología*. Madrid. Alianza Editorial.

Freud, S. (2009-a). *El yo y ello. La pérdida de la realidad en la neurosis y la psicosis*. Madrid. Alianza Editorial. (p. 162-168).

Freud, S. (2009-b). *El yo y el ello. Neurosis y psicosis*. Madrid. Alianza Editorial. (p. 147-151).

Freud, S. (2009-c). *El yo y el ello. Inhibición, síntoma y angustia*. Traducción de Andrés Sánchez Pascual. Madrid. Alianza Editorial. (p. 52-139).

Freud, S. (1992-a). *Más allá del Principio del Placer*. Buenos Aires: Amorrortu. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. 18, p.1-62).

Freud, S. (1992-b). *Psicología de las masas*. Buenos Aires: Amorrortu. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. 18, p.63-136).

Freud, S. (1992-c). *El porvenir de una ilusión*. Buenos Aires: Amorrortu. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. 21, p.1-56).

Freud, S. (1992-d). *Tres ensayos para una teoría sexual*. Buenos Aires: Amorrortu. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. 21, p.111-223).

Freud, S. (1992-e). *Dos artículos de enciclopedia: Psicoanálisis y Teoría de la libido*. Buenos Aires: Amorrortu. En J. L. Etcheverry (Traduc.), Obras completas: Sigmund Freud (Vol. 18, p.227-255).

Freud, S. (1991). *Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu. En J. L. Etcheverry (Traduc.), Obras completas: Sigmund Freud (Vol. 22, p.1-146).

Freud, S. (1991-a). *Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis. ¿Por qué la guerra? Einstein y Freud*. Buenos Aires: Amorrortu. En J. L. Etcheverry (Traduc.), Obras completas: Sigmund Freud (Vol. 22, p.179-198).

Freud, S. (1991-b). *Tótem y Tabú*. Buenos Aires: Amorrortu. En J. L. Etcheverry (Traduc.), Obras completas: Sigmund Freud (Vol. 18, p.105-134).

Freud, S. (1991-c). *Interpretación de los sueños*. Buenos Aires: Amorrortu. Parte 2 En J. L. Etcheverry (Traduc.), Obras completas: Sigmund Freud (Vol. 5, p.578-598).

Freud, S. (1991-d). *Conferencias de introducción al psicoanálisis*. Parte 3. 23 Conferencia. *Los caminos de la formación del síntoma*. Buenos Aires: Amorrortu. En J. L. Etcheverry (Traduc.), Obras completas: Sigmund Freud (Vol. 16, p.1-146).

Estudios sobre Sigmund Freud

Ricoeur, P. (1990). *Freud. Una interpretación de la cultura*. México. Editorial: Siglo veinte uno editores.

Marcuse, H. (1983). *Eros y civilización*. Madrid. Editorial Sarpe. Dirección R B A Proyectos Editoriales, S A.

Laurent, P. (1986). *Freud y Nietzsche*. México. Fondo de Cultura Económica.

Calvin, Hall. (1985). *Compendio de Psicología Freudiana*. Buenos Aires. Editorial Paidós.

Obras de Friedrich Nietzsche

Friedrich, N. (2003). *Así habló Zaratustra*. Alianza Editorial.

Friedrich, N. (1994). *Aurora*. Madrid. Edita: M. E. Editores, S. A.

Friedrich, N. (2012). *Ecce Homo*. México. Ediciones Leyenda.

- Friedrich, N. (2007). *El Anticristo*. Madrid. Alianza Editorial.
- Friedrich, N. (1989). *El crepúsculo de los ídolos*. Madrid. Alianza Editorial.
- Friedrich, N. (1996-a). *Genealogía de la moral*. Madrid. Alianza Editorial.
- Friedrich, N. (1986). *Humano demasiado humano*. México. Editores Mexicanos unidos.
- Friedrich, N. (2005). *Más allá del bien y el mal*. Madrid. Alianza Editorial.
- Friedrich, N. (1990). *La Gaya Scienza*. México. Monta Ávila Editorial.
- Friedrich, N. (2004). *Nacimiento de la Tragedia*. Alianza Editorial.
- Friedrich, N. (1996). *Sobre verdad y mentira en sentido extramolar*. Madrid. Editorial Tecno.

Otras obras

- Althusser, L. (1971). *Ideología y aparatos ideológicos del estado*. Medellín, Editorial la oveja negra.
- Bauman, Z. (2004). *Modernidad Líquida*. Buenos Aires Argentina, Fondo de cultura económica.
- Beccaria, C. (2015). *Tratado de los delitos y las penas*. Madrid España. Universidad Carlos III.
- Foucault, M. (1992). *La verdad y las formas jurídicas*. Barcelona España. Editorial Gedisa.
- Hobbes, T. (1980). *Leviatán*. Madrid. Editorial nacional. Segunda edición.
- Kant, M. (2007). *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*. Capítulo 1: *Tránsito del Conocimiento Moral Vulgar de la Razón al Conocimiento Filosófico*. San Juan, Puerto Rico. Edición de Pedro M. Rosario Barbosa.
- Marx, K. (1975). *El capital. El proceso de producción del capital*. Libro primero. México. D.f. Editorial. Siglo XXI editores.
- Platón, (1988). *La Republica. Diálogos IV*. Madrid. Editorial, Gredos
- Rodríguez, V. (2009). *Filosofía del derecho*. México. Instituto electoral del estado de México.
- Seel, M. (2010). *El Balance de la Autonomía*. Cinco ensayos. Bogotá, Anthropodos Editorial.

Diccionario psicoanalítico

Roudinesco, Elisabeth; Plon, Michel (2008) [1997]. Diccionario de Psicoanálisis [Dictionnaire de la Psychanalyse]. Traducción de Jorge Piatigorsky y Gabriela Villalba. Buenos Aires: Paidós. pp. 902-903. ISBN 978-950-12-7399.

Revista científica

Vásquez Rocca, Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas. 19/noviembre del 2008. evistas.ucm.es/index.php/NOMA/article/view/NOMA0808320309A/26351.